

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Secretaría Académica

M5

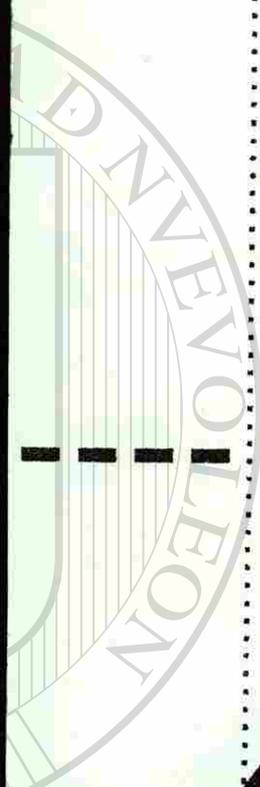
UNIDAD II

Texto

ESPAÑOL, PRIMERA EDICIÓN 1996

e

Español



4410
30
96
5
e.2

PO
U5
1.9
v.
pt

PC4410

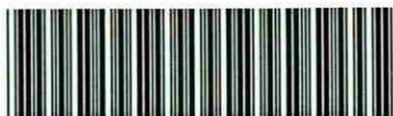
U530

1996

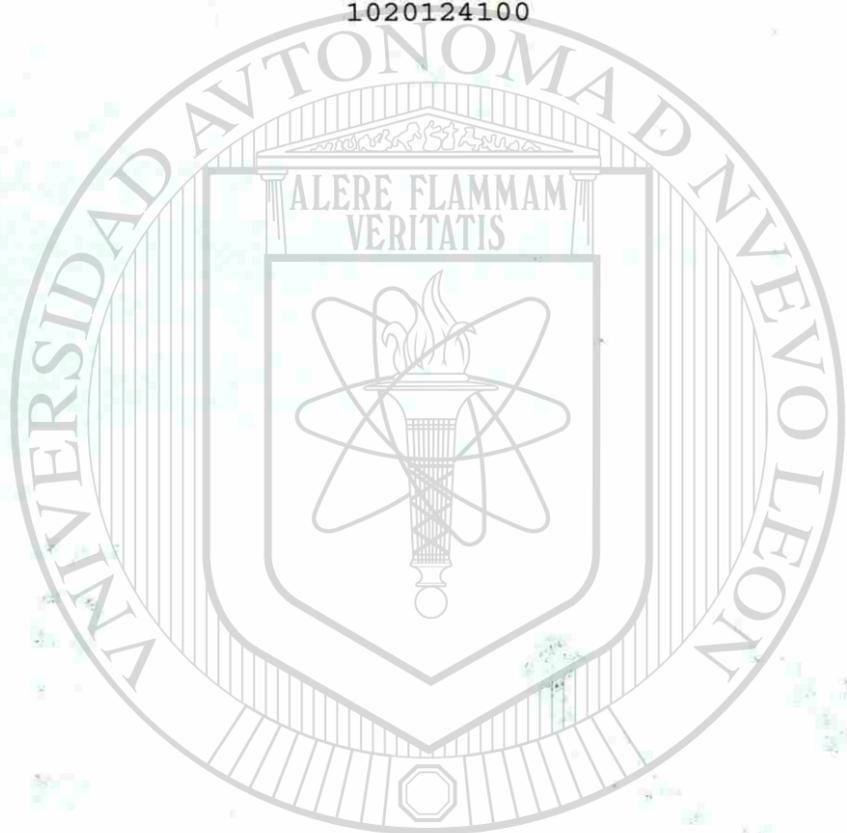
V.5

pte.2

0120-31760



1020124100



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Unidad II

La realidad representada en la obra literaria 146

 Objetivos 147

 Marco teórico 148

Actividades generales 155

Actividad introductoria I: "Pasatiempo" (Mario Benedetti.) 156

Actividad introductoria II: "Malpais" (José Emilio Pacheco) 157

Actividades y lecturas:

 * "Las vacas de Quiviquinta" (Francisco Rojas González) 158

 * "¿Y de quién fue la idea?" (Romulado Gallegos) 163

 * "Cerro de la Silla" (Francisco de Paula Morales) 168

 * "Cerro de la Silla" (Alfonso Reyes) 170

 * "La dedicatoria" (Irma Sabina Sepúlveda) 171

 * "El cholo que se vengó" (Demetrio Aguilera M.) 177

 * "Semáforo en rojo" (Guillermo Berrones) 178

 * "Para las damas voluntarias" (Guillermo Berrones) 180

 * "Dos obreros ante el naufragio" (Cristina Pacheco) 182

 * "El niño" (Rafael F. Muñoz) 188

 * "La más bonita" (Magolo Cárdenas) 192

 * "Lucrecia" (Silvia Molina) 194

Lecturas complementarias:

 * "Los rostros verdaderos" (Hermann Bellinghausen) 198

 * "Huarapo" (Francisco Rojas González) 209

 * "A Nuevo León" (Jesús Garza Flores) 213

 * "La mujer" (Juan Bosch) 214

 * "La fuerza del hombre" (Oscar Liera) 216

 * "Largo y sinuoso camino" (Cristina Pacheco) 221

 * "Conversación" (Eduardo Mallea) 227

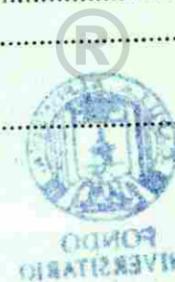
 * "Una mosca zumbando al sol" (Alicia Trueba) 232

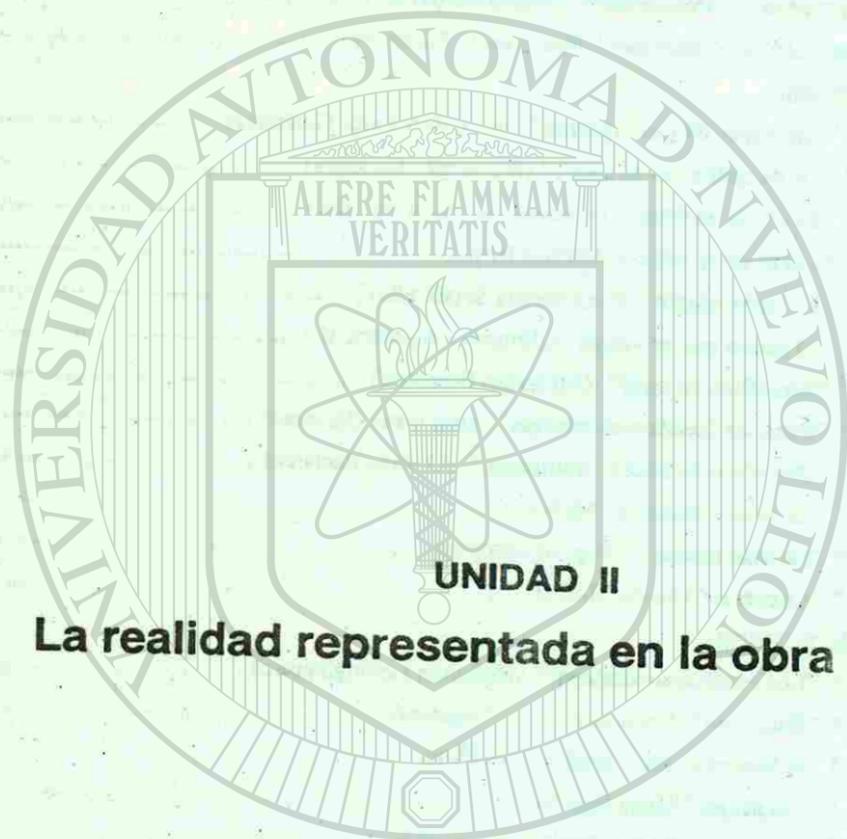
 * "Los jóvenes" (Raúl Rangel Frías) 237

 * "Claro amor" (Andrés Huerta) 239

 * "Los libros" (Andrés Huerta) 239

Bibliografía 240





La realidad representada en la obra literaria



FONDO
UNIVERSITARIO

LA REALIDAD REPRESENTADA EN LA OBRA LITERARIA

Objetivos:

Que el alumno:

1. A través de la lectura identifique la realidad que refleja la obra literaria.
- 2.- Identifique el tipo de realidad que representa la obra en su dimensión social, política o económica.
- 3.- Ubique aspectos de la realidad representada en una dimensión nacional, regional o familiar.
- 4.- Identifique valores presentes en las obras.



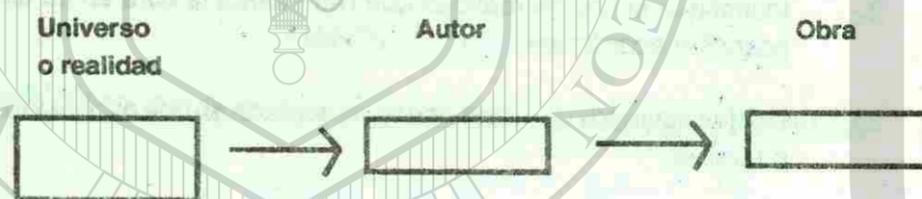
LA REALIDAD REPRESENTADA EN LA OBRA LITERARIA

*"La verdadera vida, la vida al fin descubierta y aclarada,
la única vida por consiguiente realmente vivida, es la literatura".*
Marcel Proust

Toda obra literaria independientemente de su significado y valor es sin duda el reflejo de una realidad: la poesía, el cuento, la novela y las demás manifestaciones literarias. Con base en esta consideración surgirán una serie de preguntas cuyas respuestas trataremos de aclarar enseguida.

Comúnmente se piensa que en toda obra literaria lo que se considera más importante es la vida del autor y las circunstancias en las que vivió; es evidente que estos aspectos son relevantes, más no es todo lo que se debe ver en la obra literaria, si nos circunscribimos a lo anterior, estaríamos dejando fuera otros elementos de trascendencia como el momento histórico, social, político, económico que se toma de esa realidad y que el autor de alguna manera reconstruye en su obra.

Existen tres elementos que determinan el valor que la realidad tiene dentro de lo que nos proponemos estudiar en esta unidad: El universo o realidad, el autor o artista y la obra. Gráficamente tendríamos:



Sin lugar a dudas el autor toma su materia prima de la realidad existente, la interpreta y la matiza con sus rasgos personales y finalmente crea un producto, en este proceso, con la escritura le da forma a su obra.

La realidad de donde el autor se nutre se integra en diferentes aspectos o valores que constituyen finalmente el marco referencial que nos remite a nociones como: familiares para todos: la familia, la sociedad, el estado, la moral y otros, aunados al mundo de los objetos y las cosas que nos rodean. También existe un universo de sensaciones y emociones donde se reúne todo el mundo afectivo del ser humano. En estas dos direcciones se desplaza la concepción de realidad; por un lado se puede dar en forma objetiva, o bien, subjetiva. También el autor puede buscar un punto de equilibrio; entre estos aspectos mencionados, nos enfrentaremos con innumerables ejemplos en los que el autor se vuelve más sensible o se manifiesta en un grado menor de sensibilidad como lo veremos en los siguientes ejemplos:

Soneto de la esperanza XAVIER VILLAURRUTIA

- | | | |
|----|---|---|
| 1 | Amar es prolongar el breve instante | <u>A mar es pro lon gar el bre veins, tan te</u> |
| 2 | de angustia, de ansiedad y de tormento | <u>dean gus tia, dean sie dad y de tor men to</u> |
| 3 | en que, mientras espero, te presiento | <u>en que, mien tras es pe ro, te pre sien to</u> |
| 4 | en la sombra suspenso y delirante. | <u>en la som bra sus pen soy de li ran te.</u> |
| 5 | ¡Yo quisiera anular de tu cambiante | <u>¡Yo qui sie ra nu lar de tu cam bian te</u> |
| 6 | y fugitivo ser el movimiento, | <u>y fu gi ti vo ser el mo vi mien to,</u> |
| 7 | y cautivarte con el pensamiento | <u>y cau ti var te con el pen sa mien to</u> |
| 8 | y por él sólo ser tu solo amante! | <u>y por él só lo ser tu so loa man te!</u> |
| 9 | Pues si no quiero ver, mientras avanza | <u>Pues si no quie ro ver, mien tras a van za</u> |
| 10 | el tiempo indiferente a quien más quiero, | <u>el tiem poi di te ren tea, quien más que ro,</u> |
| 11 | para soñar despierto en su tardanza. | <u>pa ra so ñar des pier to en su tar dan za</u> |
| 12 | La sola posesión de lo que espero, | <u>La so la po se sión de lo que es pe ro,</u> |
| 13 | es porque cuando llega mi esperanza | <u>es por que cuan do lle ga mies pe ran za</u> |
| 14 | es cuando ya sin esperanza muero. | <u>es cuan do ya sin es pe ran za mue ro</u> |

Morir en el Golfo
(fragmento)

HÉCTOR AGUILAR CAMÍN

A las dos de la tarde del día siguiente, entró mi contacto al restaurante Sep's en Insurgentes Centro, a cuadra y media de mi departamento y a tres de las oficinas de la Federal de Seguridad, en la Plaza de la República, frente al monumento a la Revolución. El lugar tenía entonces mesas que daban a la calle, pero busqué un rincón adentro, protegido del sol. Atrás de mí entró mi contacto, como si hubiera vigilado mi llegada desde un punto cercano.

-No puedo comer con usted -dijo al sentarse, quitándose los lentes. Los usaba levemente oscuros para protegerse de una fobia. Simbolizaban bien la índole de su trabajo en la sombra. -Pero tampoco quise dejar de atender su llamado. Me preocupó mucho su telefonema de ayer, porque dimos por cerrado ese asunto. Cuénteme qué pasó.

Había llegado al Sep's sin una idea clara de lo que iba a plantearle, urgido de un vínculo, más que convencido de un camino a seguir. Llegado al momento, me oí diciendo, como si oyera a otro: -Se recibieron dos llamadas telefónicas con amenazas para Anabela.

-¿Se refiere usted a la viuda del presidente municipal de Chicontepec? -dijo mi contacto, rehusando la intimidad del nombre.

-La viuda, sí.

-¿Qué decían las llamadas?

-Amenazas de muerte para ella y para sus hijos. En los dos casos dijeron que iba a pasarles lo que al presidente municipal. Y que no los habían olvidado.

-¿Cuándo fueron esas llamadas?

-Noviembre 2 y noviembre 3 -me oí decir.

-Hoy es noviembre 19 -reparó mi contacto.

-Dejó pasar dos semanas antes de notificarme. ¿Por qué la urgencia ayer?

-Porque hasta ayer me lo contó la viuda. Tuvo un ataque nervioso.

-No es mujer de ataques nerviosos. Debe estar muy preocupada.

-No lo estaba, incluso salimos de vacaciones -dijo previniendo que lo averiguaría con facilidad. -Pero ayer hubo un incidente con el hijo en Cuernavaca.

-¿Qué incidente?

-Desapareció tres horas. Se fue sin avisar a casa de un amigo y regresó tres horas después. Normal, pero la viuda pensó otra cosa.

-¿Qué pensó?

-Que empezaban a cumplirse las amenazas. Acabábamos de llegar de viaje y estábamos aquí en la ciudad -seguí elaborando.

-Cuando le dijeron en Cuernavaca que el muchacho no había regresado, me contó lo de las amenazas. Por eso le llamé hasta ayer.

-¿Hay algún indicio de que las llamadas vinieran del amigo de Poza Rica? -dijo mi contacto.

-Repitieron por el teléfono los lemas de Pizarro.

¿Cuáles lemas?

- "Romper para crear". "El que sabe sumar, sabe dividir"

-Esos lemas los sabe cualquiera que haya leído su columna -dijo mi contacto.

-Si va a empezar a convencerme de que no hay problema, le recuerdo cómo empezó todo esto y -a dónde llegó -dije.

-Recuerdo muy bien -dijo. Sacó un cigarrillo de su pitillera y lo prendió con su habitual parsimonia. Vi sus ojillos entre el humo, irritados por el poco sueño o por el propio humo, desconfiadamente fijos en mí. -¿Qué podemos hacer para evitar riesgos?

-Conservar la vigilancia un tiempo -pedí.

-De acuerdo. Pero es un remedio temporal.

-Es suficiente por lo pronto. La viuda planea irse de México. Probablemente a residir en Los Angeles.

-¿Cuándo piensa irse?

-Dos meses o tres.

Es mucho tiempo para cosas como estas, país -dijo mi contacto, echando a andar entre el humo su máquina interna de cálculo. -Debemos también negociar con Pizarro.

-Ya negociamos una vez con Pizarro

(pp. 172 y 173).

Las diferencias entre los ejemplos están muy bien marcadas en cuanto a su contenido; en el poema se expresa un yo interno, proyectando sentimientos de angustia, tormento, soledad y desesperación por la larga espera de un ser amado donde se dan los presentimientos delirantes; el poeta quisiera que se volviera estática la mutabilidad del ser y tenerlo cautivo en su pensamiento, y únicamente con el pensamiento sentirse su amante. El autor se muestra muy subjetivo. En el segundo ejemplo, su autor es más objetivo en tanto que narra los acontecimientos tal y como

los ve, fuera de su yo y a través de los personajes del relato.

En cuanto a la estructura de las dos composiciones, la primera es un soneto compuesto de 14 versos endecasílabos, dividido en dos cuartetos y dos tercetos, rima consonante y las combinaciones son ABBA, ABBA, CDC y DCD. Hay sinalefa en los versos 1, 2, 4, 5, 8, 10, 11, 12 y 13; mientras que la segunda composición está escrita en prosa con empleo de diálogos.

Estructura del Soneto



Ya sea que el autor se muestre más o menos objetivo o más o menos subjetivo en su obra, ésta se relaciona con hechos, circunstancias, lugares, personas o cosas a que hace referencia y que independientemente de la voluntad del autor, son el reflejo de las ideas, concepciones, creencias y valoraciones vigentes en una realidad histórica.

Para conocer ese universo representado en la obra escrita, es necesario entender su conformación por todas las cosas que lo integran y el conjunto de los hechos que tienen lugar en un tiempo y espacio determinados.

La literatura no se puede comprender al margen de la vida, es espacio de emociones, sensaciones, pensamientos y valores que contienen en sí mismos una concepción del mundo objetivo, distinto al mundo subjetivo del autor, con el que construye un universo a través de la escritura. En esta creación se reflejan ambientes, costumbres, modos de ser y un paisaje espiritual.

El creador es un ser sensible con capacidad de percibir lo que le rodea. De ese universo

toma lo que le impacta, lo interioriza, lo hace propio, capta los diferentes matices de la realidad, y selecciona el material que le servirá para darle forma a su obra. Como lo expresa Roa Bastos:

"Como escritor que no puede trabajar la materia de lo imaginario sino a partir de la realidad, siempre creía que para escribir es necesario leer antes un texto no escrito, escuchar y oír antes los sonidos de un discurso oral informulado aún pero presente ya en los armónicos de la memoria. Contemplar, en suma, junto con la percepción auditiva, ese tejido de signos no precisamente alfabéticos sino fónicos y hasta visuales que forman un texto imaginario. Mi iniciación en la literatura se debió al influjo de esta creencia."

La obra literaria es entonces un vehículo para ver, percibir y sentir esa realidad. Una obra se vuelve significativa cuando nos permite entender, relacionar, confrontar los diferentes contenidos que le dan forma, y de este modo abrir una serie de posibilidades para valorarla e interpretarla.

Por su parte, para el lector la obra literaria es una fuente inagotable de conocimientos por el universo que subyace en ella; es decir lo que no se lee con el mero contacto del ojo con la letra impresa, sino lo que está más allá, es decir, aquellas partes de la realidad a las que sólo podemos llegar a través de los diferentes tipos de lectura. Cada lectura se convertirá, de este modo, en un nuevo acercamiento al texto literario.

Existe una relación muy estrecha entre la obra literaria y la sociedad porque ésta condiciona las diferentes formas de pensar y de ver el mundo, ambas se necesitan y complementan; trataremos de explicar estas afirmaciones en el siguiente resumen; algunos estudiosos del tema proponen que el procedimiento en vías de aclarar el grado de influencia o relación de la literatura con la sociedad, consiste en recurrir al estudio de la obra literaria como documento social, como supuestos retratos de la realidad social.

En la creación de una obra intervienen entre otros elementos, el lenguaje que como todos sabemos ha sido una creación convencionalmente social; el metro, los simbolismos y las normas literarias, creadas también por la sociedad.

El escritor por su parte como miembro de una sociedad, se podría señalar de él su procedencia social, el trasfondo familiar, la posición económica, y en sí todo el ambiente en el que se desenvuelve. En la historia de la literatura, se han podido ubicar los diferentes grupos de artistas; así tenemos aristócratas, burgueses y proletarios, sin embargo para muchos críticos, los escritores quedarían enmarcados en la burguesía; para otros críticos, aquellos formarían parte de las clases medias sobre todo en los últimos años, sin embargo, la procedencia social del escritor no es único factor determinante para establecer el tipo de relación de su obra con la sociedad, porque no todos los escritores se pronuncian por representar los intereses de su clase; muchos se han puesto al servicio de una clase distinta de la suya propia.

Otra distinción que se puede hacer, será respecto a su grado de integración en el proceso social; en la literatura popular, esta integración es muy íntima, pero se puede dar el caso que exista un distanciamiento social. En la época moderna ha surgido una clase intermedia de profesionales relativamente independiente, tocará a la sociología literaria determinar su condición social, el grado de dependencia respecto a la clase dominante, las fuentes económicas de su sostenimiento, así como el prestigio que tenga.

Hasta antes de la Revolución Francesa la literatura había funcionado como un medio de entretenimiento de las clases dominantes, así se puede estudiar el papel de los aedas y los rapsodas, los trágicos y comediógrafos griegos, los bardos célticos, los juglares y trovadores medievales, etc., su sostenimiento económico dependía estrechamente del favor de su público, o eran protegidos por los nobles, y poco favorecidos por el público lector. A partir del siglo XIX y en la actualidad, el escritor y su obra tienen otra función que cumplir; se critica la sociedad en que se vive, del mero entretenimiento, pasa a ser juez condenando o salvando éticamente al hombre contemporáneo.

Utilizada como documento social, la obra literaria puede ser que marque las líneas generales de la historia social, así muchos autores han advertido que las diferentes obras contienen verdaderos tipos sociales, otros reflejan los estratos sociales. En la época isabelina las obras reflejan la clase media, la pequeña nobleza campesina y los clérigos rurales del principio del siglo XIX; Balzac se cita como un ejemplo clásico quien en su *Comedia Humana*, plasma las estratificaciones sociales de la aristocracia francesa, asimismo la obra literaria puede reflejar algunos fenómenos sociales que se manifiestan en actitudes y comportamientos en las diferentes épocas.

El escritor como parte de una realidad social no sólo experimenta la influencia de ésta, sino también la que él ejerce en diferentes niveles. El más inmediato consiste en los lectores y, otro más profundo que trasciende hasta la sociedad objetivamente. En el primer caso la influencia en el lector se manifiesta a través de la representación de la vida encarnada en los personajes; moldeando al individuo en cuanto a ideas, sentimiento y otros aspectos de importancia. En el segundo caso se pretende representar fielmente las relaciones sociales tal y como son, despertando en el lector la duda de los aspectos negativos del orden social establecido, aún cuando el autor haya experimentado tales características. Es así como la influencia de la literatura sobre la sociedad se da sutilmente y en forma indirecta, no es posible que produzca cambios tajantes e inmediatos, lo que sí puede hacer es contribuir a cambiar la sensibilidad colectiva, generando un ambiente de creencias que hará posible tal vez, un cambio que pueda darse posteriormente.

En la unidad anterior, al estudiar la obra literaria desde el punto de vista de los valores, pudiste constatar su existencia y jerarquización desde diferentes posturas. A través del estudio de las obras literarias que se proponen en esta unidad, se analiza la realidad que se presenta, ya sea de carácter social, económico o político en su dimensión general y una realidad nacional, regional o familiar en su dimensión particular.

Las lecturas que se seleccionaron son de corta extensión con el fin de acercarte a ti estudiante, a la comprensión y análisis de este tipo de textos. Esperamos que continúes con el proceso de la lecto-escritura que desde el módulo I has estudiado; deseamos que con todo ello, se cumpla el objetivo propuesto y despierte en ti la inquietud por efectuar lecturas de mayor extensión así como de mayor profundidad.

Actividades generales que deberán realizarse en todas las lecturas propuestas

- 1.- Lectura cuidadosa del texto.
- 2.- Investigar las palabras que presentan dificultades de significado.
- 3.- Ubicación de los aspectos de la realidad representada en la obra.
- 4.- Retomar la identificación de los valores y su clasificación.
- 5.- Relacionar el contenido de cada obra con acciones, y hechos de la vida real.
- 6.- Realizar las actividades específicas señaladas en cada lectura.

Actividades introductorias

La comprensión de un texto sea éste poesía, cuento, novela u otra forma literaria, depende del tipo de lectura que se haga; te proponemos que hagas una lectura cuidadosa y retomes las indicaciones de las técnicas que se han estudiado en el Módulo I, asimismo te recomendamos que consultes el diccionario en la medida en que lo creas conveniente.

Al realizar las actividades introductorias te darás cuenta que en los poemas se dan realidades diferentes que es en esencia el enfoque que se propone para esta unidad, siñ dejar de lado la identificación de valores que se presentan en cada una de las obras, tema que ya estudiaste en la unidad anterior; respecto a las demás actividades que se proponen en cada una de las lecturas, te pedimos que las realices en forma completa y atendiendo a las indicaciones de tu maestro.

Pasatiempo

Mario Benedetti

1. Lee el poema.
2. Reflexiona sobre su contenido.
3. Explica los siguientes versos:

"Ya le dimos alcance a la verdad"
"el océano es por fin el océano".

4. Escribe un comentario sobre lo que nos quiere decir el autor.

Hasta antes de la Revolución Francesa la literatura había funcionado como un medio de entretenimiento de las clases dominantes, así se puede estudiar el papel de los aedas y los rapsodas, los trágicos y comediógrafos griegos, los bardos célticos, los juglares y trovadores medievales, etc., su sostenimiento económico dependía estrechamente del favor de su público, o eran protegidos por los nobles, y poco favorecidos por el público lector. A partir del siglo XIX y en la actualidad, el escritor y su obra tienen otra función que cumplir; se critica la sociedad en que se vive, del mero entretenimiento, pasa a ser juez condenando o salvando éticamente al hombre contemporáneo.

Utilizada como documento social, la obra literaria puede ser que marque las líneas generales de la historia social, así muchos autores han advertido que las diferentes obras contienen verdaderos tipos sociales, otros reflejan los estratos sociales. En la época isabelina las obras reflejan la clase media, la pequeña nobleza campesina y los clérigos rurales del principio del siglo XIX; Balzac se cita como un ejemplo clásico quien en su *Comedia Humana*, plasma las estratificaciones sociales de la aristocracia francesa, asimismo la obra literaria puede reflejar algunos fenómenos sociales que se manifiestan en actitudes y comportamientos en las diferentes épocas.

El escritor como parte de una realidad social no sólo experimenta la influencia de ésta, sino también la que él ejerce en diferentes niveles. El más inmediato consiste en los lectores y, otro más profundo que trasciende hasta la sociedad objetivamente. En el primer caso la influencia en el lector se manifiesta a través de la representación de la vida encarnada en los personajes; moldeando al individuo en cuanto a ideas, sentimiento y otros aspectos de importancia. En el segundo caso se pretende representar fielmente las relaciones sociales tal y como son, despertando en el lector la duda de los aspectos negativos del orden social establecido, aún cuando el autor haya experimentado tales características. Es así como la influencia de la literatura sobre la sociedad se da sutilmente y en forma indirecta, no es posible que produzca cambios tajantes e inmediatos, lo que sí puede hacer es contribuir a cambiar la sensibilidad colectiva, generando un ambiente de creencias que hará posible tal vez, un cambio que pueda darse posteriormente.

En la unidad anterior, al estudiar la obra literaria desde el punto de vista de los valores, pudiste constatar su existencia y jerarquización desde diferentes posturas. A través del estudio de las obras literarias que se proponen en esta unidad, se analiza la realidad que se presenta, ya sea de carácter social, económico o político en su dimensión general y una realidad nacional, regional o familiar en su dimensión particular.

Las lecturas que se seleccionaron son de corta extensión con el fin de acercarte a ti estudiante, a la comprensión y análisis de este tipo de textos. Esperamos que continúes con el proceso de la lecto-escritura que desde el módulo I has estudiado; deseamos que con todo ello, se cumpla el objetivo propuesto y despierte en ti la inquietud por efectuar lecturas de mayor extensión así como de mayor profundidad.

Actividades generales que deberán realizarse en todas las lecturas propuestas

- 1.- Lectura cuidadosa del texto.
- 2.- Investigar las palabras que presentan dificultades de significado.
- 3.- Ubicación de los aspectos de la realidad representada en la obra.
- 4.- Retomar la identificación de los valores y su clasificación.
- 5.- Relacionar el contenido de cada obra con acciones, y hechos de la vida real.
- 6.- Realizar las actividades específicas señaladas en cada lectura.

Actividades introductorias

La comprensión de un texto sea éste poesía, cuento, novela u otra forma literaria, depende del tipo de lectura que se haga; te proponemos que hagas una lectura cuidadosa y retomes las indicaciones de las técnicas que se han estudiado en el Módulo I, asimismo te recomendamos que consultes el diccionario en la medida en que lo creas conveniente.

Al realizar las actividades introductorias te darás cuenta que en los poemas se dan realidades diferentes que es en esencia el enfoque que se propone para esta unidad, siñ dejar de lado la identificación de valores que se presentan en cada una de las obras, tema que ya estudiaste en la unidad anterior; respecto a las demás actividades que se proponen en cada una de las lecturas, te pedimos que las realices en forma completa y atendiendo a las indicaciones de tu maestro.

Pasatiempo

Mario Benedetti

1. Lee el poema.
2. Reflexiona sobre su contenido.
3. Explica los siguientes versos:
*"Ya le dimos alcance a la verdad"
 "el océano es por fin el océano".*
4. Escribe un comentario sobre lo que nos quiere decir el autor.

Pasatiempo

MARIO BENEDETTI

Cuando éramos niños
los viejos tenían como treinta
un charco era un océano
la muerte lisa y llana
no existía

cuando muchachos
los viejos eran gente de cuarenta
un estanque era océano
la muerte solamente
una palabra

ya cuando nos casamos
los ancianos estaban en cincuenta
un lago era un océano
la muerte era la muerte
de los otros

ahora veterano
ya le dimos alcance a la verdad
el océano es por fin el océano
pero la muerte empieza a ser
la nuestra

MARIO BENEDETTI

(Paso de los Toros, Uruguay, 1920). Los temas de sus libros giran en torno a la realidad de su país, la mediocridad de la vida del empleado y las frustraciones del hombre contemporáneo. Ha cultivado la narrativa, la poesía, el ensayo, la crítica, el humorismo y la canción. Entre sus narraciones destacan *Montevideanos* (1959), *La Tregua* (1960), *La muerte y otras sorpresas* (1968) y *Primavera con una esquina rota* (1982).

Malpaís

JOSÉ EMILIO PACHECO

Malpaís: Terreno árido, desértico e ingrato; sin agua
ni vegetación; por lo común cubierto de lava.
Francisco J. Santamaría: Diccionario de mejicanismos

Ayer el aire se limpió de pronto
y renacieron las montañas.
Siglos sin verlas. Demasiado tiempo
sin algo más que la conciencia de que allí están,
circundándonos.
Caravana de nieve el Iztaccíhuatl.
Cúpula helada
o crisol de lava en la caverna del sueño,
nuestro Popocatepetl.

Esta fue la ciudad de las montañas.
Desde cualquier esquina se veían las montañas.
Tan visibles se hallaban que era muy raro
fijarse en ellas. Verdaderamente
nos dimos cuenta de que existían las montañas
cuando el polvo del lago muerto,
los desechos fabriles, la cruel ponzoña
de incansables millones de vehículos,
la mierda en átomos
de muchos más millones de explotados,
bajaron el telón irrespirable
y ya no hubo montañas.
Contadas veces
se deja contemplar azul y enorme el Ajusco.
Aún reina sobre el valle pero lo están acabando
entre fraccionamientos, taladores y lo que es peor
incendarios.

Por mucho tiempo
lo creímos invulnerable. Ahora sabemos
de nuestra inmensa capacidad destructiva.

Cuando no quede un árbol,
cuando todo sea asfalto y asfixia
o malpaís, terreno pedregoso sin vida,
esta será de nuevo la capital de la muerte.

En ese instante renacerán los volcanes.
Vendrá de lo alto el gran cortejo de lava.
El aire inerte se cubrirá de ceniza.
El mar de fuego lavará la ignominia
y en poco tiempo se hará piedra.
Entre la roca brotará una planta.
Cuando florezca tal vez comience
la nueva vida en el desierto de muerte.

Allí estarán, eternamente invencibles,
astros de ira, soles de lava
indiferentes deidades,
centros de todo en su espantoso silencio,
ejes del mundo, los atroces volcanes.

JOSÉ EMILIO PACHECO

(México, D.F., 1939). En su formación como investigador y narrador influyeron los constantes viajes y el ejercicio en diarios y revistas. Como narrador elige sus recursos estilísticos lo mismo de la tradición literaria clásica como de las corrientes vanguardistas. Su primer libro de poemas, *Los elementos de la noche*, publicado en 1963, considerado el libro más compacto, más completo. En 1966 aparece su segundo libro, *El reposo del fuego* y en 1976, *Islas a la deriva*. Son abundantes sus ensayos, traducciones, reseñas, estudios y notas críticas. Su obra narrativa comprende la novela: *Morirás lejos* (1967) y los libros de cuentos: *La sangre de Medusa* (1959), *El viento distante* (1963-1969) y *El principio del placer* (1972).

Malpaís

José Emilio Pacheco

1. Lee el poema y explica su contenido.
2. Subraya las palabras cuyo significado desconozcas. Investígalas.
3. ¿A qué lugares se refiere el autor, en el poema?
4. Ubica geográficamente los volcanes a los que hace referencia el autor.
5. ¿Se hace alusión a un problema real? Explica cuál.
6. Relaciona el contenido del poema con una situación semejante en tu ciudad.

Las vacas de Quiviquinta Francisco Rojas González

La pobreza, el hambre y otras condiciones en que ha vivido el indio, se encuentra reflejadas en este relato; su lectura aunada a la lectura de los *Rostrados verdaderos* de Hermann Bellinghausen te dirán mucho acerca de esas condiciones y otras, en las que viven algunos grupos indígenas, actualmente.

Actividades:

- 1.- Lee el siguiente relato y realiza las actividades sugeridas.
- 2.- Investiga de dónde proceden los coras, sus costumbres, su forma, de gobierno, modo de vida etc.
- 3.- Especifica a qué realidad hace alusión el cuento: económica, social, o política.
- 4.- ¿En qué fragmentos del relato? Especifica.
- 5.- ¿De qué manera los hombres del pueblo mantenían la esperanza de seguir viviendo?
- 6.- ¿Por qué se dirigen Martina y Esteban al mercado?
- 7.- ¿Cómo describe el narrador el lugar (mercado) a donde se dirige Martina y Esteban?
- 8.- ¿Encuentras alguna semejanza entre este tipo de mercado y los que tú conoces? ¿Cuál?
- 9.- Reflexiona sobre el significado contextual de las siguientes palabras:

sustanciaría	habilitarnos	apero	odres
resolverse	nodriza	embobada	avío

- 10.- En la vida de Martina y Esteban, se presenta una oportunidad para solucionar el problema del hambre ¿en qué consiste dicha oportunidad?
- 11.- ¿Cuál es la actitud de Esteban, ante la decisión de su mujer?
- 12.- Enlista las frases en las que se use el lenguaje coloquial.
- 13.- Consideras que la actitud de Martina haya sido la correcta? ¿Por qué?
- 14.- Explica si en la actual sociedad mexicana se les da trato y valor como personas a los indígenas.
- 15.- Escribe un comentario acerca del desenlace del cuento.

Las vacas de Quiviquinta

FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ

Los perros de Quiviquinta tenían hambre; con el lomo corvo y la nariz hincada en los baches de las callejas, el ojo alerta y el diente agresivo, iban los perros de Quiviquinta; iban en manadas, gruñendo a la luna, ladrando al sol, porque los perros de Quiviquinta tenían hambre...

Y también tenían hambre los hombres, las mujeres y los niños de Quiviquinta, porque en las trojes se había agotado el grano, en los zarzos se había consumido el queso y de los garabatos ya no colgaba ni un pingajo de cecina...

Sí, había hambre en Quiviquinta; las milpas amarillaron antes del jiloteo y el agua hizo charcas en la raíz de las matas; el agua de las nubes y el agua llovida de los ojos en lágrimas.

En los jacales de los coras se había acallado el perpetuo palmoteo de las mujeres; no había ya objeto, supuesto que al faltar el maíz, faltaba el nixtamal y al faltar el nixtamal, no había masa y sin ésta, pues tampoco tortillas y al no haber tortillas, era que el perpetuo palmoteo de las mujeres se había acallado en los jacales de los coras.

Ahora, sobre los comales, se cocían negros discos de cebada; negros discos que la gente comía, a sabiendas de que el torzón precursor de la diarrea, de los "cursos", los acechaba.

-Come, m'hijo, pero no bebas agua -aconsejaban las madres.

-Las gordas de cebada no son comida de cristianos, porque la cebada es "fría" -prevenían los viejos, mientras llevaban con repugnancia a sus labios el ingrato bocado.

-Lo malo es que para el año que'ntra ni semilla tendremos -dijo Esteban Luna, mozo lozano y bien puesto, quien ahora, sentado frente al fogón, miraba a su mujer, Martina, joven también, un poco rolliza pero sana y frescachona, que sonreía a la carjía filial de una pequeñuela, pendiente de labios y manecitas de un pecho carnudo, abundante y moreno como canarijo de barro.

-Dichosa ella -comentó Esteban- que tiene mucho de donde y de qué comer.

Martina rió con ganas y pasó su mano sobre la cabeza monda de la lactante.

-Es cierto, pero me da miedo de que se empache. La cebada es mala para la cría...

Esteban vio con ojos tristes a su mujer y a su hija.

-Hace un año -reflexionó-, yo no tenía de nada y de nadie por que apurarme... Ahoy dialtiro semos tres... Y con el hambre que si'ha hecho andancia.

Martina hizo no escuchar las palabras de su hombre; se puso de pie para llevar a su hija a la cuna que colgaba del techo del jacal; ahí la arrojó con cuidados y ternuras. Esteban seguía taciturno, veía vagamente cómo se escapaban las chispas del fogón vacío, del hogar inútil.

-Mañana me voy p' Acaponeta en busca de trabajo...

-No, Esteban -protestó ella-. ¿Qué haríamos sin ti yo y ella?

-Fuerza es comer, Martina... Sí, mañana me largo a Acaponeta o a Tuxpan a trabajar de peón, de mozo, de lo que caiga.

Las palabras de Esteban las había escuchado desde las puertas del jacal Evaristo Rocha, amigo de la casa.

-Ni esa lucha nos queda, hermano -informó el recién llegado-. Acaban de regresar del norte Jesús Trejo y Madaleno Rivera; vienen más muertos d'hambre que nosotros... Dicen que no hay trabajo por ningún lado; las tierras están anegadas hasta adelante de Escuinapa... ¡Arregúlate nomás!

-Entonces... ¿Qué nos queda? -preguntó alarmado Esteban Luna.

-¡Pos vé tú a saber...! Pu'ay dicen quesque viene maíz de Jalisco. Yo casi no lo creo... ¿Cómo van a hambriar a los de po'allá nomás pa darnos de tragar a nosotros?

-Que venga o que no venga maíz, me tiene sin cuidado orita, porque la vamos pasando con la cebada, los mezquites, los nopales y la guámara... Pero pa cuando lleguen las secas ¿qué vamos a comer, pues?

-Ai'stá la cuestión... Pero las cosas no se resuelven largándonos del pueblo; aquí debemos quedarnos... Y más tú, Esteban Luna, que tienes de quen cuidar.

-Aquí, Evaristo, los únicos que la están pasando regular son los que tienen animalitos; nosotros ya echamos a l'olla el gallo... Ahí andan las gallinas sólidas y viudas, escarbando la tierra, manteniéndose de pinacates, lombrices y grillos; el huevito de tierra que dejan pos es pa Martina, ella está criando y hay que sustanciarla a como dé lugar.

-Don Remigio "el barbón" está vendiendo leche a veinte centavos el cuartillo.

-¡Bandidazo...! ¿Cuándo se había visto? Hoy más que nunca, siento haber vendido la vaquilla...

Estas horas ya staría parida y dando leche... ¿Pa qué diablos la vendimos, Martina?

-¡Cómo pa qué, cristiano...! ¿A poco ya no t' acuerdas? Pos p' habilitamos de apero hor'un' año. ¿No mercates la coa? ¿No alquilates dos yuntas? ¿Y los pioncitos que pagates cuando l'ascarda?

-Pos ahoy, verdá de Dios, me doy de cabezazos por menso.

-Ya ni llorar es bueno, Esteban... ¡Vámonos aguantando un tito a ver qué dice Dios! -agregó resignado Evaristo

Rocha.

Es jueves, día de plaza en Quiviquinta. Esteban y Martina, limpiecitos de cuerpo y de ropas van al mercado, obedeciendo más a una costumbre, que llevados por una necesidad, impelidos mejor por el hábito que por las perspectivas que pudiera ofrecerles el "tianguis" miserable, casi solitario, en el que se reflejan la penuria y el desastre regional, algunos "puestos" de verduras marchitas, lacias; una mesa con vísceras oliscadas, cubiertas de moscas; un cazo donde hierven dos o tres kilos de carne flaca de cerdo, ante la expectación de los perros que, sobre sus traseros huesudos y roñosos, se relamen en vana espera del bocado que para sí quisieran los niños harapientos, los niños muertos de hambre que juegan de manos, poniendo en peligro la triste integridad de los tendidos de cacahuates y de naranjas amarillas y mustias.

Esteban y Martina van al mercado por la Calle Real de Quiviquinta; él adelante, lleva bajo el brazo una gallinita "búlique" de cresta encendida; ella carga a la chiquitila. Martina va orgullosa de la gorra de tira bordada y del blanco roponcito que cubre el cuerpo moreno de su hijita.

Tropiezan en su camino con Evaristo Rocha.

-¿Van de compras? -pregunta el amigo por saludo. No, vale, está muy flaca la caballada; vamos a ver qué vemos... Yo llevo la "búlique" por si le hallo marchante... Si eso ocurre, pos le merco a ésta algo de "plaza"...

-¡Que así sea, vale... Dios con ustedes!

Al pasar por la casa de don Remigio "el barbón", Esteban detiene su paso y mira, sin disimular su envidia, cómo un peón ordeña una vaca encienque y melancólica, que aparta con su rabo la nube de moscas que la envuelve.

-Bien' haigan los ricos... La familia de don Remigio no pasa ni pasará hambre... Tiene tres vacas. De malas cada una dará sus tres litros... Dos p' el gano y lo que sobra, pos pa venderlo... Esta gente sí tendrá modo de sembrar el año que viene; pero uno...

Martina mira impávida a su hombre. Luego los dos siguen su camino.

Martina descortiza con sus dientes chaparros, anchos y blanquísimos, una caña de azúcar. Esteban la mira en silencio, mientras arrulla torpemente entre sus brazos a la niña que llora a todo pulmón.

La gente va y viene por el "tianguis", sin resolverse siquiera a preguntar los precios de la escasa mercancía que los tratantes ofrecen a grito pelado... ¡Está todo tan caro!

Esteban, de pie, aguarda. Tirada, entre la tierra suelta, alea, rigurosamente maniatada, la gallinita "búlique".

-¿Cuánto por el mole? -pregunta un atrevido, mientras hurga con mano experta la pechuga del avecita para cerciorarse de la cuantía y de la calidad de sus carnes.

-Cuatro pesos -respondió Esteban...

-¿Cuatro pesos? Pos ni que jueen ternera...

-Es pa que ofrezcas, hombre...

-Doy dos por ella.

-No... ¿A poco crés que me la robé?

-Ni pa tí, ni pa mí... Veinte reales.

-No, vale, de maíz se los ha tragado.

Y el posible comprador se va sin dar importancia a su fracasada adquisición.

-Se l'hubieras dado, Esteban, ya tiene la güevera seca de tan vieja -dijo Martina.

La niña sigue llorando; Martina hace a un lado la caña de azúcar y cobra a la hija de los brazos de su marido. Alza su blusa hasta el cuello y deja al aire los categóricos, los hermosos pechos morenos, trémulos como un par de odres a reventar. La niña se prende a uno de ellos; Martina, casta como una matrona bíblica, deja mamar a la hija, mientras en sus labios retozan una tonadita bullanguera.

El rumor del mercado adquiere un nuevo ruido; es el motor de un automóvil que se acerca. Un automóvil en Quiviquinta es un acontecimiento raro. Aislado el pueblo de la carretera, pocos vehículos mecánicos se atreven por brechas serranas y bravías. La muchachada sigue entre gritos y chacota al auto que, cuando se detiene en las cercanías de la plaza, causa curiosidad entre la gente. De él se apea una pareja: el hombre alto, fuerte, de aspecto próspero y gesto orgulloso; la mujer menuda, debilucha y de ademanes tímidos.

Los recién llegados recorren con la vista al "tianguis", algo buscan. Peneiran entre la gente, voltean de un lado a otro, inquietos y siguen preocupados su búsqueda.

Se detienen en seco frente a Esteban y Martina: ésta, al mirar a los forasteros se echa el rebozo sobre sus pechos, presa de súbito rubor; sin embargo, la maniobra es tardía, ya los extraños habían descubierto lo que necesitaban:

-¿Has visto? -pregunta el hombre a la mujer.

-Sí -responde ella calurosamente-: ¡Esa, yo quiero esa, está magnífica...!

-¡Que si está! -exclama el hombre entusiasmado.

Luego sin más circunloquios, se dirige a Martina:

-Eh, tú, ¿no quieres irte con nosotros? Te llevamos de nodriza a Tepic para que nos críes a nuestro hijito.

La india se queda embobada, mirando a la pareja sin contestar.

-Veinte pesos mensuales, buena comida, buena cama, buen trato...

-No -responde secamente Esteban.

-No seas tonto, hombre, se están muriendo de hambre y todavía se hacen del rogar -ladra el forastero.

-No -vuelve a cortar Esteban.

-Veinticinco pesos cada mes. ¿Qui' hubote?

-No.

-Bueno, para no hablar mucho, cincuenta pesos.

-¿Da setenta y cinco pesos? y me lleva a "media leche" -propone inesperadamente Martina.

Esteban mira extrañado a su mujer; quiere terciar, pero no lo dejan.

-Setenta y cinco pesos de "leche entera"... ¿Quieres?

Esteban se ha quedado de una pieza y cuando trata de intervenir, Martina le tapa la boca con su mano.

-¡Quiero! -responde ella. Y luego al marido mientras le entrega a su hija-: Anda, la crías con leche de cabra mediada con arroz... a los niños pobres todo les asienta. Yo y ella estamos obligadas a ayudarte.

Esteban maquinalmente extiende los brazos para recibir a su hija.

Y luego Martina con gesto que quiere ser alegre:

-Si don Remigio "el barbón" tiene sus vacas d'ionde sacar el avío pal' año que'ntra, tú, Esteban, también tienes la tuya... y más rendidora. Sembraremos l' año que'ntra toda la parcela, porque yo conseguiré l' avío.

-Vamos, dice nervioso el forastero tomando del brazo a la muchacha.

Cuando Martina sube al coche, llora un poquitín.

La mujer extraña trata de confortarla.

-Estas indias coras -acota el hombre- tienen fama de ser muy buenas lecheras...

El coche arranca. La gente del "tianguis" no tiene ojos más que para verlo partir.

Esteban llama a gritos a Martina. Su reclamo se pierde entre la algarabía.

Después toma el camino hacia su casa; no vuelve la cara, va despacio, arrastrando los pies... Bajo el brazo, la gallina "búlique" y, apretada contra su pecho, la niña que gime huérfana de sus dos cantaritos de barro moreno.

FRANCISCO ROJAS GONZALEZ

(1904-1951) Mexicano. Antropólogo, novelista y cuentista. Autor del Diosero; en las páginas de este libro se combinan la calidad artística y la elaboración de escena, hechos en núcleos indígenas de distintas regiones del país desde las del norte hasta las del extremo sur. Citas de sus obras: La negra angusta y Lola casanova.

¿Y de quién fue la idea?

Romualdo Gallegos

En el desempeño laboral, quienes por inquietudes propias realizan actividades en beneficio de los demás pero no con estricto apego a las normas establecidas, provoca situaciones en las que la intervención de las autoridades se hace presente para amonestar o sancionar ciertas actitudes; sin embargo cuando una idea llega a concretar en una actividad que logra aceptación de otros o resulta exitosa, el "reconocimiento" a quien llevó a cabo dicha actividad, permanece en el anonimato.

Actividades:

- 1.- Lee el texto
- 2.- Ubica los sucesos en un tiempo y un espacio.
- 3.- ¿Crees que los sucesos que se dan en este relato, reflejan una realidad cotidiana? ¿Por qué?
- 4.- ¿La influencia del maestro de este relato fue positiva o negativa? Expresa tu punto de vista.
- 5.- ¿Crees que un maestro con este tipo de inquietudes, origine problemas?
- 6.- Expresa tu opinión acerca del maestro del relato. Considera los siguientes puntos: Informalidad, irresponsabilidad (si hay) promueve valores, rompe con las normas establecidas, amplió el entorno cultural de los estudiantes.
- 7.- ¿La labor que realizó el maestro fue reconocida por las autoridades de la escuela? Expresa tu opinión.

¿Y de quién fue la idea?

ROMUALDO GALLEGOS

Reconozco que no soy un profesor disciplinado, que no puedo seguir al pie de la letra las instrucciones de los programas. Jamás he alcanzado los objetivos propuestos y cuando doy mis clases termino hablando de películas de terror, del lenguaje de las pandillas y de música mexicana, cuando el tema era lexemas y gramemas.

Así me pasa, empiezo con el verbo transitivo y acabo amenazando con reprobar al que no me escriba correctamente un recado o una carta de amor, pues sigo obsesionado con la idea de que la única forma de aprender el idioma es escribiéndolo.

Pero la informalidad tiene sus riesgos. Cuando impartía clases de Educación Artística, sufrí la primer derrota: para poder aprender el ritmo musical, pedí a los muchachos construir de manera artesanal instrumentos musicales. Quería formar equipos que interpretaran cualquier melodía, siempre y cuando se acompañaran con el sonido de sus artefactos. Hicieron panderos con alambre y fichas aplastadas, claves con trozos de madera bien tallada, güiros fabricados con guajes y botellas plásticas de Cloralex. La cosa iba bien, pero el día de la demostración, los prefectos se quejaron porque los muchachos hicieron mucho ruido por toda la escuela. "Mucho escándalo, siquiera tocan algo bonito", dijo el prefecto Santos, mientras le temblaba la papada de coraje, y confiscaba todos los instrumentos. Hablé con el subdirector, pedí disculpas y me comprometí, que de regresarnos el material, los muchachos solamente tocarían en clase y sólo con fines de evaluación.

La demostración práctica terminó en desastre, porque los alumnos querían interpretar el tema de moda, una cumbia que sonaba en la radio, y desde luego la canción era boba y monótona. El verdadero problema comenzó tres días después, cuando se descubrió que tres alumnos formaron un trío musical y durante el horario escolar se iban a tocar en los camiones. O sea que se hacían la pinta y en su casa decían que los instrumentos eran para las prácticas de Artísticas. A los tres se les amenazó con expulsión. A mí se me exigió seriedad.

No aprendí la lección; cansado de clases verborréricas y monótonas, empecé otra vez a hablar sobre cosas mágicas de la literatura y del teatro.

Llevado por el calor de la plática, hablé hasta por los codos de los dramaturgos nacionales. Luego comenté sobre lo disfrutable que es presenciar una puesta en escena. Pregunté si alguien había ido al teatro y la respuesta fue increíble. Nadie, ninguno de los cuarenta y dos alumnos, durante toda su vida habían ido alguna vez al teatro. Incredulo, molesto, iracundo, advertí que para fin de periodo todos deberían ir a ver una obra. Propuse una que estaban pasando en el teatro "Sara García", la obra se llama "Acá de este lado", y había ganado un premio nacional. Era una comedia norteña, graciosa y ligera, cuyo autor es regiomontano. Y por si fuera poco la entrada era gratis, sólo había que recoger los pases en la Torre de Rectoría. Yo conseguí todos los boletos y a cada alumno le entregué el suyo.

"Quien asista, por el simple hecho de ir, tiene un ocho; quien además me entregue un reporte de lo que vio, sin graves errores ortográficos, sacará un diez. Ya dije y no me rajo".

Pero ya me andaba rajando, porque los primeros que protestaron fueron precisamente los padres de familia. Les expliqué como pude que los alumnos deben aprender de teatro, de música y de poesía, y que tenían que vivirlo de cerca, porque era la única forma verdadera de sentirlo. Además les dije que si no querían que sus hijos fueran solos, ellos los acompañaran. Les causó extrañeza la invitación; algunos opinaron que eso era para afeminados. Así de grave estaba el asunto. De todos modos algunas madres lo tomaron en serio, se organizaron y fueron a la función. Los resultados fueron muy gratos. Les gustó, realmente les gustó.

Los alumnos y padres felicitaron al director, quien nunca aceptó de buena gana la visita al teatro, pero ni tardo ni perezoso, saludó con sombrero ajeno: "gracias, señores". Y es que los aplausos no son siempre para el que crea la idea, sino para el que sabe aprovecharla. Y el director manejaba a la perfección esta filosofía.

Ya me estaba ganando la confianza de mis compañeros y del director, cuando volví a las andadas. Ahora me pegó la fiebre de la fotografía y decidí que los muchachos debían saber lo más elemental de esta actividad artística. Le expliqué el proyecto al director.

-¿Y de dónde van a sacar los alumnos una cámara fina, porque me imagino que para eso de las fotos, apenas una como la que traen los reporteros: una "Phenta" o una "Binolta".

-No, no, no se necesita una PENTAX o una MINOLTA. No es un concurso de ver quien trae la cámara más costosa. No, la idea es que lo hagan con camaritas. Incluso a blanco y negro.

-¿Y de dónde van a sacar cámara todos los alumnos?

-No, hombre, no va a ser un trabajo individual, será un equipo; grupos de seis. Una por equipo, pero todos toman fotografías.

-¿Y el rollo? ¿Usted les va a regalar el rollo? Aquí nadie quiere cooperar. Ya ve los boletos para rizar el horno microondas no se han vendido, se los vamos a tener que meter a chaleco. No hay dinero y tenemos que terminar la barda.

-Mire usted, todo va a ser voluntario. Esto no es una rifa, es una experiencia diferente. A los muchachos hay que involucrarlos en el arte, que ellos metan la mano, que les cueste. Ya ve lo del teatro, les gustó. Las señoras quedaron contentas.

-Sí, maestro, pero eso fue gratis. Ahora, falta la revelada, quien la va a pagar.

-Pues mire, yo tengo un amigo en la Universidad; se llama Gerardo y es fotógrafo profesional, estudia en Ciencias de la Comunicación, le gustó la idea y se comprometió a revelar todo; incluso se propuso para asesorar personalmente a los muchachos. Usted sabe, explicarles lo más elemental sobre la luz; sobre la espontaneidad, sobre la perspectiva. Con las fotos haremos una exposición, seleccionaremos las tres mejores y a los ganadores les regalamos un libro sobre fotografía y un paquete escolar.

-Esta bien, está bien, mientras no me pidan dinero, porque no hay, y que vayan en sábado. Que los acompañen algunos padres de familia y usted no los deje solos. Si hay problemas, usted responde.

No fue necesario que yo los acompañara a todos, además no era posible, porque cada equipo llevaba la tarea de trabajar diferente tema. Equipo uno: niños en los cruceros (vendehielos, limpiavidrios, voceadores, etc.). Equipo dos: monumentos históricos: El Obispado, Palacio de Gobierno, esculturas.

Equipo tres: mercados populares, etcétera, etcétera. Y así los otros equipos de seis integrantes.

El viernes llevé a Gerardo, universitario y reportero gráfico del periódico *El Nacional*, habló con ellos y les pasó dos o tres tips sencillos.

El sábado arrancó la operación. Gerardo se fue con un equipo, yo con otro y los demás se fueron solos.

A mí me tocó el equipo que iba a tratar el tema de la muchedumbre, y para esto buscaban ir al estadio de fútbol, a la monumental de toros o a la lucha libre. Nos decidimos por el último y creo que logramos atrapar excelentes imágenes: gente gritando, venta de máscaras, filas para comprar boletos; todo fuera de la arena, porque no teníamos dinero para entrar. Por la tarde nos reencontramos con el equipo de Gerardo que los llevó a cazar parejas infragantis en los jardines de la Macroplaza. Todos venían felices, porque les enseñó a usar su cámara profesional. Muy bien, muy bien. Nos vemos. Hasta el lunes. Váyanse derechito a su casa. Adiós.

Los jóvenes se fueron a su barrio y Gerardo y yo a mi casa. Nos tomamos tres cervezas y prometió, si todo salía bien, sacar una buena nota en el periódico sobre lo que sería la primera exposición de fotografía artística tomada por alumnos de secundaria. Excelente, gracias, gracias. Nos despedimos y mi amigo se fue. Yo me fui a la cama, haciendo planes, soñando con esa nota que daría relevancia al evento... Tal vez invite a los padres de familia, también a los profesores y por supuesto al Jefe de Secundarias Generales, a su equipo técnico y a... y aquí me quedé dormido.

No supe cómo localizaron al director, no supe cómo el director me localizó en casa de mi hermana, en una cena de cumpleaños. Venía con un alumno y dos padres de familia. Gritaba.

-¡Se lo dije, se lo dije! Yo sabía que algo tenía que pasar, pero me tenía que dejar convencer.

-¿Qué pasó? ¿Qué pasó? Salí yo con los pelos erizados y el alma en un hilo.

-Se perdió una muchacha; no llegó a su casa, salió desde el sábado a tomar fotos. Acompáñenos a la policía.

Yo no sabía qué decir. Me volví cucaracha y para acabarla de llegar una cucaracha tartamuda, porque no articulaba una frase razonable. Cerré los ojos, apreté las mandíbulas, y traté de tranquilizarme. "Ya, ya, calma, calma", me dije.

Los señores me miraron muy serios. Sus ojos tiraban a matar. Creo que antes de ir a la demarcación, debemos agotar posibilidades; investigar entre los muchachos. -Dije con voz culpable. -Lo primero es visitar a los integrantes del equipo correspondiente.

A la primera que visitamos fue a Angeles. Dijo que Antonia se separó de regreso, que iba con su tía Julia a Fometrey catorce. Allí vamos con la tía. La mamá de la perdida, doña Andrea, me veía con odio. Yo agachaba la vista. La tía Julia no estaba, pero su hijo sí y dijo que ella no sabía nada. Ya nos regresábamos, cuando en la calle nos encontramos a la tía Julia, quien para variar, tampoco sabía nada. "Se fue con el novio", pensé. Disculpe la pregunta señora, pero ¿no sabe usted si Toña andaba con alguien?

-Yo no sé nada profesor. Y si usted está sugiriendo que mi hija se fue con algún muchacho, se equivoca, porque no es por nada, pero mi hija primero la escuela. Nunca llega tarde, siempre cumple con sus tareas. Mi esposo no sabe, le dije que

se había quedado con su tía. Me va a matar.

Y luego la señora se volvió puras lágrimas. El director movía la cabeza, negando, negando y mirándome como diciendo: "¿y ahora qué?" Propuse investigar el probable noviazgo, porque yo sí la había visto platicar en la salida con un exalumno. Nadie me hizo caso y terminamos poniendo la denuncia en la policía. Ni modo. De cualquier forma, la señora y el director se comprometieron con los oficiales a investigar entre amigos y con el supuesto novio que yo delaté. La noche del domingo no pude dormir, el insomnio me permitió estudiar con más frialdad todas las posibilidades del caso. Algo así como un sedimento de intuición me hacía pensar que la sangre no llegaría al río.

Y sucedió que el lunes a primera hora y en primera fila, apareció en formación, fresca y sonriente Antonia. La vi. Me vió. Sonrió. Sonreí. Le hablé. Vino.

-Ya sé, profe, ya sé, pero mi mamá sabía que yo iba a hacer otros mandados aparte de lo de la tía Julia. Ella no se encontraba cuando llegué; después me fui con Carmela mi hermana y tampoco estaba. Al último fui con tía Esthela, prima de mamá, se me hizo tarde y ahí me quedé. Al otro día la acompañé a ver a una señora que iba a hacer un vestido, la modista estaba bañándose, y bueno, pues yo llegué hasta el domingo casi oscureciendo.

Le creí. El director estaba tranquilo y nadie mencionó una sola palabra del asunto. Recogí los rollos, los mandé revelar y en una semana tenía las fotos. Las mejores las tomaron los equipos que se fueron solos, cosa que me puso de buen humor. Seleccioné casi todas, sólo descarté algunas borrosas y mentalmente organicé la exposición. Decidí llevarla a efecto el próximo lunes que había una muestra de trabajos de todas las materias.

Se habían reservado tres salones para exponer y aunque el director ordenó que se hicieran dentro de las mismas aulas, decidí colocar las fotos en los pasillos. Escogí un lugar estratégico y llegado el día puse manos a la obra. Las fotos las enmarcamos sobre papel cartoncillo, el diferentes colores según el tema, y a un lado les colgamos una tarjeta grande con el título y autor de la foto. Empezó a llegar la gente y resulta que la exposición se llenó de observadores y de buenos comentarios. De rato llegaron las autoridades y antes de buscar al director ya estaban viendo las fotografías. "Muy buenas, mucha imaginación", dijo la jefa del departamento Técnico en el área de Educación Artística.

Alguien le dijo al director que los jefes ya habían llegado y que estaban viendo la exposición fotográfica y allá va el director. Cuando vió que todo el mundo elogiaba el trabajo de los muchachos, se filtró hasta quedar al lado del jefe de Secundarias, un hombre callado y de barba blanca que miraba las fotografías, muy serio con las manos atrás. Se volvió al director y le preguntó:

-¿Las tomaron los muchachos?

-Todas, profesor Gustavo.

-Es un trabajo muy creativo. Ninguna escuela lo había hecho. Lo felicito ¿y de quien fue la idea?

-De todos, de todos, pero modestia aparte, a veces se me ocurren cosas. Contestó el director sin siquiera mencionar mi nombre. Y se pasaron al almuerzo, sin recorrer los salones donde estaba destinada la exposición oficial.

ROMUALDO GALLEGOS

(San Luis Potosí, 1963). Maestro de español, publica crónica urbana en *El Norte*, fue becario del Centro de Escritores de Nuevo León, en la generación 1991-1992. Finalista en el primer certamen estatal de cuento de Ciudad Guadalupe. Trabajos suyos se incluyen en los libros *Las raíces del vacío* y *La alquimia del verbo*, editados por el Ayuntamiento de esta ciudad.

Cerro de la Silla
Francisco de Paula Morales

Cerro de la Silla
Alfonso Reyes

La exaltación de la belleza de este elemento geográfico, se percibe por las formas de lenguaje expresado por cada uno de los autores, hasta lograr la creación poética.

Actividades:

- 1.- Lee con atención los dos poemas y realiza las actividades sugeridas.
- 2.- Establece la diferencia que existe entre un poema y otro en cuanto al contenido.
- 3.- Con tus palabras explica los siguientes versos:

De tu falda, a tu cúspide bifronte toda la gama del color se encierra.

- 4.- Escribe los versos en los que se hace resaltar la belleza y majestuosidad del cerro. (En el primer poema).

En el poema de Alfonso Reyes:

- 5.- Subraya las palabras atlas y camaleón, reflexiona sobre su significado contextual.
- 6.- Investiga los significados contextuales de las siguientes palabras:

fardo

abstracción

cifra

- 7.- Explica con tus palabras los siguientes versos.

*Ora lo escondían las nubes,
ora lo desnuda el sol,
ya amanezca de mal ánimo
o tal vez de buen humor,
o entre las cambiantes luces
finja ser camaleón
barómetro de los climas,
y de las horas taló.*

- 8.- Compara el sentido de estos versos con el sentido de los que a continuación aparecen. (Del primer poema).

*Toda la gama del color se encierra
azul, disuelto en niebla, en la mañana
violeta, si entre nubes te obscureces;
verde esmeralda, en luminosas tardes
o teñido, al crepúsculo de grana.*

- 9.- ¿Hay alguna semejanza? Explica.
- 10.- ¿Cuál de los poemas te gustó más?
¿Por qué?

Cerro de la Silla

FRANCISCO DE PAULA MORALES

Para Gonzalo Argüelles Bringas

Quando asalta la aurora el horizonte
Al reino de la sombra haciendo guerra
No hay cumbre como tú, que el sol tramonte,
Más bella entre las cumbres de la sierra.

¡No hay otro como tú, tan bello monte,
en todos los confines de la tierra!
De tu falda, a tu cúspide bifronte,
Toda la gama del color se encierra.

Azul, disuelto en niebla, en la mañana;
Violeta, si entre nubes te obscureces;
Verde esmeralda, en luminosas tardes

O teñido, al crepúsculo, de grana
Deslumbras, reverberas, incandesces,
Y en el incendio de las nubes, ardes.

FRANCISCO DE PAULA MORALES

Monterrey, N.L. (1873 - 1942). Se recibió de abogado en la Escuela de Jurisprudencia de Monterrey, 1898. fue catedrático de historia y literatura en el Colegio Civil. Fue director del periódico La Defensa y editor con Celedonio Junco de la Vega, de El Grano de Arena (1905).

Su obra poética la reunió en el libro *Ánfora* (1938).

Cerro de la Silla

ALFONSO REYES

Atlas soy de nueva hechura,
 aunque de talla menor,
 y a lomos del alma cargo
 otro fardo de valor
 por mares y continentes
 y de una en otra región.
 si no alzado entre los brazos,
 sí con la imaginación.
 llevo el Cerro de la Silla
 en cifra y en abstracción:
 medida de mis escalas,
 escala en mi inspiración
 inspiración de mi ausencia,
 ausencia en que duermo yo:
 ora lo escondan las nubes,
 ora lo desnuda el sol;
 ya amanezca de mal ánimo
 o tal vez de buen humor,
 o entre las cambiantes luces
 finja ser camaleón
 barómetro de los climas,
 y de las horas reló.
 Por tanto que lo recuerdo
 persisto siendo el que soy;
 por él no me desparramo,
 aunque sangre el corazón.
 ¡El corazón! urna rota.
 ¡Qué juguete el corazón!
 ¡Pobre jarrito rajado!
 Cerro mío: te lo doy

ALFONSO REYES

(1889 - 1959). Nació en Monterrey, N.L. su padre fue el general Berardo Reyes, quien fue ministro de guerra durante la dictadura de Porfirio Díaz. Recibió esmerada educación y desde muy pequeño tuvo una gran afición a la lectura y a las letras, a los trece años comenzó a escribir. Fue embajador de México, Presidente de la Casa de España en México (después Colegio de México). En 1945 obtuvo el Premio Nacional de Literatura y fue candidato al Premio Nobel. Sus restos descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

La dedicatoria

Irma Sabina Sepúlveda

El cholo que se vengó

Demetrio Aguilera Malta

En ocasiones vemos situaciones semejantes a las que se relatan en estos textos; te preguntarán cuál es la razón por la que algunas personas actúan de tal o cual forma muchas veces en defensa de sus sentimientos o los de las personas que les rodean. Reflexiona acerca de los valores que se manifiestan en los dos relatos.

Actividades

- 1.- Lee con atención el cuento "La dedicatoria"
- 2.- ¿Qué fue lo que más te gustó del cuento?
- 3.- Elige frases o párrafos con lenguajes coloquial y explica a qué se refiere.
- 4.- ¿Crees que la manera de actuar de Nicolasa es la correcta?
- 5.- Conoces actualmente a una mujer con esta forma de ser?
- 6.- ¿Conoces una situación semejante en cuanto al noviazgo?
- 7.- ¿Este cuento presenta un cuadro de costumbres?
- 8.- ¿Qué tipo de realidad se refleja en este cuento? (social, familiar, religiosa, económica o política)
- 9.- ¿Cuál fue la actitud de Ramona Colchado?
- 10.- ¿Qué tipo de lenguaje emplea la madre de Leticia?
- 11.- ¿Por las escenas, cómo crees que es ese lugar?
- 12.- ¿Por qué este cuento se llama la dedicatoria?

Con la lectura del cuento "El cholo que se vengó" contesta lo siguiente.

- 1.- ¿Cuál es la diferencia entre un tipo de venganza y otra en ambos cuentos?
- 2.- ¿Qué se defiende en cada uno de ellos?
- 3.- Investiga quiénes son los cholos, procedencia, costumbres, forma de ser, modo de vida.
- 4.- Especifica a qué tipo de realidad hace alusión este último cuento.
- 5.- Por las escenas que se presentan en el cuento, el ambiente, ¿es rural, indígena o urbano?

La dedicatoria

IRMA SABINA SEPÚLVEDA

Al Lic. Rogelio Villarreal Garza
y a Lucybeny V. de Villarreal

Querido Juan:

No te había escrito porque anduve metida en unos chismes muy feos, y no me sentía tranquila para coger el lápiz mientras no se deslindara todo el mugrero.

No empieces a fruncir la boca ni a entrecerrar los ojos, para luego mover la cabeza y decir aunque sea de lejos: "Ay, vieja, tú nunca te cansas de pelear. Sin pensar las cosas te echas encima de las gentes y ni las dejas hablar." No, Juan, yo de esas no soy, a mí me gusta salir al frente cuando me cargan cosas que no me tocan, mientras que a ti te pueden cotundir a palos y se te hace dolor gastar saliva. Eres muy mustio para todo, no te pareces a mí. Te has de acordar de lo de la Chole Flores, cuando andaba diciendo que no mantenías a una gallina, que la que se jalaba cosiendo y lavando ajeno era yo. Y aunque nunca has sido arrastrado, y te sacrificas yendo con los gringos a las pizzas, tostándote peor que un ajolote, para que a tus hijos no les falte el pipirín; no supiste más que decirme: "Enséñale los cheques a la desgraciada para que se le quite lo hablador". Pero nunca te apalabraste con ella para cortarle a la mentira y que te diera tu lugar. Tuve que andar yo de defendelona de lo tuyo, y nada más.

Bueno, pero para qué acordarme de tortillas duras, si las que acabo de echarme están que humean. Ay, Juan, de buenas que no sé dejarme. Voy a contártelo de cabo a rabo aunque se le acabe la punta al lápiz, al fin que tengo enfrente la maquinita sacapuntas que les mandaste a los muchachos con Severo.

Tú sabes, Juan, que Leticia, la hija de nosotros, no es fea. Se parece a tí, viejo reseco, en esos ojos verdes tan chulos. Sí, te lo digo así de franca, y no te pongas arisco que no ando haciendo papeles: nadie me mira ni me oye, se lo digo al papel. No puede uno chulearte porque te enroscas más que una caramuela. ¡De dónde sacarías ese modo tan feo! Todo te engarruña, se te hace que retozar es delito. Yo creo que ha de ser porque mi señora suegra, siempre te ha tenido por sonzo, cosa que no es así.

Te decía, Leticia la de nosotros, con sus quince años, bonito cuerpo, pelo ondulado hasta los hombros, alta, con ojos verdes, y no tan prieta como yo; cuando da la vuelta a la plaza los domingos, no se confunde con la noche. Bastante me la chulean, y como es tan formalita para todo, no da un paso a la calle mientras no me deja la casa arreglada y a los muchachos bañados, para que yo ese día no haga nada.

Se me llenan los ojos de lágrimas cuando la miro salir a misa con sus cinco hermanos limpios y arreglados. Ella ya les ha hecho camisas a Juanito y a Rey, y a sus tres hermanitas les enseña todo lo que ha aprendiendo. Ya sabe cortar el pelo y pintar canas. Conmigo empezó y me dejó peor que un gallo giro, pero ya las otras clientas le quedaron mejor. Como todos nos parecemos a los changos, yo he querido fijarme en todo para ver si aprendo siquiera a hacer esos pasteles tan sabrosos; pero por miedo al gasto, mejor me detengo, no sea que lo eche al pozo y me quede peor que una piedra. "Chango viejo no aprende maroma nueva", dicen por ahí, por eso me encontrarás tan bruta como me dejaste.

No hay día que mi hija no me entregue dinero de lo que se gana en panes, cortes de pelo o costuras, Juan. Y lo digo con orgullo. Con lo gallareta que soy no merecía una hija tan chula, pero así me tocó, pobrecita de mí. Pero no creas que le digo a cada rato lo mucho que la quiero, no. Me callo al estilo tuyo para que no agarre vuelo. "Hijita -le digo- su madre es muy fea, pero nunca dio en qué decir. Pórtese seria en todas partes y que no me la traigan en lenguas porque pobrecita de usted".

El mes pasado que fue la fiesta de San Juan, quise llevarla al baile y le di permiso de que bailara ya con muchachos, pues no salía la pobre de bailar con la Cuquita de Chano, y de hacer papel risión, porque así me convenía. Ese día me dijo:

"Amá, no sea mala conmigo, deme permiso de bailar con muchachos. A Cuca ya le dieron permiso y tiene un año menos que yo". "Bueno -le respondí-, nomás porque me hiciste este vestido tan chulo y eres obediente, tienes permiso de bailar, pero serán nomás cinco paradas porque a las doce de la noche nos venimos".

Tú sabes, viejo, que cuando se tienen hijas bonitas o que se le hace uno que lo son, lo que las madres alcahuetas queremos es que las miren los hombres como cosa buena; pero tiene la gente que hacer papel de agría y de celosa para que la güercada no se le suba a uno a las orejas.

Cuando nos arreglamos para ir al baile, por el camino yo le iba diciendo: "Baila siempre donde te dé la luz, no dejes que te aprieten la mano o que empiecen a chulearte haciéndote ojos de borrego. Al que empiece así, lo paras en seco y le dices que te siente. Si no quiere, déjalo parado y vente y ya te lo he dicho muchas veces, que no se te arrejunten ni te hablen entredientes. Eso no es bueno, hija".

"Tanto hablas, vieja -dirás cuando esto leas-, que ni tú misma te entiendes". Pero en este caso te amolaste, Juan, porque mi hija nunca me contradice, por eso no se me sale nunca del renglón.

¡Ay, Juan, si la hubieras visto! El primero que la nombró fue Rafael, el hijo de Manuel Luna. Salió a bailar muy tullidita con la carita algo turbada, y cada vez que podía me miraba con la cara llena de gusto. Se sentía algo grande mi criatura.

Tú sabes, Juan, que la dejé bailar porque tú desde el año pasado le diste permiso. No quise hacerte caso porque la blandura no es buena con los hijos porque se te hacen repondones. Quería a mi hija más formal para tenerle toda la confianza, por eso me esperé.

Cuando terminó la parada, me vino a decir que el muchacho quería seguir bailando con ella. A mí me dio gusto por ser el mejor candidato del pueblo. Los padres tienen dinero y él es lo único que tienen, por eso todas andan al retortero queriéndola agarrar.

Empezó la segunda parada y el muchacho se acercó a Leticia para invitarla a bailar. En eso yo le chisté y le dije:

-Joven, mi hija apenas empieza a bailar y no se ve bien que nomás con usted baile. Aquí están sus primos que quieren bailar con ella. Nos vamos a quedar nomás cinco paradas, déjela que baile estas tres que siguen con sus primos, y si a la última le quedan ganas de volver, cuente con mi permiso para que baile con ella.

El muchacho se fue y no tardaron en rodearlo las de la Catarina, la de Fermín Garza y otras luriecas más. Mientras que mi hija terminó de bailar tres paradas. Antes de empezar la quinta, dejó al viejito, y se vino a bailar con tu hija.

-Nicolasa- me dijo la Chita Caso picándome la espalda-, dicen que el Rafael anda muy volado con tu hija. No lo dejes que se te pele, ya sabes que es de lo mejorcito.

-Anda, ni les creas. Mi Leticia es pobre y fea y no levanta tanto polvo. No pasan de ser amigos.

Me hice la desganada, y en eso la Chita fue a dar el rebote con la Catarina, que aunque muy mujer del juez, no es más que frijol matrero. Ellas traían su maculilla, porque no saben ver ojos en otra cara, nomás ellas quieren ser.

Se acabó la pieza y cuando Leticia llegó me paré luego, luego. "Mamá déjeme otra parada, no sea mala". "Dios me libre, malcriada. A usted nomás le sueltan el mecate y no se mide. Había de verme aquí con los brazos dormidos de agarrar a sus hermanos para que no den el costalazo al suelo por el sueño que traen. Vámonos y diga que le fue bien".

Llegamos a la casa y al rato de habernos acostado, llegó una serenata. Me llené de gusto, pero me hice la enojada.

-¿Qué es esto, Leticia? No me salgas con otra novedad porque te encierro con llave. Apenas las deja uno alear y

se trepan a las nubes.

Me levanté a la carrera y me puse el primer vestido que hallé.

-No vaya a decirles nada a los músicos, mamá. Se mira muy feo que usted sea tan pelionera- me dijo.

-Usted no me dé nortes, que nunca pierdo la vereda. Cállese la boca y aplaque a su hermano que está llorando pa' que no se le agüen los violines.

Me asomé a la ventana y lo primerito que vi fue la camioneta de Rafael. Me dio un brinco el corazón, viejo, pero agarrando aires de resaca, me aparecí en el zagán.

-¿Qué buscas a estas horas, muchacho? ¿No te equivocarías de casa? Tú sabes que lo humilde se respeta y nosotros no damos lugar a burletas- le dije muy seria.

-Mire, doña Nicolasa -respondió algo turbado-, yo ando derecho. Pretendo a Leticia y quiero que usted lo sepa, porque al no estar su padre presente, usted es la que hace las veces.

-Muy bien, no tomo a mal esta música. A nadie le estorba estar contento. Lo que quería saber era el motivo.

-Quiero a Leticia desde hace un año, mis intenciones son buenas. Ahora que la dejó bailar me pude acercar a ella, y la verdad, señora, yo no quisiera que bailara con nadie más que conmigo.

-Mi hija no va a andar al trote en todos los bailes, eso no me conviene. Irá a veces, y a veces, no. Tú eres de dinero y estarás impuesto a que se te hagan todos los gustos, pero mi Leticia no se manda sola.

-Yo estoy a lo que usted diga, doña Nicolasa; pero sepa que yo la quiero para mi novia, no ando vacilando. Dígame lo que piensa de mí y si la deja salir conmigo.

-Mira, no me opongo. Pueden dar la vuelta a la plaza los domingos, de dos a cinco de la tarde, y ya se verá luego si llegan a novios.

El muchacho se puso alegrísimo y yo seguía haciéndome la escrupulosa porque tanteaba que de ese modo le iría mejor a mi hija.

-Le doy las gracias por sus palabras. ¿No le molestaría que tocaran dos piezas más?

-No me molesta. La noche es bonita y estos hombres no tocan mal.

Nos despedimos de mano, y yo me sentí muy contenta. Leticia me estaba esperando con cara asustada. "Qué le dijo, mamá, qué le dijo. "Nada que no hayas oído sinvergüenza. Ya no me des tanto beso, que al cabo dices que soy muy mala".

Nos dormimos muy alegres, y al día siguiente empezó la refusilata. Chismes iban, chismes venían, de la bola de ardid. Y yo soñando con la buena suerte de mi hija, sin darme cuenta del ruido que traían.

Tres domingos salieron apenas, cuando un sábado vino el muchacho a decirme que no dejara salir a Leticia el domingo porque el iba a Sabinas a entregar unos chivos y no podría regresar hasta el lunes en la mañana.

Ya te imaginarás el cuadro mío, Juan. Yo en la puerta hablando con él, la Leticia detrás de la puerta viendo por las hendiduras, y los otros cinco diablos rodeándome para no perder noticia. Nomás se fue el muchacho y el Reynaldo, ese güerco lengua larga que salió tan rejiego como yo, se metió a celoso y me dijo:

-Mire, amá, si usted no le pide permiso a papá pa' que la Leticia salga con éste, le va a ir mal.

-Andale, Chucho, escríbele. Al cabo estás apenas en segundo y tienes unos garabatos más chuecos que los míos- le dije soltando la carcajada.

Al día siguiente, domingo, como no íbamos a ninguna parte, sacamos las mecedoras a la banqueta y como había buena sombra, me puse a platicar con Macrina, mi hermana, mientras Leticia y las muchachas hacían la comida.

A esa hora siempre se oyen los magnavoces del cine, tú lo sabes. Es cuando anuncian las películas de la noche; pero entre anuncio y anuncio, dedican piezas a las muchachas. Cuando más tranquilas estábamos, que se va oyendo esto: "Para la señorita Leticia Guzmán, una hermosa melodía que le dedica su novio, y que es" CABARETERA".

-¿Qué es eso, Leticia -grité echando el brinco de la mecedora-, ¿Quién es ese desgraciado para ofendernos así? Orita mismo voy a sacarle la lengua. Tanto cuidarse la gente, para que vengan a echar babas en lo limpio... ¡Ya lo verá!

Sin dar tiempo a nada, caminé a la carrera a la casa del fulano. En ese rato quería que un remolino de lumbre me levantara en peso y me dejara caer en la mismita casa del ingrato; pero tuve que irme reventando terrones por las calles, taloneando recio y pensando en el modo de vengarme.

¡Tanta ilusión para nada! ¡Ganas tenía de machacarlo vivo! ¡Nunca se habían burlado así de mí!

Eso creía, Juan, pero no te pongas triste que el pobre muchacho ni estaba en el pueblo. Todo era como él me lo había dicho.

A la carrera me fui a informar con los de los magnavoces y nomás le prometí cinco pesos al güerco que anuncia, me dijo que la de la dedicatoria había sido la Ramona de Catarina, esa güerca seca y escarabujuda que anda con las naguas en el pescuezo.

La méndiga de la Catarina se me puso difícil diciendo que nadie podía probar que su hija hubiera sido, y como su marido es el juez, pensó que me metía miedo sacando leyes, pero no.

Yo me fui al merito Sabinas, busqué a Ranulfo, el hijo de tu hermano Santos que es escribiente del juzgado y él mero me llevó con el licenciado Villarreal. Un hombre muy bueno, de lo mejor que se ha visto en muchos años. Yo le dije:

-Mire, abogado, soy una mujer honrada. Defiendo el honor de mi hija porque usted sabe lo que son las lenguas. Apenas empieza a abrirse como una florecita y como le envidian el novio, me la quieren enzoquetar para que pierda con él. Arrímelos un susto, que yo corro con los gastos. Las difamaciones se pagan caras.

El me oyó todo el cuento, se rió mucho de mis puntadas rancheras, y me dijo de muy buen modo: 

-Me gustan las mujeres como usted. La gente debe saber defenderse para que le respeten lo suyo. Dígame a Ranulfo que venga para dictarle la notificación.

No te alargó más el cuento, viejo porque no se necesita. Entre Ranulfo y yo compusimos lo que debía decir el papel que les entregué a las desgraciadas, porque el abogado se agarró risa y risa, y me dijo: "Póngales lo que quiera".

"Si la señorita Ramona Colchado se siente muy señorita y anda diciendo que Leticia Guzmán es una CABARETERA, que se sirva pasar al Juzgado para que se le haga el examen médico correspondiente. Damos tres días para que se presente, de lo contrario se procederá en contra de ella".

Yo venía que volaba, largo se me hacía el camino para ir a embarrarles en el hocico todo mi coraje, y cuando puse

el papel en el molino para que toda la gente lo viera, descansó mi pecho. La méndiga nunca fue a Sabinas, mandaron a Rómulo, y luego supe por Ranulfo, que el licenciado le había dado su arrebata. "Si molestan a doña Nicolasa, o a sus hijas, procederé en su contra"

Yo, agradecidísima, le mande un cabrito al licenciado. Pocas gentes son así.

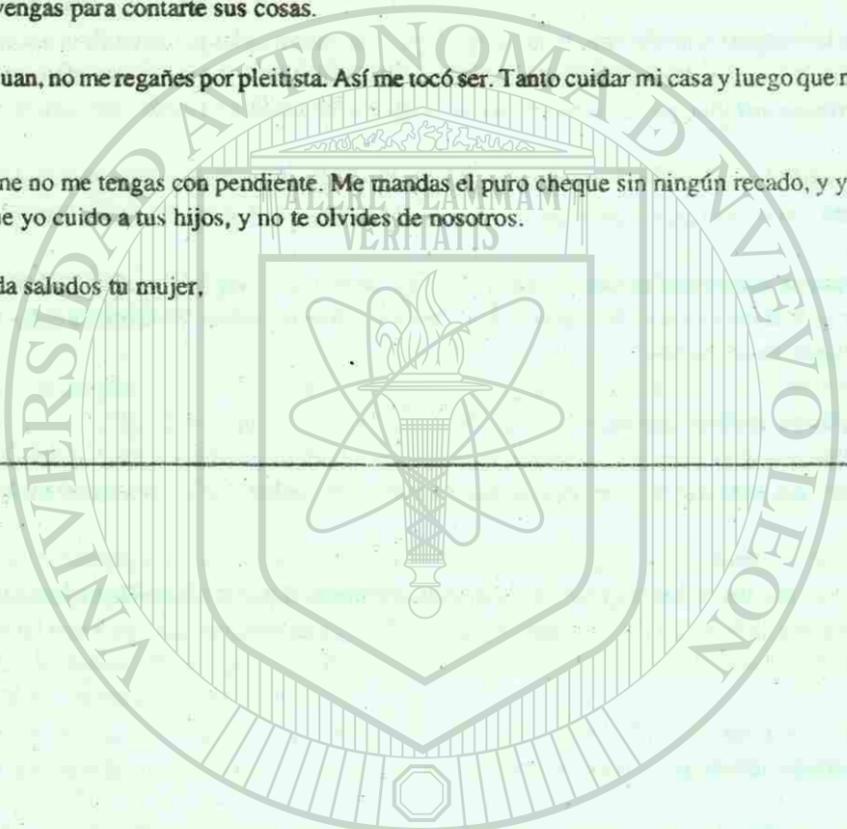
Pasé una semana con las tripas ardiendo como si trajera cal. Pero todo pasó. Mi hija sigue con el novio y ya están esperando a que vengas para contarte sus cosas.

Bueno, Juan, no me regañes por pleitista. Así me tocó ser. Tanto cuidar mi casa y luego que me la vengan a babosear, no sería justo.

Escríbeme no me tengas con pendiente. Me mandas el puro cheque sin ningún recado, y yo tengo que saber cómo te va. Cuídate, que yo cuido a tus hijos, y no te olvides de nosotros.

Te manda saludos tu mujer.

NICOLASA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IRMA SABINA SEPÚLVEDA

(1930-1988) Nació en San Isidro del Potrero, municipio de Villaldama, N.L. En 1963 publicó su primer libro de cuentos: *Agua de las verdes matas*; con esta primera obra, la autora se revelaba como una joven maestra de la narración; la juventud radicaba en lo evidente de sus influencias, pero la destreza, la agilidad y el manejo de la anécdota, además de su tono y atmósfera narrativa la presentaban como una cuentista dueña de su oficio.

Otras obras de la autora: *El agiotista* (1947), *Los cañones de Pancho Villa* (1988).

El cholo que se vengó

DEMETRIO AGUILERA MALTA

-TEI AMAO como naide ¿sabés vos? Por ti mei hecho marinero y hei viajao por otras tierras... Por ti hei estao a punto e ser criminal y hasta hei abandonado a mi pobre vieja: por ti que me habís engañao y te habís buriao e mí... Pero mei vengao: todo lo que te pasó ya lo sabía yo desde antes ¡Por eso te dejé ir con ese borracho que hoi te alimenta con golpes a vos y a tus hijos!.

La playa se cubría de espuma. Allí el mar azotaba con furor, y las olas enormes caían, como peces multicolores sobre las piedras. Andrea lo escuchaba en silencio.

-Si hubiera sido otro... ¡Ah!... Lo hubiera desafiado ar machete a Andrés y lo hubiera matao... Pero no. ÉR no tenía la culpa. La única culpable eras vos que me habías engañao. Y tú eras la única que debía sufrir así como hei sufrido yo...

Una ola como "raya" inmensa y transparente cayó a sus pies interrumpiéndole. El mar lanzaba gritos ensordecedores. Para oír a Melquíades ella había tenido que acercársele mucho. Por otra parte, el frío...

-¿Te acordás de cómo pasó? Yo, lo mesmo que si fuera ayer. Tábamos chicos: nos habíamos criaio juntitos. Tenía que ser lo que jue. ¿Te acordás? Nos palabriamos, nos fbamos a casar... De repente me llaman pa trabajá en la barsa e don Guayamabe. Y yo, que quería plata, me jui. Tú hasta lloraste creo. Pasó un mes. Yo andaba po er Guayás, con una madera, contento e regresar pronto... Y entonces me lo dijo er Badulaque: vos te habías largao con Andrés. No se sabía nada e ti. ¿Te acordás?

El frío era más fuerte. La tarde más oscura. El mar empezaba a calmarse. Las olas llegaban a desmayar suavemente en la orilla. A lo lejos asomaba una vela de balandra.

-Sentí pena y coraje. Hubiera querido matarlo a ér; Pero después vi que lo mejor era vengarme: yo conocía a Andrés. Sabía que con ér sólo te esperaba er palo y la miseria. Así que ér sería mejor quien me vengaría... ¿Después? Hei trabajao mucho, muchísimo. Nuei querido saber más de vos. Hei visitao muchas ciudades; hei conoció muchas mujeres. Sólo hace un mes me ije: ¡andá a ver tu obra!

El sol se ocultaba tras los manglares verdinegros. Sus rayos fantásticos danzaban sobre el cuerpo de la chola dándole colores raros. Las piernas parecían coger vida. El mar se dijera una llanura de flores policromas.

-Tei hallao cambiada ¿sabés vos? Estás fea; es... flaca; andás sucia. Ya no vales pa nada. Sólo tienes que sufrir viendo cómo te hubiera ido conmigo y cómo estás ahora. ¿sabés vos? Y anda vete que ya tu marido ha destar esperando la merienda, anda vete que sinó tendrás hoi una paliza...

La vela de la balandra crecía. Unos alcatraces cruzaban lentamente por el cielo. El mar estaba tranquilo y callado y una sonrisa extraña plegaba los labios del cholo que se vengó.

DEMETRIO AGUILERA MALTA

(1909-1981). Nació en Guayaquil, Ecuador. Fue subsecretario de Educación Pública. Radicó durante varios años en México. Profesor visitante en Scripps College y en la Universidad de California. Representante de los autores sudamericanos en la directiva de la Comunidad Latinoamericana de Escritores. Cultivó varios géneros: cuento, novela y drama; considerado el mejor dramaturgo de su país.

Semáforo en rojo
Guillermo Barrones

El texto nos presenta un aspecto de la realidad de nuestra ciudad y de muchas otras -el subempleo- problema que se ha agravado en los últimos tiempos; un hecho que en gran parte ha sido criticado, reprobado y hasta repudiado sin buscar soluciones. ¿Crees que haya alternativa de solución? Reflexiona.

Actividades:

- 1.- Lee el texto.
- 2.- Subraya las siguientes palabras: híbrido, estirpe, estigma, bufón, reflexiona sobre su significado contextual.
- 3.- Especifica qué tipo de personas se encuentran retratadas en este relato.
- 4.- Contrasta la situación de quienes esperan un cambio de luz para continuar su camino y de quienes ofrecen los productos en venta y los servicios que prestan.
- 5.- Qué tipo de realidades refleja el relato.
- 6.- Ubica los sucesos del relato en el tiempo y espacio.
- 7.- Comenta con tus compañeros las causas de esta situación. La desigualdad social.
- 8.- Reflexiona sobre las siguientes frases: "Enfadado, gesticulas y los correos groseramente ante la insistencia".
"Las actitudes de su corta edad son un reto para la sociedad actual".
"El ruido se evapora en el espejo de cientos de ojos mudos que miran mecánicamente".
"El sol clava incisivo sus dardos de fuego".
- 9.- Con tus palabras expresa el sentido de los dos últimos párrafos.

Semáforo en rojo

GUILLERMO BERRONES

El semáforo marca rojo. Alto obligatorio. Te detienes y relajas el cuerpo. Disminuye un poco la tensión acumulada durante el día. Dos chicos corren y se trepan al cofre de tu carro... le limpio el parabrisas y me da pa un taco. Otro te ofrece chicles en bolsitas de plástico. Niegas con el dedo a que te limpien el vidrio y con la cabeza rechazas los chicles. Te piden aunque sea unas monedas. Enfadado, gesticulas y los correos groseramente ante la insistencia. Miras a tu alrededor y percibes a todo un ejército de buscapropinas y vendedores. Niñas que venden ramilletes de flores con su cara marchita tempranamente; señoras que te enseñan una sebosa receta para que le ayudes a completar pa su medicina. Un viejo barrigón te vende cajas de Kleenex, espejos retrovisores y adornos para el carro. Un dicharachero desarraigado rural te ofrece rebanadas de dulce de membrillo o de camote y te asegura que es poblano. Los periódicos no pueden faltar, ya sean matutinos o los sagrados de la tarde que compiten por presentar la mejor página de encuerados monumentos de Playboy que lubrican el globo ocular de los lectores.

El tiempo que dure en cambiar el semáforo te parece eterno. El tráfico está en su punto. A esa hora el sol clava incisivo sus dardos de fuego. El pavimento hierve en multicolores marcas de automóviles. Se alarga la luz roja. Casi estalla. Te asombra la insistencia de la chavita primenstrual que ofrece sus botones de rosas a las parejas que van en los carros... cómpreme un ramo, oiga... valen doce... bueno, deme pa una soda.

Los flácidos manojos de hules para limpiabrisas los sacude el vendedor frente a las ventanillas... se los cambio, joven... éstos sí duran. Más allá... las guayabas son de a mil la bolsa, los plátanos, el tomate y los paquetes de agujas... bara, bara.

A los chavos les vale madre el peligro. Quisieras ser como ellos. Las actitudes de su corta edad son un reto para la sociedad actual. Enfrentan el destino de su despanzurrada patria. Esa señora tan miserable como ellos de la que tanto les hablan en la escuela. Te remuerde la conciencia. Ellos se ganan la vida a base de puros cabronazos. Se dividen su zona de trabajo. Su mercancía. Su sector de jale es la calle. Su territorio los cruceros.

El sudor te empapa. La ciudad está sofocada. El ruido se evapora en el espejismo de cientos de ojos mudos que miran mecánicamente. Un rucito jorobado se echa un buche de gasolina y luego lo escupe sobre un par de antorchas. Híbrido extraño de camello y dragón. Apaga el fuego en su boca. Purifica con lumbre su miserable estirpe. Glorifica su estigma de fenómeno bufón. Te preguntas quien es más desdichado.

Te das cuenta que el semáforo por fin va a cambiar. Lo anuncia el paso rápido de la señora que recoge la coperacha para el emplumado danzante, descendiente directo de Moctezuma que baila y baila lleno de cascabeles de palo de fraile atados a los tobillos, de huaraches con suelas laminadas para que se escuche el ritmo de la danza. Luce también un taparrabo bordado de lentejuelas, tres plumas desteñidas sobre su cabeza y una enorme capa verde añejo de super héroe que se extiende mientras toca un tamborcillo y le resopla al flautín de carrizo de donde sale una musiquilla confundiendo con el silbato del agente de tránsito que te apresura porque el semáforo ha cambiado.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para las damas voluntarias
Guillermo Berrones

Son innumerables las cosas que nos pueden pasar desapercibidas porque muchas veces no nos detenemos a observar en detalle lo que sucede o existe en nuestro entorno, y más aún si se trata de situaciones desagradables, cerramos los ojos ante lo que nos parece poco bello o grotesco, como los seres aquí descritos cuya condición física puede resultar porque así se puede considerar un tanto desagradable, sin reflexionar que como seres humanos deben ser tratados como tales, brindándoles el respeto y la atención que se merecen.

La pregunta será: ¿A quién le corresponde darles esa atención especial?

Actividades:

- 1.- Lee el texto.
- 2.- De qué lugar se habla en el relato; guíate por algunos datos.
- 3.- ¿Qué tipo de personas describe?
- 4.- ¿Crees que estas personas deban ser tratadas como cualquier otra?
- 5.- Escribe las expresiones en la que el autor emplea un lenguaje irónico.
- 6.- Explica con tus palabras, las siguientes expresiones: Evaluamos su fenomenocidad y nos olvidamos de nuestras anomalías.

Estos seres quedan como espejo de nuestra conciencia.

... mordiéndola amarga soledad de su desgracia y soportando sus propias pesadillas en las tenebrosas noches de desconsuelo.

- 7.- Reflexiona sobre el contenido del relato y expresa tu punto de vista.

Para las damas voluntarias

GUILLERMO BERRONES

Hay unos monstrillos por ahí, mordiéndola amarga soledad de su desgracia y soportando sus propias pesadillas en las tenebrosas noches de desconsuelo. Instrumentos para la creación de sociedades o instituciones snobistas donde se distinguen y se dan publicidad grupos de solteronas deslindadas y señoras menopáusicas sin qué hacer y con el título nobiliario de Damas Voluntarias, encabezadas por algún interés político o religioso.

Estos entes son de los muchos atractivos misericordiosos que tiene nuestra ciudad. Se dan en todos los estratos sociales y sus características son muy variadas. Los hay desmembrados, tuertos, paticojos, mongoles, amorfos, macrocefalos, jorobados, leporinos y es tan variada su especie, que describirlos a todos llevaría mucho tiempo y espacio.

Su descomunal hermosura les impide pasar desapercibidos para nuestra mirada morbosa y estúpidamente compasiva. La belleza de su fealdad nos atrapa y si indagamos sus nombres, nos daremos cuenta que cargan pesadamente un sello diminutivo, como si con eso se minimizara su defecto.

Es muy común ver al Mochito del Mercado Juárez. Le faltan sus piernas, pero eso no le impide bailar una polka cuando algún chofer camionero le grita: ¡échate una polka Mocho! El pedazo de hombre empieza a moverse con su sombrero de lado y la botella de soyate alzada, para luego, aprovechando su corta estatura, verle los calzones a las mujeres que pasan junto a él y a veces no soporta las ganas de darle una cariñosa nalgada que las asusta y las hace huir rápidamente, mientras él se ríe a carcajadas y exclama: ¡a mí me arrastra!

E.T. tiene sus dominios por el rumbo del Palacio Federal. Vende chicles en las escalinatas, hace mandados. Y en El Norte le regalan periódicos para que venda y se aliviane. Tiene una importante cuenta bancaria, envidia de boleros y lavacoches, y maneja hábilmente con sus pseudopezuñas una bicicleta balona de color plateado. Al verlo pasar, la monstruosa ternura de su mirada enternece a cualquiera.

A Honguito lo he visto en Guadalupe por el rumbo del Parque España. El ruta 25 me da la oportunidad de admirarlo detenidamente. Siempre está en el quicio de la puerta de su casa. Abandonado. Mirando pasar el mundo. En ocasiones rodeado de algunos chavos de la cuadra. Pero casi siempre solo. Como en exhibición permanente. Parece un bombón con ojos. Un buda. Un genio mágico que disfruta de la anomalía de los noramles.

Mochito Acrobata es amante del peligro. Gloria Trevi lo incluyó en su video. Por Universidad y Anaya, cerca de Cervecería, llega en silla de ruedas y se planta en este cruce de alto riesgo. Aprovecha la luz roja de los semáforos. Apoya sus manos en las coderas de su silla e impulsa su tronco por los aires ejercitando su pecho para ganarse algunas monedas. Se columpia gimnásticamente de una doble maldición. Con una mano se apoya en la miseria y con la otra en la desgracia de su fenomenia

Así, vagando por las calles de la ciudad, encontramos estos mágicos seres que la embellecen. La abuelita olvidada y ciega de Morelos parece verte con los oídos. Los mongolitos con su eterna infancia de lengua estropajosa y larga atrapan la felicidad entre las rendijas de su mirada. Prometeo se encadena a los escaparates de Padre Mier y con sus cuencas encarnadas y vacías, espera el sonido de las limosnas que de cuando en cuando caen a su pocillo de peltre. Una María acuna en su chal a un niño con cabeza de globo y su hombre la acompaña feliz pensando en la gran inteligencia de su hijo. Llama mentirosos a los médicos cuando le dicen que el chamaco tiene una mentada hidro... quién sabe qué. Leporinos que cantan en los camiones. Jorobados escupiendo fuego en las esquinas. Otros más están en modernos claustros, donde en vez de tocar campanas o pedir limosnas, disfrutan sin entender de videos, clima, lujo y nodriza, ocultos a las miradas morbosas de los que nos gusta curiosear. Por razones obvias de apreciación, es difícil dar cuenta de los eunucos. Todos son ejemplares fuera de serie a quienes les organizamos olimpiadas especiales.

Los presentamos en televisión tocando algún instrumento. Les tomamos fotos para ganar concursos. Los estudiantes de medicina practican con ellos. Otros los utilizamos para las campañas políticas. Evaluamos su fenomenocidad y nos olvidamos de nuestras anomalías. Estos seres quedan como espejo de nuestra conciencia. Como aretes de una ciudad que los luce en el desprecio y la compasión.

GUILLERMO BERRONES

Nació en Ciudad Victoria, Tamps. 1958. Cronista y docente. Ha publicado en la revista Dos filos (Zacatecas), Aquí vamos, El volantín y en la revista de la Universidad de Edimburgo, Texas. Relatos suyos aparecen en los libros Palabras del norte y en La alquimia del verbo. Actualmente es colaborador del suplemento cultural Ensayo del periódico El Norte.

Dos obreros ante el naufragio

Cristina Pacheco

A través de los medios de comunicación, nos enteramos de la gran cantidad de familias que emigran a las grandes ciudades, con la expectativa de mejorar las condiciones laborales y de educación; esto ocurre generalmente cuando se han agotado las posibilidades de progreso, en su lugar de origen, donde el único medio de trabajo es el campo.

Lee los siguientes textos, en ellos encontrarás diversas situaciones con las que se enfrentan las familias ante esta problemática.

Actividades:

1. ¿De qué tipo de persona se habla en el relato? Descríbelas.
2. Identifica el tipo de realidad que se refleja en los relatos; toma como guía los siguientes puntos: crisis económica, desempleo, familia, seguridad pública, abuso de funcionarios, supervivencia, costumbres. Escribe tu comentario.
3. Ubica los hechos en un tiempo y un espacio; copia algunos párrafos con los que se justifique tu respuesta.
4. ¿Conoces personas que hayan pasado por una situación semejante? Explicalo.
5. Identifica el tipo de valores que se dan en los relatos y exprésalos con algunos ejemplos.

Dos obreros ante el naufragio

CRISTINA PACHECO

"Tenemos junta a las nueve y media de la mañana, pero si usted quiere podemos vernos a las ocho en el Wings de Vallejo y la Patera", sugieren Manuel Martínez y Pedro Moreno, compañeros de trabajo en la empresa donde ambos tienen la especialidad de soldadores: "Ser obreros calificados nos permite ganar un poco más del salario mínimo, pero de todas formas, con tantas alzas diarias en la comida, en la ropa, en las medicinas, nos las estamos viendo negras".

Durante los 45 minutos de trayecto por el Anillo Interior, Insurgentes Norte, Cuitláhuac, calzada Vallejo, veo siempre el mismo espectáculo: hombres y mujeres que, con la bolsa del almuerzo y la cajita de herramientas en la mano, corren en pos de vehículos que se detienen o arrancan arbitrariamente; inmensas colas frente a las paradas de autobuses y combis; puestos de fritangas concurridos por decenas de trabajadores que enfrentarán una nueva jornada de trabajo después de tomar como único alimento un vaso de atole, una telera rellena de tamal o dos tacos. "Antes podíamos comer tres. Ahora, ¡ni soñando!".

El fondo de este espectáculo también es invariable: en las proximidades de los bancos veo patrullas y grupos de policías, desempleados que en vano merodean las puertas de "entrada de personal", hombres acucillados contra los muros que protegen los estacionamientos y las instalaciones fabriles, mujeres con sus hijos pidiendo limosna. A setenta y cinco años de la Revolución aquí está el México nuevo que paga por la deuda externa, por las decisiones del Fondo Monetario Internacional y por el "realismo" y los errores de nuestros funcionarios.

El costo y el privilegio

Entro al Wings, ocupo un sitio en la barra y espero unos minutos, temerosa de que mis amigos se hayan arrepentido de darme su testimonio acerca de una crisis sobre la que ellos tienen una opinión más autorizada y, ahora sí, más realista que la de cualquier tecnócrata. Al fin los descubro parados en la esquina, conversando. Voy a su encuentro. Me dicen: "Nosotros no entramos a esa clase de restaurantes: la comida no es buena y sí muy cara. Por tres cafés y tres piezas de pan son capaces de cobrarnos unos mil quinientos pesos. Mejor acompáñenos a la casa donde siempre almorzamos".

Manuel Martínez, alto y fuerte, viste pantalón oscuro y camiseta de acrílico. Pedro Moreno, bajito y de ojos sonrientes, lleva pantalón, camisa y chaleco sin manga: "¿A poco usted tiene frío?", me pregunta mientras vamos rumbo a la avenida Ceylán, donde están la fábrica y la casa donde son asistidos: "Una de las ventajas de que nos den la comida allí es que no tenemos que perder tiempo en ir a alguna fonda donde nos cobrarían más y no nos darían cosas tan ricas".

Una mujer enrebozada que barre la calle nos saluda apenas. La puerta de la casa está abierta. En el patio desnudo, de forma irregular, hay varias estufas contra la pared. En un cuartito próximo a la escalera veo una mesa con ollas y restos de comida: "Nosotros almorzamos arriba", dice el señor Moreno, invitándome a subir.

La sala-comedor es muy estrecha. Dos vitrinas y una mesa ocupan la mayor parte del espacio. Allí nos sentamos frente a la vista de la dueña de casa que pregunta, mirándome siempre con alguna desconfianza, si vamos a "almorzar como siempre". Mis amigos intercambian miradas y guardan silencio, observándome sonrientes, sin que yo entienda su cortesía: "A ver qué dice la señorita. ¿Se le antoja desayunar?" Acepto la amable invitación y entonces Pedro Moreno ordena: "A ver, tráiganos por favorcito cafés bien calientes, una pepsi grande, unos tamalitos, unos buñuelos, pero no se le olvide la miel".

El éxodo del campo

Para despejar toda inquietud, para justificarme por el tiempo que estaba robándoles a mis dos nuevos amigos, les expliqué que el objetivo de mi entrevista era mostrar a otros sectores de la población cómo vive, en 1985, y cómo enfrenta la crisis un obrero.

Ser obrero en este país y en estos momentos significa, por una parte, llevar el peso de lo que la inhumanidad tecnocrática llama "el costo social" de la catástrofe económica y, por otra, disfrutar de lo que debía ser un derecho y hoy es privilegio: un puesto de trabajo.

- Pues sí que es un privilegio eso de tener trabajo ahorita que hay tanto desempleo -dice Manuel, que oculta su nerviosismo acomodándose el cuello alto de la camiseta.

- ¿De dónde es usted, Manuel? ¿De qué parte de la República vino y por qué dejó su tierra?

- Nací en el estado de Guanajuato, en San Luis de la Paz. Mi madre siempre se ha dedicado al hogar. Mi padre es obrero pero antes fue campesino, mediero en el rancho "El Chico". Fuimos nueve hermanos. Yo soy el mayor. Esto quiere decir que yo tenía, y aún tengo, la responsabilidad de ver por mis hermanos. Hasta la fecha todos me respetan.

- ¿A qué edad empezó a trabajar?

- A los seis años, en el campo. Hacía una cosa sencilla: desquelitaba las milpas, los sembrados de chile y jitomate.

La jornada comenzaba a las siete de la mañana y concluía a las seis de la tarde. Por el día de trabajo me pagaban dos pesos con cincuenta centavos.

- ¿Trabajar le impidió asistir a la escuela?

- Algo, sí. Nada más pude hacer cinco años de primaria en la escuela San Luis Rey, que está en San Luis de la Paz.

En ese tiempo yo pensaba que mi máxima aspiración era convertirme en maestro para llegar a dar clases allí mismo, en mi pueblo. Al mismo tiempo quería hacer otras cosas, pero francamente noté que mi padre ya se veía fatigado; no podía sostener solo el gasto de la casa. Entonces dejé la escuela. Me salí con la intención de encontrar trabajo y aportar algo de dinero a la casa. Para esas alturas yo ya había cumplido trece años. Así que empecé a tener responsabilidades a los catorce.

- ¿Su padre siguió trabajando en el campo?

- No. A esas alturas él trabajaba como velador en una estación de ferrocarril. Allí llegaban los ingenieros de una

compañía constructora. En una plática le dijeron a mi padre que no hallaban quién les cuidara sus cosas. A mi papá se le ocurrió que yo podía hacer ese trabajo. Lo acepté, entre otras cosas porque, debido a mi edad, no me contrataban en ninguna parte. Así mi primer empleo fue de almacenista.

Los salarios y los precios

- Allí, ¿cuáles eran su horario y su sueldo?
- Llegaba a las ocho de la mañana y me iba del almacén a las cinco de la tarde. Mi sueldo era de veinte pesos diarios. Digamos que hacía un trabajo menos pesado que en el campo y también ganaba más. Mejoré.
- ¿Cuál era su rutina de trabajo?
- Las horas de más actividad eran en la mañana, y todo mi trabajo consistía en vigilar la salida de los materiales. En las tardes me quedaba mucho tiempo libre. Para no aburrirme iba a ver cómo trabajaban los albañiles, los plomeros, los electricistas contratados por la constructora. Eso me sirvió de mucho porque aprendí y a la fecha sé algo de plomería, electricidad y albañilería.
- ¿Ha realizado ese tipo de trabajos en alguna empresa?
- No, pero aprenderlos, ahora sí que de pura vista, me ha servido porque gracias a eso yo puedo hacer las reparaciones que se van necesitando en mi casa. Esto significa que me ahorro mucho dinero en composuras, pero ahora cobran carísimo.
- ¿Cuánto tiempo duró en la constructora y qué mejoría tuvo?
- Allí duré como año y medio. En el momento en que me salí ganaba ya treinta pesos diarios. Todo lo daba a mi casa.
- Cuando usted comenzó a aportar dinero a la casa paterna, ¿ganó autoridad frente a sus hermanos, ocupó de alguna forma el sitio de su padre?
- No, ni una cosa ni la otra. El hecho de que yo lo ayudara con el gasto no hizo que mi padre perdiera autoridad. El no cambió. Siguió actuando como cabeza de familia. No tenía por qué bajar de categoría ya que él continuaba trabajando. Si se necesitaba que yo aportara no era por capricho o porque él desatendiera a la familia, sino por la necesidad. Las cosas siempre estaban muy caras en comparación a nuestro sueldo. Por mi parte pensé que era mi responsabilidad, no sólo ayudarlo sino apoyarlo frente al resto de la familia.

Ni inconformismo ni bracerismo

- Usted cumple con el mandamiento que dice: "Honrarás a tu padre y a tu madre". ¿Recibió instrucción religiosa?
- El director de la escuela donde estudié era sacerdote y nos daba clases de religión. En la casa también nos inculcaron algo de eso, pero sin conformismo. Nada de que "ya nos tocó ser así, vivir pobres". No.
- A los quince años de edad usted ya sabía lo que era el mundo de los campesinos y el de los trabajadores asalariados, ¿cuál le gustaba más?
- Mire, cuando en el campo hay agua y con qué trabajar la tierra creo que no puede haber trabajo más bonito que el de un campesino. Pero cuando esas cosas faltan uno se desmoraliza mucho, tanto que es entonces cuando le da por venirse al Distrito Federal o a cualquier otra ciudad donde haya empleos. Muchos se van a León, a Querétaro, a Monterrey. A mí no me llamó la atención irme a ninguno de esos lugares, y menos a los Estados Unidos porque yo pienso que el que no la hace aquí, el que no vale aquí, menos valdrá en territorio extranjero.
- ¿En qué año llegó usted a la ciudad de México?
- En 1971. De repente se acabó el trabajo en la constructora.
- ¿Me iba a regresar al campo? No, porque allí las condiciones eran peores que cuando lo había dejado. Por otra parte, ya estaba impuesto a ganarme mis centavos y lo que hice fue buscar la manera de seguir ganándomelos. La única forma era saliendo de mi estado y viniendo al Distrito Federal. Aquí estaba un tío mío. Le escribí preguntándole si podía llegar a su casa mientras hallaba acomodo. Me contestó que sí.

La esclavitud maquilada

- ¿Dónde vivía su tío?
- En la colonia Metropolitana, que está en ciudad Nezahualcóyotl. Llegué por la estación de Buenavista. Traía apuntadas en un papelito las señas de mi tío. No llegué solo. Mi padre me acompañó hasta acá porque pensó: "Qué tal si nadie va a recibirte a la estación? Te vas a sentir muy mal". Pues con todo y que mi padre estaba conmigo, en cuanto me paré afuera de la estación sentí que el mundo se me cerraba de ver todo esto tan grande, tan desconocido. Al fin, preguntando y como pudimos, llegamos a Neza.
- ¿Resintió mucho el cambio?
- Mucho. Mientras mi papá se quedó conmigo, sólo dos días estuve bien, a gusto. Pedro cuando se fue me sentí como en una cárcel porque la casa de mi tío era chica: cinco cuartos, dos de loza y tres de lámina de cartón. Allí estaba toda la familia. Durante una semana anduve asustado, sin salir, sin hacer nada hasta que una de mis primas me consiguió trabajo en un almacén de ropa, en el centro. Acarreando de la bodega a los botadores. Éste era el aspecto principal de mi trabajo, pero además andábamos en el almacén cuidando que la gente no se robara la mercancía. El trabajo era pesado porque teníamos que ir al almacén hasta los domingos.
- ¿Esto era obligatorio?
- Pues no nos lo decían con franqueza, pero al que faltaba un domingo le aplicaban tres días de suspensión, ¿se imagina lo que eso significaba para nosotros? Claro que para dorarnos la píldora, para hacernos atractivo el trabajo dominical, el patrón nos daba, según él, un buen sobresueldo: en vez de pagarnos los treinta y cinco pesos diarios nos entregaba cuarenta.
- Usted ganaba aproximadamente doscientos cincuenta pesos a la semana. ¿Cómo distribuía ese ingreso?
- Lo primero era pagar los camiones. Para nosotros el transporte siempre ha sido un problema: a veces hay, a veces no. En este caso uno o llega al trabajo puntual o pierde el día completo sin sueldo. Otro gastito era la comida. Cuando estaba en el almacén almorzábamos en una fonda que estaba en la Plaza de la Soledad: "El Avión". Pagábamos cuatro cincuenta por la comida corrida: sopa aguada, arroz, un guisadito, frijoles, refresco o agua. Luego, del sueldo había que sacar algo para vestirnos. En el almacén podíamos comprar en abonos y con descuentos: del cinco por ciento si comprábamos nada más una prenda; del diez si aduquiríamos algo más.
- Cuando faltaba a su trabajo por no encontrar transporte o por enfermedad, ¿qué ocurría?
- El que no llegaba a tiempo no podía entrar al trabajo y, como le dije, no ganaba un centavo. En caso de enfermedad estábamos obligados a reportarnos el mismo día en que fuéramos a faltar porque si no, nos castigaban dejándonos fuera una semana. No se imagina el problema que esto significaba. En la semana en que no cobrábamos ni un centavo, ¿a quién le pedíamos? ¿de qué íbamos a sacar algo para cubrir la falta de esos doscientos cincuenta pesos? Pues recurríamos a un préstamo, al empeño, era horrible.

El sindicato y la junta

- ¿Trajo a su familia a vivir con usted?
- Sí, al año y medio ya estaban todos aquí conmigo.
- Permanecimos en la casa de mi Tío, pero entonces ocupamos dos cuartos. No nos cobraba renta, pero procurábamos compensarlo dándole comida, ayudándolo con sus gastos.
- ¿Fue fácil la colocación de su familia en los centros de trabajo?
- Al principio no logramos que mi padre encontrara trabajo, así que todo el gasto lo sobrellevábamos yo y mi hermana, que entró al servicio doméstico.
- ¿Por qué no podía colocarse su padre?
- Por la edad. Para un hombre es muy difícil encontrar empleo después de los cuarenta años. Iba, buscaba por todas partes y nada. Al fin, después de seis meses, logró colocarse como peón en la red de drenaje de ciudad Nezahualcóyotl.
- ¿Cuántos años duró usted en el almacén de ropa?
- De 1971 a 1975. Entonces me salí de pura casualidad. Resulta que con frecuencia iba para allá un policía auxiliar que trabajaba en la fábrica donde ahora estoy. Un día me dijo que si me gustaría trabajar allí. Le contesté que sí. "Bueno, si te animas, te llevo al sindicato, para que veas." Él me estaba hablando de la Federación Obrera Revolucionaria. "Si quieres trabajar en una fábrica tienes que afiliarte", me dijo.

-Usted lo hizo. ¿Qué ventajas vio en el hecho de pertenecer a un sindicato?

-Primero, poder conseguir trabajo. Yo me afilié a la FOR sin tener que dar nada más que dos fotos y diez pesos, costo de la credencial.

-Ser miembro del sindicato, ¿le imponía obligaciones?

-Nomás una: desfilar el primero de mayo; ir a los mítines políticos donde estuviera presente el sindicato.

-¿Está obligado a pertenecer a algún partido político?

-A ninguno. Hasta la fecha puedo votar por quien quiera.

El hecho de sindicalizarse tiene para todos nosotros muchas ventajas: la primera es que nos defiende ante los patrones o sus representantes. Si la empresa quiere burlarse de uno, de sus derechos, entonces puede recurrir a la Junta de Conciliación y Arbitraje.

-¿Es eficiente? ¿Defiende realmente los derechos de los trabajadores?

-Es mañosa: el proceso de una demanda puede durar seis meses o un año. La Junta hace todo lo posible para alargar el pleito, para darle aire de modo que el obrero -que no tiene trabajo, ni ahorros para solventar los gastos de esos seis meses sin trabajo - vaya debilitándose y doblándose hasta que al fin acepte cualquier solución propuesta por los patrones.

El infierno de los transportes

Pedro Moreno interviene para "darle chance aquí a Manuel de que le dé un llegue a los tamales"

-Mire, yo pienso que el obrero que no tiene sindicato no tiene nada; está completamente en manos del patrón. Cuando uno se afilia pues sabe que en caso de conflicto laboral tendrá quien lo defienda, quien hable por uno y hasta quien solvante los gastos de ese pleito.

-¿El sindicato los ayuda económicamente cuando se han ido a huelga?

-El sindicato, en esos casos, lo único que puede hacer es darnos préstamos, pero en situación de huelga quien nos ayuda es la gente de la calle, en los camiones, a donde vamos a botear. Yo ya lo he hecho y es duro, muy duro.

-Señor Moreno, ¿podría decirnos algo acerca de cómo es su vida familiar?

-Pues mire, yo tengo mi esposa y tres hijos. El único que trabaja en casa soy yo.

-Frente a los encarecimientos cotidianos, ¿basta su salario para cubrir las necesidades de su familia?

-Pues con trabajos, sí. Otros hombres permiten que sus esposas salgan a la calle a trabajar. A mí no me gustaría eso.

Mientras pueda, yo mantendré solo a mi familia. Y además, otra cosa: si me casé fue para que siempre hubiera mujer en la casa, en el hogar. No crea que actúo así por machismo, sino por conveniencia de ella y mía.

-Usted, ¿ha tenido compañeras de trabajo?

-Yo, nunca. A lo mejor por eso no acepto muy bien que las mujeres trabajen.

-¿A qué horas comienza su día de actividades?

-A las cinco de la mañana me voy al baño, a asearme. Cuando salgo ya está listo mi desayuno: café, un licuado, un jugo. Vivo en la colonia El Tenango, municipio de Tlalnepantla. Salgo de la casa directamente a la parada del camión. El recorrido a pie me toma diez minutos. Para llegar al trabajo tomo tres transportes: un camión de Tenango a Tenayuca o calzada Vallejo, otro de allí a la Patera y otro de allí a la avenida Ceylán. Todo eso me toma treinta o cuarenta minutos. Pero muchos compañeros hacen viajes larguísimo para venir al trabajo o regresar a su casa. Aquí tiene el caso de Manuel. Viene desde Iztapalapa y toma tres transportes: un camión de Cárcel de Mujeres a la Alameda, otro de allí a San Cosme y otro que lo trae hasta la fábrica; le toma como hora y media en la mañana y dos en la tarde. Él me ha contado que cuando le toca asiento no se le hace tan aburrido porque va leyendo; pero cuando no, va cuidándose de los carteristas, de los abusivos, de los que empujan.

-Manuel me decía que el transporte siempre ha sido un problema grave para los trabajadores.

-Sí: está escaso, caro y es un problema. Usted no sabe todo lo que pasa en un camión o en el Metro. A veces le da a uno pena de ver las cosas que les hacen a las mujeres: las manosean, las empujan, les faltan al respeto.

-¿Usted cree que se ha perdido completamente la caballerosidad en los transportes públicos?

-No. Yo, aunque venga muy cansado, aunque esté amoladísimo, si veo a una señora con un niño, a una anciana, a una muchacha a la que de plano traen al mal traer, le doy el asiento. Uno de hombre, como quiera se defiende, ellas no...

Robos, atracos, asaltos...

-¿A qué horas y dónde almuerzan?

-A las doce y media nos dan tiempo para comer. Nosotros no perdemos tiempo porque, como usted ve, nada más atravesamos la calle y entramos aquí con la señora Concepción que nos da de comer por trescientos pesos diarios.

-¿Cuántos trabajadores almuerzan aquí?

-Sólo tres. La ventaja es que aquí todo es casero, está limpio y podemos elegir entre dos guisados.

-Gasta trescientos pesos diarios en el almuerzo? Eso significa un gasto de dos mil cien pesos a la semana. ¿No sería más económico que trajera tortas o su lunch?

-No es posible. Nos dan únicamente media hora para comer. Somos muchos trabajadores y no nos da tiempo para calentar a todos la comida pues tenemos pocas parrillas eléctricas. Y eso de tomar comida fría francamente no se me antoja.

-En su área de trabajo, donde es soldador de primera, cuenta con la máxima seguridad pero, ¿en la calle?

-Ése es capítulo aparte. Usted habrá visto en el periódico la cantidad de noticias que hablan de asaltos. La mayor parte de las veces, los obreros somos las víctimas. Mire, ya le dijeron que si vamos en camión tenemos que andar cuidándonos de los carteristas. Ojalá eso fuera todo. Los viernes son días de raya. En cuanto salimos de trabajar no falta algún carro que esté estacionado a la vuelta, sin placas. Adentro hay dos o tres tipos. Se bajan y lo detienen a uno.

-¿Con qué derecho y por qué motivo?

-Pues con el derecho que les da traer una credencial dizque de agentes. Si uno pregunta qué pasa, por qué lo detienen, le salen siempre con la misma frasecita odiosa: "No la hagas de tos y súbete". Lo meten a uno en el coche y allí lo esclucan y lo desvisten para quitarle todo. Luego que lo pelan a uno, van y lo tiran por allá, lejísimos.

-¿Han puesto alguna queja?

-¿Cómo cree que no? A veces vemos la patrulla y le señalamos directamente el coche de los asaltantes, pero los policías se hacen de la vista gorda y se van para otro lado. No quieren broncas o son de los mismos.

-En el Estado de México, los patrulleros son terribles: si lo ven a uno agüitado, cansado, de mal humor, mal vestido, lo detienen, se les figura que uno es sospechoso. Si preguntamos por qué nos detienen, salen con que tienen media filiación de un asaltante, que coincide con el físico de uno y ¡vamos a la patrulla! Arriba le piden a uno que se identifique y aun así sólo lo sueltan cuando da mordida: dos mil, cuatro mil pesos.

-¿Qué sucede si usted no trae esa cantidad en la bolsa?

-Pues lo llevan a uno hasta su casa para que busque el dinero. Si no lo tiene en la casa lo pide entre los vecinos o con quien sea con tal de quitarse de encima a los policías. Pero las cosas no paran allí. Otro enemigo nuestro son los pandilleros. Esos muchachos lo esperan a uno cerca de la parada del camión. Saben que de allí a nuestra casa tendremos que caminar. Para esto, ya se encargaron de romper los focos de la calle para que todo esté oscuro. En cualquier esquina aparecen y "órale, cáite" para el pomo". Y si uno no les da, lo pican, lo golpean. Cinco días de trabajar y batallar contra todo nos deja, como quien dice, en la lona.

La tele, el futbol y el box

-¿Cómo pasa sus horas y sus días de descanso?

-Entre semana llego a la casa y veo la tele, por lo general el canal 2. Allí se junta toda la familia. Los sábados salgo con mi señora al mercado, a la Merced, para comprarles a los muchachos lo que necesitan: ya sea una camisa, zapatos, pantalones. En la tarde veo futbol, si hay -yo mismo practico ese deporte-, y el box. Las diversiones del domingo varían según lo que haya quedado en la bolsa: Si no quedó nada, me llevo a mis hijos al parque para que se den una columpiada, de perdida; si tenemos algo, los invito a algún balneario en el estado de Hidalgo. Allí son más baratos: la entrada de los niños cuesta cincuenta pesos, la de los adultos cien.

-Como trabajador tiene derecho a usar instalaciones como las de Oaxtepec, por ejemplo.

-Pues sí, pero aun para nosotros -que pagamos cuota en el Seguro y todo- resultan muy caras: imagínese, trescientos pesos la entrada. Si yo, que nada más tengo tres hijos, no alcanzaría a pagar ni los boletos, imagínese otros compañeros que tienen seis, siete muchachos. Pero póngase usted que no vayamos a nadar, ni al parque; entonces llevo a mi familia a que meriende en algún mercado, atole y tamalitos. Y allí murió.

El orgullo de ser obreros

-Señor Moreno, durante el año, ¿hace alguna celebración en su casa?

-Sí, el día de mi cumpleaños, que cae en 27 de julio. Ese día echo la casa por la ventana. Pero este año no haré mi fiesta porque voy a festejarle sus quince años a mi hija. Le voy a hacer su misa, su baile donde tendrá cuatro chambelanes y después su pachanguita con una orquesta tropical.

-En estos momentos una fiesta así debe de ser costosísima.

-Pues sí. Imagínese nada más que el vestido costó quince mil pesos. Y eso que fue de los más baratos. Salió carita la fiesta, pero nada a comparación si la hubiera hecho en algún salón de fiestas. ¿Sabe cuánto cuesta el alquiler? treinta, cuarenta mil pesos, y uno tiene que llevar la comida y la bebida.

"Pero con todo y el gasto y el sacrificio que haré, estoy contento de hacerle a mi hija su fiesta, de cumplirle su ilusión. Son pocas, muy pocas las que tiene uno en su vida. Será para ella una experiencia muy bonita, un recuerdo precioso que le quede para después, para los años por venir en que a lo mejor ya no tendrá oportunidad de vivir un día tan alegre como éste."

-Le llegó el gasto cuando acaba de sufrir una superdevaluación, a las pocas semanas de haber recibido su 18 por ciento de aumento salarial.

-Sí, eso es lo que nos aumentaron desde el 4 de junio pero, ¿de qué sirve? De nada porque enseguida las cosas, los productos, subieron en un 100, 200 y hasta 300 por ciento. Siempre es lo mismo: por cada aumento de salario, otro de precios, pero mucho más alto; de modo que ya hasta nos da miedo que nos mejoren el sueldo. No nos sirve de nada y en cambio esa mejoría sí es un buen pretexto para que los comerciantes hagan de las suyas. Pero con todas las dificultades y con la pena de que nunca le alcance a uno el dinero para nada, tenemos una compensación: el orgullo de ser obreros, de producir riqueza para nuestro país... aunque nosotros sigamos siendo pobres.

(1985)

CRISTINA PACHECO

Nació en el estado de Guanajuato. Realizó sus estudios en México, D.F. Trabaja como periodista en diarios y revistas, radio y televisión. Ha recibido varios premios, entre ellos: el Premio Nacional de Periodismo (1975 y 1985), el Premio Buendía y el Premio de la Federación Latinoamericana de Periodistas, FELAP. Desde 1960 ha publicado en Novedades, Siempre, El Día, Uno más Uno, La Jornada. Entre sus libros se cuentan: *Sopita de Fideo*, *Zona de desastre* y *Los dueños de la noche*.

El niño

Rafael F. Muñoz

Relatos como este reflejan un aspecto de la lucha revolucionaria mexicana, en donde la entrega y la participación de la mujer fue un hecho contundente, al olvidarse de ellas mismas para dar apoyo, tanto al soldado en particular como al movimiento en general, dando ejemplo de decisión y valentía.

Actividades:

1. Lee el cuento.
2. Ubica los acontecimientos en un lugar y un espacio determinados.
3. ¿Qué tipo de realidad se refleja en el cuento? Explica.
4. Explica por qué el cuento se llama "El niño". ¿A qué se refiere?
5. ¿Cuál fue la actitud de las mujeres ante la situación que se les presenta?
6. ¿Qué valores se encuentran presentes en el relato?
7. ¿Cómo era el lugar donde se realiza la acción? Descríbelo.
8. Escribe un comentario sobre su contenido.

El niño

RAFAEL F. MUÑOZ

Los trenes militares, tendidos uno tras otro en la única vía férrea que atravesaba el desierto, eran una larga cinta oscura sobre la blanca extensión arenosa. Estaban inmóviles, pero el humo transparente, más bien aire tibio, que escapaba de la chimenea de las locomotoras, decía que aquella serpiente de carros, plataformas, jaulas de la caballería, tanques de agua y petróleo, vagonetas blindadas, estaba lista para ponerse en movimiento. Los trenes parecían abandonados: no había hombres sobre los techos de los carros ni caballos en las jaulas; la tropa había echado pie a tierra, y mientras las caballerías exploraban a distancia, hacia la serranía desdibujada, que por el norte ponía término al desierto, los infantes habían desplegado dos alas larguísimas a uno y otro lados de la vía, y avanzaron toda la mañana, con la carabina bajo el brazo y la cabeza inclinada hacia adelante, esperando oír silbar sobre sus cabezas, en cualquier momento, las balas de los rebeldes que podían estar escondidos en las quebradas. Habían marchado también el general en jefe y su Estado Mayor, en rápidos caballos, siguiendo la línea ondulante de la infantería en forrajeadores. Y también había avanzado "El Niño".

Era éste el cañón más grande en todo el ejército: se le traía siempre montado en una plataforma de ferrocarril, y se le cuidaba como si fuera el hijo mimado de los hombres de armas; pintado de gris, con líneas de azul oscuro en los filos, levantaba su larga nariz al viento, y de vez en cuando resoplaba con estrépito por su enorme boquete. La plataforma se estremecía sobre los rieles, y mientras los artilleros conservaban difícilmente el equilibrio, a diez, o doce kilómetros caían los escupitajos de "El Niño" en lluvia de plomo. Esa mañana había salido en su plataforma, empujado por una locomotora, y nada más; llevaba una pequeña dotación de granadas, cuarenta o cincuenta, porque el combate con los rebeldes no debía efectuarse aquella mañana.

El enemigo estaba fortificado, según los partes de las caballerías volantes, en un cañón de montaña en medio del cual corrían las paralelas de acero del ferrocarril situado a veinte o veinticinco kilómetros de donde estaban los trenes inmóviles. La infantería marchaba a colocarse en sitio para atacar formalmente a la madrugada, y "El Niño" iba a bombardear las posiciones avanzadas, impidiendo que durante el día, los rebeldes pudieran dedicarse libremente a mejorar sus atrincheramientos.

En los trenes había un silencio pesado tan pesado como el sol de junio que en ese mediodía levantaba aire cálido de la tierra sedienta. Las mujeres de los soldados se habían refugiado, bajo los carros y bajo las plataformas, únicos lugares sombreados en aquella extensión en que los mezquites de metro de alto, espinosos y hostiles, constituían toda la pobre flora. Los ferrocarrileros de tripulación en los trenes estaban en los coches, durmiendo la siesta. Algunas mujeres regresaban de la llanura trayendo leña, y comenzaron a hacer fuego para sus comidas, a la sombra de los trenes. A lo lejos, a cinco o seis kilómetros, se oían los disparos isócronos de "El Niño", y el oleaje de resonancias se extendía por la llanura en calma. A veces, el viento traía los restos de un toque de clarín.

-Siguen avanzando -decía alguna mujer acostada a la sombra de los carros.

-¡Pobres de nuestros viejos...! ¡Caminar con este "solón"...!

La interpretación de los toques de corneta corría como un rosario por debajo de los trenes, y en la misma forma regresaba la pregunta.

-¿No ha regresado ninguno?

-Ninguno. Ninguno, Ninguno.

Y las soldaderas volvían a quedar en silencio, soplando la lumbre y cocinando, algunas aplaudían con la masa de maíz entre las palmas de las manos, haciendo las "gorditas", y otras llenaban sus baldes con agua de los tanques. El sol de verano

caña perpendicularmente, y todas las mujeres se metieron con sus improvisadas cocinas, bajo los carros.

De pronto, por la larga cadena humana tendida entre los rieles, corrió la voz.

-¡Se está quemando el parque de "El Niño"

Cien mujeres, doscientas, salieron de entre las ruedas y presenciaron el espectáculo: tres carros de caja, los primeros en la fila de trenes, donde estaba el parque de artillería destinado al cañón enorme, estaban ardiendo, sin duda encendidos por alguno de los fuegos de cocina de las soldaderas. Y era en esos tres carros de parque, donde estaban todas las granadas con que se podía contar para que "El Niño" enviara a lo lejos su huracán de plomo. Ni pensar en apagar el fuego, que se propagaba rápidamente por las paredes de madera, con unos cuantos baldes de agua. Los ferrocarrileros seguían durmiendo en sus cabooses...

Entonces, del grupo de mujeres que se había reunido alrededor de los carros ardientes, salió una voz:

-Vamos a sacar el parque, porque, si no, no hay para la batalla de mañana.

Contestó una gritaría:

-¡Vamos, vamos!

-¡Arriba las buenas mujeres!

-¡No se raje ninguna!

Y todas aquellas soldaderas se echaron sobre los carros, montaron a través de los cuadros de madera ardiendo de las puertas, comenzaron a mover las cajas del parque. La maniobra no era sencilla, porque cada caja de seis granadas era para la fuerza de dos hombres. Las mujeres lucharon bravamente, locamente: unas arrastraban las cajas hasta la puerta y otras se las cargaban en los lomos, ayudadas por una de cada lado, y comenzaban a andar, vacilantes bajo el peso, dando traspiés. Algunas no resistían y dejaban caer las cajas; otras se iban doblando lentamente y quedaban tendidas en la arena, con la carga sobre sus cuerpos.

-¡Arriba, arriba! ¡Puede estallar el parque!

Las caídas se levantaban, arrastraban las cajas por el suelo, formaban con ellas una trinchera a mucha distancia de los carros ardiendo, y volvían por más. La peor parte la llevaban aquellas que habían subido; el fuego se les había comunicado a las ropas, les había chamuscado el cabello y causado quemaduras en los brazos desnudos o en las caras sudorosas. Dos o tres fueron sacadas a medio asfixiar de los carros llenos de humo, y sus ropas apagadas con arena.

-¡Siganle, mujeres; síganle!

Las que recibían las cajas, abajo, subieron a los carros; las que estaban arriba, fueron a revolcarse en la arena para apagar sus ropas ardiendo. Y siguió la maniobra: las cajas salían ya con fuego en algunas partes; no pasaría mucho tiempo sin que las que estaban en el interior de la hoguera estallaran, y a lo lejos, regularmente, se oían los disparos de "El Niño", rociando de metralla la entrada de la sierra; mientras el viento traía dispersos toques de clarín.

-Ya se pararon ahí.

-Sí, pero a nosotras nos está llevando el diablo.

Seguía la lucha contra el fuego o más bien, el salvamento del parque. Las pobres mujeres estaban realmente en estado

lastimoso; muchas, casi desnudas por haberse quemado sus ropas; otras, con las cabelleras chamuscadas, las caras negras, los brazos rojos y ardiendo; todas sudorosas y fatigadas.

-¡La última caja, la última! -gritó una soldadera avanzando por entre las llamas rojas y el humo denso; otras veinte corrieron hacia el carro a recibir la caja.

-¿De veras, la última?

-¡Seguro...!

El cajón de madera ardiendo de todos lados, fue sepultado en arena, que las soldaderas echaban con sus baldes, y a poco resurgía, negro, caliente todavía: era un tizón cuadrado, con ciento veinte kilos de muerte.

Las mujeres se tiraron en el suelo sin importarles el sol implacable, mientras los tres carros se iban consumiendo...

Al caer la tarde, volvió "El Niño", arrastrado por su locomotora: se llevó parque, y toda la noche estuvo haciendo ruido. Volvió a la madrugada, y regresó a su puesto; el cañoneo era continuo: cada minuto, un disparo sin falta; los toques de clarín eran también frecuentes: órdenes de avance, órdenes de reunión, dianas.

En los trenes, las soldaderas se curaban con manteca sus quemaduras, y aquel mediodía, por experiencia, hicieron sus fuegos fuera de los rieles, aunque para cuidar de ellos tuvieran que soportar el sol calcinante.

Pasado el mediodía, por la cadena humana tendida bajo los carros, corrió la voz:

-Ya vienen, ya vienen...

Y el ejército de mujeres se echó fuera de la única sombra en todo el desierto, y a la carrera avanzó hacia los soldados que regresaban. Los rebeldes habían tenido que retirarse ante el cañoneo de "El Niño", pues comprendieron que era inútil contestar con sus fusiles aquel fuego que venía de diez kilómetros de distancia. Sus trincheras habían quedado destruidas por las granadas. Doscientos muertos confirmaban la inutilidad de la resistencia, y los soldados volvían a los trenes sin haber tenido que disparar un solo tiro, sin una baja, regresaban todos los que habían salido a la víspera, en dos largas alas que avanzaban por el desierto, a uno y otro lados de la vía férrea.

Recibidos en triunfo por sus mujeres, tornaron a los carros y durmieron pesadamente, a cambio de la noche que habían pasado en vela.

Las soldaderas, viéndolos vivos e ileso, cuando habían temido que fuera la de ese día una sangrienta batalla, se sintieron muy satisfechas de sus cabellos chamuscados, de sus cuerpos cubiertos de quemaduras, de sus fatigas y las angustias que vivieron en los tres carros ardiendo...

Los trenes se pusieron en movimiento, lentamente, como una larga culebra que despertara, y al caer la tarde comenzaron a pasar el cañón de montañas entre una valla de trincheras abandonadas y de cadáveres.

La más bonita Magolo Cárdenas

Las situaciones que se narran en los textos siguientes reflejan formas diferentes de ver, sentir y valorar la vida; en cada texto realizarás actividades señaladas por separado; la actividad N° 6 del segundo texto te servirá para relacionar algunos hechos en ambas lecturas.

Actividades:

1. Lee detenidamente el relato.
2. Escribe un comentario acerca del contenido.
3. ¿Crees que la vida de una persona pueda darse sin tropiezos? Coméntalo con tus compañeros y expresa tu punto de vista.
4. ¿Cómo se describe a la persona del relato? Escríbelo.

Nota: En el punto 6 del siguiente relato ("Lucrecia") establecerás relaciones de diferente orden, en los hechos de estos relatos.

La más bonita

MAGOLO CÁRDENAS

En la época de mamá, la más bonita se llamaba Marina Montoya. En mi adolescencia la más bonita era una amiga mía que se llamaba Elidia Compeán.

Mi amiga se pintaba el pelo color de rosa; se peinaba de crepé y rol para arriba y salía a pasear a la Alameda, frente a su casa, con su falda ampona que tenía grabado un perrito french pudl. Ella era alta y erguida. Como usaba crinolinas, al caminar se le bamboleaba el vestido de un lado a otro. Elidia brillaba como un hada madrina. Era toda luminosa, toda de diamantina; sus lentes, sus ballerinas, sus calcetines, sus uñas, el color de su piel y su cabello. Era una princesa, mi amiga.

Desde niña Elidia supo que era la más bonita; que había nacido para que la consintieran y la quisieran. Eso era para ella tan cierto, tan claro y tan contundente como para mí la certeza de que el sol existe. Ella sabía que iba a pasar su vida protegida, entre algodones, como las orquídeas de los corsach para los bailes, que le llegaban de la florería de regalos de su novio.

De niña fue el orgullo de su familia. Sus hermanos y sus papás sabían, como lo sabía Elidia, que era la más bonita.

Todavía muy joven, se hizo novia de Neftalí que era el hombre que le correspondía: no era muy guapo, pero brillaba como mi amiga. Él era líder entre sus amigos, se peinaba de copete de brillantina y tenía una moto plateada. Era alto y muy fuerte y todo su ajuar de motociclista lo hacía verse más grande todavía. Además era lo que nuestros papás calificaban como "un buen muchacho" porque era muy cortés y educado; amable con los débiles y protector de las mujeres.

Neftalí iba a ver a mi amiga los domingos, así que los sábados ella dormía con tubos en el pelo y con un frijol pegado con escoch en la barba, para que al quitárselo al día siguiente se le viera partida. El domingo temprano, Elidia empezaba su arreglo personal obedeciendo siempre a un mismo procedimiento: se rasuraba las piernas y las axilas, se pintaba las uñas del

color del vestido que iba a ponerse, se enrizaba las pestañas con una cuchara, se maquillaba y, por último, se hacía el crepé y se peinaba. Todo lo hacía muy lentamente, como si se bebiera el domingo a muy pequeños tragos para que no se le acabara pues sabía que luego, seguirían los largos y tediosos días de entre semana.

Al terminar de arreglarse, Elidia relumbraba.

Después de comer se salía a esperar a su novio en el jardín, frente a su casa. Neftalí llegaba en su moto. Se iban caminando a misa. Al rato volvían de la iglesia. Elidia entraba sólo para dejar la chalina y el misal. Luego se sentaba con Neftalí a platicar en la barda de su casa.

Siempre estaban agarrados de la mano. A veces no tenían de qué hablar y se quedaban absortos, mirando hacia la Alameda, donde se paseaban todos los amigos que los admiraban. Ella tenía una actitud lacónica, como de desprotegida: Neftalí era el manto que la cubría, el árbol que le daba sombra. Desde que se hizo su novia, Elidia se volvió de su propiedad. Era como un regalo fino que nadie más podía tocar.

Al oscurecer, Elidia y Neftalí se despedían. Algunas veces -cuando lograban deshacerse de las miradas de los demás- podían besarse un rato. Luego, ella se metía a su casa. Antes de dormir, se quitaba el maquillaje con desgano y se acostaba. Los minutos se hacían pesados, pero mi amiga no entendía que tenía fastidio: durante los largos y tediosos días de la semana le haría falta Neftalí para no contar el tiempo.

Esas visitas de los domingos se repitieron puntualmente mientras fueron novios. Entre semana él se juntaba con sus amigos y ella con las mujeres. Eso no cambió nada. Lo que se fue modificando un poco fue el color de su pelo, el color del lipstick; la forma de los zapatos y los vestidos de Elidia. Su cabello color de rosa luego se hizo güero con rayos; por una temporada se pintó los labios y las uñas de blanco, se fue haciendo menos crepé y se peinó de chongo de gajos. Subieron y bajaron las bastillas de las faldas pero, fuera de eso, Elidia no cambió nada.

Dejó de verla cuando me fui de Candela para entrar a la universidad. Ella estudió hasta secundaria y se casó muy joven. A mi amiga se le cumplió su destino de mujer consentida: no se equivocó porque, sin que lo supiera ella misma, nunca concedió margen al fracaso. Para Elidia no existió la posibilidad de escoger y, mucho menos, de escoger el error.

De vez en cuando tenía noticias de ella:

"Le cumple a Neftalí todo lo que a él se le antoja. Es una esposa ejemplar."

"Tuvieron una niña preciosa."

"Neftalí puso un negocio de construcción y gana mucho dinero. Le regaló a Elidia un coche muy fino, todo envuelto en papel de china."

"Se construyeron una casa enorme, la más elegante de Candela, que se parece a un castillo italiano que a Elidia le gustó cuando fueron allá."

"Se operó las arrugas y el estómago. Sigue siendo muy guapa."

"Hicieron un baile todo de Romeo y Julieta para los 15 años de su niña."

Regresé a Candela. Habían pasado años desde que vi a mi amiga por última vez. Neftalí se había muerto de una enfermedad repentina, muy joven. Desde entonces ella se vestía de negro e iba muy seguido a la iglesia.

Se veía muy guapa cuando la encontré aquel día. Me recordó con absoluta fidelidad a la que yo veía de niña, a la que resplandecía como hada madrina. Contra lo que yo suponía, la falta de Neftalí no parecía haberla afectado. Me habló de

él. Elidia pensaba que iba a verlo otra vez cualquier día; creía ciegamente en que Neftalí, desde el cielo, la protegía. Todas las noches, antes de dormirse, le hablaba, le daba las gracias porque las cosas buenas que le sucedían eran favores que él concedía.

Para mi amiga todo había estado asegurado desde que era una niña; como entonces, seguía sin permitirle margen al fracaso o a la equivocación. Ella pensaba en algo sólo cuando sucedía, pero después ya no. No pensaba por adentro de las cosas porque el mundo para ella tenía una sola cara. La luz con la que brillaba, nunca se apagó: Elidia era la más bonita.

MAGOLO CÁRDENAS

(Saltillo, Coah.) Autora de libros para niños y jóvenes. De ellos *Noé no era el único Noé* ganó el premio IBBY, *Celastina* y *el tren*, publicado en tres editoriales, *María contra viento y marea* y *Con mis ojos a los muertos*.

Lucrecia

SILVIA MOLINA

A Sara y Nito

Nací en Tepexpan, un pueblo pequeño y pobre, al que se llega por la carretera a San Juan Teotihuacán. Mi pueblo es, sin embargo, famoso: custodia en un museo rural los prehistóricos huesos de una mujer, mal llamada "El hombre de Tepexpan", y de un mamut. Sus extensos y áridos campos están llenos de obsidiana, serpientes y hierbas olorosas.

Los habitantes de Tepexpan proceden de los constructores de las pirámides del Sol y de la Luna, pero su grandeza ha declinado al punto de que nadie la recuerda. Los ancianos visten de blanco y aunque no son intrépidos andan siempre con el machete en el cinto. Los jóvenes emigran en busca de trabajo y desprecian el oficio ancestral: barbacoyero. A veces, un domingo, se presentan a visitar a la familia a llevarse ropa limpia, a ver a la novia. Llegan transformados, con pantalones y camisas a la moda, melnudos, altivos. Las muchachas se pasan la vida esperando que el novio regrese, que alguien llegue a sacarlas de la soledad; y en esa espera, lo único que las hace felices son las premoniciones, el invento de un futuro irremediable en el que yo también aprendí a creer.

Adormecida sobre sus inmensas bardas, una antigua hacienda ocupa casi todo mi pueblo. Construida a principios de siglo, su arquitectura no es particularmente bella. La hermosura consiste en la sobriedad de los muros, en sus trazos rectos, y en sus columnas cuadradas.

La Hacienda de Tepexpan, donde nací, alberga en uno de sus rincones el Hospital Nicolás Bravo, una dependencia de salubridad para enfermos crónicos no contagiosos. Por los cincuenta nombraron a mi padre director del hospital y llevó a mi madre a la hacienda, en cuyo viejo casco vivíamos muchas familias: las de los doctores y las del personal administrativo. Y dentro del viejo casco, cada familia vivía plácida e independientemente.

En el segundo piso de la fachada tienen todavía sus habitaciones las Hermanas de la Caridad, y allí mismo se eleva una misteriosa capilla. Las Hermanas entonaban maitines que me hacían despertar soñando con ángeles y oraban en el crepúsculo con una armonía y un ritmo que no he podido olvidar.

Creí rodeada de ahuehuetes y pirules. La flor del nopal, los enterreros prehispánicos y la transformación de los renacuajos eran para mí cosa tan natural como los semáforos y los cines para mi prima Soledad, quien vivía en la ciudad de México.

En aquel tiempo mi mamá estaba preñada otra vez y por motivos que desconozco guardó cama durante casi todo su embarazo. Mi papá pasaba la mayor parte del día en el hospital; todas las tardes iba a buscarlo y me entretenía platicando con los enfermos o jugando con el teléfono de la administración: una cajita de madera a la que se le daba cuerda antes de descolgar.

Los fines de semana venían a vernos mis abuelos, mis tíos y mis primos, y no faltaban amigos de mi papá; pero nosotros nunca íbamos a ningún lado.

Para Lucrecia, mi nana, la ciudad de México era un desafío; allá estaban, según me decía, todos los hombres del pueblo. Lucrecia tenía, en esa época, los ojos más sinceros que yo conocía; su mirada hacía alarde de lealtad. Lucrecia reía con los ojos, pero cuando los domingos traspasábamos las puertas de la hacienda para ir a la plaza donde se ponía el tianguis, no levantaba la vista del suelo y me hablaba casi en secreto. "Aquella señora que va para allá es la mamá de Juan." Juan era su novio.

Quería a Lucrecia y creía en su mágica palabra. Por las noches, mientras ella me desvestía para dormir, me rodeaba de las fantasías que deseábamos: por supuesto que se casaría con Juan y tendría un cuartito y... Yo aseguraba entenderla, pero una niña entiende apenas las cosas de las muchachas enamoradas que viven soñando, porque un día Juan también se fue a México.

Con la ausencia del novio, Lucrecia cambió rotundamente. Tantos meses sin saber nada de él le dieron una mirada desapacible. Por las noches me contaba historias de nahuales, de muchachas robadas, de espantados.

-Duérmete o me convierto en víbora.

-No me asustes, Lucrecia. Además, nadie puede convertirse en animal.

-No estés tan segura. ¿Ojos de qué me ves?

-No los hagas así que me asustas.

Me comenzó a dar miedo estar con Lucrecia y se lo dije a mi mamá: "Lucrecia, me haces el favor de no contarme tonterías a la niña; va a seguir con pesadillas." Pero Lucrecia no hizo caso y mi mamá se vio obligada a pedirle que se fuera al anochecer para regresar al día siguiente.

Cuando mi prima Soledad venía a pasar las vacaciones con nosotros, yo le iba mostrando lentamente los secretos de la hacienda: al fondo estaban los potreros y el jagüey, las gallinas del administrador, el establo abandonado, la gruta de la Virgen del Rosario de Fátima; luego, la huerta que cuidaban las Hermanas, y el campo, un campo soleado donde nos perdíamos corriendo con el Cajeme, mi perro, o cazando mariposas y atrapando chapulines. También la llevaba al hospital y le enseñaba los enfermos contrabechos, las rapadas, los muchachos sin piernas, las viejitas calladas e inmóviles.

A la una, Lucrecia iba a buscarnos.

-La comida está lista.

La una de la tarde era aburrida, larga y desesperante porque Lucrecia nos obligaba a dejar los juegos; y mientras nos servía la sopa de fideo, el arroz con plátano y el bistec, le preguntaba a Soledad cosas de la ciudad de México.

Soledad era miedosa y educada. Sabía cortar la carne y contestar: "Sí, tío. No, tía. Muchas gracias." Tenía los ojos verdes y dos años más que yo; presumía de que cursaba tercer año y de que dividía y multiplicaba varias cifras.

En Tepexpan no había escuela, y el sol del campo tostaba mi piel cada vez más. No sabía multiplicar ni dividir pero paraba de manos al Tetabiate, mi caballo, y tres horas a la semana me era permitido conocer el misterioso mundo de las Hermanas de la Caridad, pues subía a las habitaciones de Sor María Rosa, de quien recibí una sofisticada instrucción: los

mandamientos de la Ley de Dios y de la Santa Iglesia, entremezclados con la vida de Fray Bartolomé de las Casas y de Fray Toribio de Benavente; narraciones que yo le exigía para no repetir el silabario ni hacer sumas y restas. Cuando le recitaba de memoria los mandamientos, me regalaba estampitas de santos y me mostraba su colección de objetos prehispánicos. Constantemente venían del pueblo a regalarle figurillas y vasijas con los que tiempo después montó un modesto museo a la entrada del hospital. Sor María Rosa me dejaba jugar con las cuentas de jade y estampaba geométricos sellos precolombinos en mis manos.

Sin embargo, la mamá de mi mamá quería que me fuera a vivir con ella para que me quitara lo "salvaje". La mamá de mi papá, más consentidora aseguraba que ya tendría tiempo para ir a la escuela, pero me orillaba a tejer cadenitas con gancho y a bordar punto atrás.

Después de la comida, Soledad y yo nos íbamos a sentar en las banquitas de la calzada que unía a la hacienda con el hospital. Por allí iban y venían los doctores y las Hermanas. Sor María Rosa, con su toca almidonadísima, entre ellas.

En la calzada esperábamos a mi papá, bailábamos el trompo o jugábamos a las canicas, y después nos perdíamos por los rincones de la hacienda seguidas por el Cajeme que no me dejaba ni para dormir.

Lucrecia nos buscaba antes de irse:

-Se las va a tragar el anochecer -nos decía con una voz mustia y llena de risa.

Volvíamos acosadas por Lucrecia y un horizonte de sonidos extraños. Nos daba de merendar y luego se despedía de mi madre:

-Hasta mañana, señora. Ya vinieron por mí.

Era verdad: iba por ella la yerbera del pueblo.

-Con ella estoy aprendiendo.

-¿Qué cosa Lucrecia?

-Cuál hierba cura el dolor de estómago y cuál es buena para el frío o el calor, con qué otra se quita el mal de ojo...

-¿Qué es eso?

-Lo que te voy a hacer si preguntas tanto, Soledad.

Cuando las vacaciones terminaban, de alguna manera yo comprendía más a Lucrecia: la ciudad de México nos privaba de los seres queridos.

Un día Lucrecia se presentó sin sus hermosas trenzas: se había hecho permanente en Texcoco. Sentí como si con su grueso cabello hubiera cortado el poco cariño que le quedaba por mí. También es cierto que nos separó el nacimiento de mi hermano Román: se afanaba planchando el alterón de pañales. Mi nana se había transformado, sin remedio, en un ser violento y distante, cuya mirada me ponía nerviosa.

Un domingo en el que estaban mis abuelos en casa, fui con los niños de la hacienda a buscar huevos de sincuate. Traía media docena en las bolsas de mi delantal, cuando al caer los aplasté.

-Mira nada más cómo vienes. ¿Qué te embarraste allí?

-Eran huevos de sincuate. Lucrecia.

-Pues vas a ver... la sincuata los va a andar buscando y va a venir a estrangularte.

Sus palabras cayeron infalibles sobre mí: su mirada no mentía. No habría escondite, no tendría salvación. Mis papás me habían prohibido participar en las exploraciones en busca de serpientes o de sus crías. Culpable de mi desobediencia corrí a pedirles a mis abuelos que me llevaran a México.

Asociaba la crueldad de mi nana a su pelo chino, a sus nuevos zapatos de tacón, a sus vestidos pegados, a su ambición de irse, ella también, a la ciudad: "Cuando venga Juan me voy a ir con él".

Esa noche, cuando Lucrecia ya no estaba, mi abuela, complacida, hizo mi maleta para una semana.

Mis abuelos vivían en la calle de Morelia en la colonia Roma. La casa me recibió lúgubre, oscura y la falta de espacio para jugar me ahogó en la nostalgia de la hacienda.

Regresé desesperada por ver a mis papás, por cargar a Romancito, por montar al Tetabiate, por perderme en el campo con el Cajeme. Además, tenía que contarle a Lucrecia lo horrible que era la vida en la ciudad: no me dejaron salir a la calle porque "viene el robachicos de Romita y te lleva".

Tenía que sentarme derecha, caminar derecha, no podía poner los codos sobre la mesa. A mi abuelo no le gustaba el ruido, dormía siesta, y las carreras y los gritos estaban prohibidos, como el trompo, las canicas y todo: "Las niñas son modositas y juegan en silencio".

No acabábamos de llegar, cuando mi madre, asustada todavía, contó a la abuela lo que sucedió la noche que nos habíamos ido:

-Notamos al Cajeme muy inquieto. Iba y venía ladrando y llorando; trataba de decirnos que en el cuarto de los niños había algo. Pensamos que se había metido una rata. Román y yo fuimos por unas escobas. No te imaginas, mamá... Detrás del ropero estaba una sincuata de casi dos metros. Qué horror, mamá. No sabes qué horror. La gente del pueblo tiene la creencia de que vienen cuando hay niños de pecho; dicen que se prenden a las mamas de las madres; por eso, les dicen así, sincuates. Imagínate, no es que yo crea en eso, pero no he vuelto a abrir los ventanales del cuarto, y me ha quedado una inquietud muy grande. Me la paso registrando por todos lados.

-¿Y la sincuata, mamá? -me atreví, no sé cómo, a preguntar.

-La mató tu papá -confesó triunfante.

Corrí a buscar a Lucrecia. En la cocina estaba otra muchacha del pueblo.

-¿Y Lucrecia? -le dije.

-Dicen que a Lucrecia se la robó Juan y se la llevó a México.

Todavía hoy, cuando hablo con Soledad acerca de aquella época, llegan hasta mí los armoniosos cantos de las Hermanas de la Caridad y la voz templada de Sor María Rosa: "Fray Toribio de Benavente, Motolinía, tomó el hábito de la orden de San Francisco, allá en España..."; y también me atrevo a pensar que Lucrecia, mi nana, fue teniendo algo de víbora.

SILVIA MOLINA

Nació en el Distrito Federal en 1946. Es licenciada en Letras por la UNAM y editora. Recibió el Premio Xavier Villaurrutia en 1977 y fue becaria del Centro Mexicano de Escritores (1979-1980) y del International Writing Program de la Universidad de Iowa en 1990. Ha vivido en Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Entre otros libros ha publicado: *La mañana debe seguir gris* (1977), *Ascensión Tun* (1981) e *Imagen de Héctor* (1990); dos libros de cuentos: *Lides de estaño* (1985) y *Dicen que me case yo* (1989).

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Los rostros verdaderos

HERMANN BELLINHAUSEN

Engañosa quietud

De los militares destacados en Ocosingo, a través de los campesinos que los escucharon, llegaban al *inland* zapatista rumores de que el día 29 de marzo habría un ataque al EZNL. Eso bastó para que numerosas familias, afiliadas fundamentalmente a la ARIC, abandonaron sus ranchos, dejando amarrados los animales. Desde la víspera se habían suspendido los vuelos en avioneta, mientras se confirmaba la versión de que "algo" se había echado desde un avión, en días anteriores, sobre un rancho de Altamirano ocupado por presuntos zapatistas. Algo que explotaba.

No obstante que ha aumentado la vigilancia policiaca y militar en la cabecera municipal del Ocosingo, la presencia militar en los alrededores seguía realizando movimientos rutinarios, y la disminución de vuelos podía atribuirse al mal tiempo. El hecho es que, para variar, no hubo nada. En los primeros poblados bajo control del EZLN la vida parece más pacífica que en tiempos de paz. Pero no se crea que hay mucho paso: está restringido, más que antes.

En el primer poblado después de la frontera no hay clases desde diciembre, cuando huyó el maestro. Un largo puente se brinca la Semana Santa y todas las demás semanas para que los niños se la pasen ociosos y mirones. Cuatro perros persiguen y torturan a un puerco que chillaba como si lo desollaran, mientras un campesino lo apedrea; sólo al llegar a la casa de sus dueños y cruzar el jacal el *cochi* recupera su oinc-oinc de costumbre. Andaba de ladrón en otro campo.

Los hombres trabajan la milpa, en la roza. Algunos jóvenes juegan interminables partidos de basquetbol con más fuerza que técnica. Una familia numerosa (entre niños y adultos suman diez) camina hacia adentro, es decir, hacia abajo, cargando víveres y combustible.

Caminarán todo el día, con la ayuda de un escualido caballo gris, hasta el rancho. Van suda y suda, presurosos y en silencio, horas que serán largas. El hombre al frente carga un radio encendido que transmite noticias en tzeltal y español, en las cuales destacan las reiteradas palabras "Partido Revolucionario Institucional", luego de anuncios de zapaterías y mercerías.

Para los zapatistas, parte del porvenir inmediato de su paz o su guerra dependía de la designación del nuevo candidato priísta. El nombre de Ernesto Zedillo les dice que las cosas no empeoran ni mejoran, sino todo lo contrario, por lo pronto.

Siguen pasando familias rumbo a sus pueblos o ranchos con sus escasas adquisiciones. Tiempo de la calabaza grande. Las mujeres llevan bolsas de mandado, rebozos llenos de bultos sobre la crisma o de niño a la espalda. Los hombres pujan bajo enormes costales blancos.

Panchito y Luis (2 y 3 años de edad), juegan en el solar de su casa mientras su joven madre hierva café en el fogón. Un osito Bimbo de peluche, alguna vez blanco, les sirve de pelota, muñeco, proyectil y pañuelo para los mocos. No lo saben, pero se están divirtiendo.

Unas cuantas golondrinas vuelan contra el fondo verde. Unos palos altos de tural florecen blanco y rosa, como estallando la primavera. Días de calma chicha ¿o calma a secas?

Más adentro de estas tierras hoy zapatistas donde aparecen los signos del levantamiento, las armas, la disciplina miliciana, la "alerta roja", uno encuentra una convicción que puede parecer desmesurada: gente que ha decidido pelear, aunque la guerra sea, de manera inmediata, más que un cambio de vida, un peligro de muerte. Después de platicar con los miembros de las fuerzas insurgentes, como se autodenominan, uno queda con la reverberación de sentimientos extremos:

jóvenes listos para pelear, quizá morir, con el beneplácito, incluso estímulo, de sus propios padres.

Laura, Adolfo, Freddy, Heriberto y muchos más, hasta sumar una treintena, efectúan ejercicios marciales con sus diversas armas de fuego entre las manos, bajo las indicaciones del subcomandante Marcos y el mayor Rolando, en un remoto poblado selvático. Anoche evolucionaron durante media hora en ejercicios de preparación, para terminar entonando el himno zapatista, con la tonada de *Carabina 30-30*, parapetados en la misma seria alegría con que cocinan tamales o realizan rondines de vigilancia, y una convicción más allá de la duda o el dolor.

Es uno quien llega, con sus dudas de ciudad, a plantear preguntas que ellos, los sublevados respondieron hace tiempo. Los "insurgentes", armados y embozados con sus prototípicos pasamontañas, custodiaban anteanoche el rudimentario hospital y la generosa cocina a la que fuimos conducidos en la oscuridad. Verlos produce un sentimiento de ternura que no se aplicaría por lo regular a los "violentos", como se les quiere llamar allá afuera.

Marcos, "profesional de la violencia para servir a ustedes", un jefe con algo de patriarca bonachón, propone una paradoja: es el humilde servidor de estos campesinos, y también su guía. Son todos tan jóvenes. ¿Quién podría bombardear un lugar como éste, lleno de alegres ganas de vivir?

Están los guardias, Amalia, Laura, Heriberto, y también la gente pobre del pueblo, muy pobre, como María, que también se puede llamar Candelaria, según su humor. ¿Luchan por su liberación o cavan una tumba de represión? Aquí parece tan remoto el peligro. ¿Se les perdonará la ofensa del desafío y la rebelión? Esta calma acumulada no puede durar indefinidamente. ¿En qué parte del mundo se alza un ejército rebelde y no triunfa, o es destruido? ¿dónde está la novedad? Sí, en la conciencia de ya no dejarse. Pero su opción de triunfar o morir ¿es un avance? Tenemos 30 mil soldados profesionales alrededor, listos a entrar en defensa de las instituciones, y tenemos un país alterado. ¿Volverá a soltarse la crueldad, la misma de siempre contra ellos, pero atizada ahora por la indignación y las razones de Estado? ¿o con este alzamiento rural habrán de replantearse las relaciones de poder con los pobres?

Todas son preguntas provisionales. La vida misma es siempre provisional, pero una cosa queda clara para esta gente: si la situación sigue como antes, si no se cumplen las exigencias, las fuerzas del orden público tendrán que venir a matarlos. Incluso los heridos son claros: prefieren no vivir a vivir como antes. Como dice Luis Miguel con su brazo roto: no es el dolor lo que duele más.

Heridos de la guerra

De esos días en que el sol se hace del rogar, un día que Benito llama "triste" por aquello de las nubes, pero no le impide reír y hacer bromas con naturalidad.

El mayor Benito perdió el ojo derecho en la batalla de Ocosingo, pero no el talante ni las ganas. De hecho, sigue en funciones zapatistas, a ratos con lentes oscuros, a ratos a ojo pelón.

Otros combatientes como el capitán Luis Miguel, de 21 años, han debido mantenerse inactivos. Al frente de una unidad, participó en la toma de Altamirano, luego avanzó sobre Oxchuc y Huistán con la encomienda de llegar a Rancho Nuevo y detener el avance del Ejército Mexicano. Un tiro le fracturó el brazo derecho por completo y hasta la fecha no se repone.

-Me tocó detener las fuerzas federales; a otros atacar el Cereso (Centro de Readaptación Social). Esperamos con la unidad de milicianos que llevaba.

Con un fondo de platanares en primer plano y en vez de horizonte las escarpadas montañas del norte, narra tranquilamente su experiencia. Lo acompaña el subteniente Sergio, de 22 años, miembro de la misma unidad, herido en el tobillo izquierdo durante el mismo enfrentamiento. Ambos, bajo sus pasamontañas azul marino, repiten la historia que ya otros han escuchado antes. Prosigue Luis Miguel:

-Somos de la vanguardia. A él le tocaba una posición más atrasada. Pasó un camión del Ejército, de esos de "tres cuartos", y di la orden de disparar. No respetaron nuestro retén. Allí cayeron dos soldados. Luego llegó un camión de ellos, de seis toneladas. Tiraban ráfagas con sus ametralladoras, y ahí fue que me dieron. Fui el primer herido y perdí el conocimiento cuando los compañeros me retiraban por Oxchuc. Cuando desperté ya me estaban atendiendo las compañeras sanitarias. Ya luego me trajeron. Perdí mucha sangre, me pusieron suero.

Luis Miguel dedica su tiempo de inactividad a "estudiar periódico" y no se queja de su suerte. Tiene cinco años en el EZLN. Sergio tiene tres. Ambos provienen de Los Altos, de familias tzotziles:

-Tenemos una conciencia que llamamos revolucionaria, que nos ha hecho ver que es mejor pelear o morir que seguir como estábamos. No nos da miedo la muerte.

Su padre lo inició a él y a sus hermanos en la lucha zapatista. La historia de Sergio es casi idéntica. De padres y hermanos milicianos (que permanecen en las comunidades, sin vida militar, dispuestos a combatir sólo si llega la necesidad). Luis Miguel y Sergio llegaron a la Selva hace dos años para prepararse militarmente. Sus familias analizaron la situación, y como eran solteros, decidieron hacerlos combatientes. Como sus hermanos tienen hijos, quedaron allá, formando parte de la Fuerza mexicana de la Milicia. Se consideran en condiciones de vencer al Ejército Federal porque, dice Luis Miguel, "tenemos al pueblo" y "es cierto lo que pedimos".

-Estoy preparado para seguir, nomás me alivie- afirma.

-Eramos del PRI porque era necesario. No de la CNC ni otra organización. Nos dieron credencial del partido, pero nunca llegamos a votar. Hay muchos que se incorporan al partido. Un tío fue el primero que entró zapatista, y luego mi familia, que no se opone. Mi papá sabe que no gana dinero, pero acepta porque sabe por una conciencia que tenemos.

Herido el 2 de enero, Luis Miguel no considera estar perdiendo el tiempo. No se aburre.

-Allá no tenemos terrenos, prestamos con un finquero. A veces trabajamos un terreno del patrón, pero él se queda con la mitad del maíz y el frijol.

De los liberados por ellos en el cereso de San Cristóbal, no sabe a dónde fueron:

-Hicieron lo que quieren. Los liberamos porque no tienen culpa, son presos políticos, muchos han ayudado campesinos.

Después de la guerra de enero, mucha gente "entró zapatista". Ahora, según sabe, en su pueblo las reuniones ya no son secretas, no hace falta.

-Cuando los combates de mayo del año pasado, pensamos que empezaba la guerra. Pero como no habíamos preguntado al pueblo, no podíamos decidir.

Hace un mes le quitaron el yeso, ahora sólo trae férula, pero no se acaba de aliviar. Sergio sí, ya está en condiciones de combatir, pero sigue inactivo "hasta que diga el mando". Realiza labores de cocina. Ni Sergio ni Luis Miguel conocen a nadie que haya muerto en combate. La dirección del segundo quedó al mando de otro, y ahora sólo sabe que andan por ahí, y están bien.

El dolor no lo abandona, toma analgésicos continuamente. Los sanitarios lo revisan cada tercer día. "Tengo un tratamiento", dice. El dolor no lo desanima, le gusta esta vida.

-Controlamos el territorio donde nos toca.

No considera resuelto el problema:

-Yo digo que sí va a haber combate. Hemos cumplido el cese al fuego, pero nos han vuelto a bombardear. Estábamos listos para pelear, no para el diálogo, pero también damos chance a otras gentes del país. Si sigue el problema, con las armas que tenemos podemos bailar. Los soldados no pelean por conciencia, pelean por dinero, les falta nuestra convicción. Debían pelear sólo con nosotros, los que estamos uniformados y listos para la pelea. No deben atacar a civiles. Por eso le pedimos al gobierno que nos reconozca como fuerza beligerante, para que no amenace ni detenga otra gente.

Sergio es más parco, y dice que su historia se parece a la de Luis Miguel. Tienen vidas paralelas, la voz de uno podría ser la del otro. Luis Miguel es el expansivo.

-Mi pueblo sigue todavía dividido, pero si no empuñan las armas como nosotros, no los obligamos. Si quedan neutral, está bien. Nadie pelea por exigencia, sólo por creencia. Nosotros luchamos voluntariamente, nadie nos obliga. Sergio y yo no nos conocíamos, pero sabemos que vamos a morir juntos. No voy a morir con mi papá, tal vez no me entierren en ninguna parte. Sabemos que es así. Estamos dispuestos para derramar nuestra sangre.

Interrogado sobre morir y matar, Luis Miguel expresa algunas ideas:

-No es justo que mataron a Colosio, él no ha hecho nada, y dijo que iba a respetar los acuerdos. No sabemos mucho, pero no debía ser lo que le hicieron.

Dice que él sólo dispara contra los que le disparan. Y comparando su tierra en Los Altos con estos poblados de La Selva, considera:

-Aquí son más pobres. No tienen luz ni carretera. En las fincas, allá, te pega el capataz. Trabajas día y noche, te pega de patadas. Eso nos dio a entender que algún día el país tiene que cambiar. Conocemos bien a los patronos y finqueros. Son cabrones, pero respetamos su vida. Los hubiéramos matado desde el primero de enero, pero no son nuestro enemigo principal.

Luis Miguel y Sergio fueron peón albañil en San Cristóbal (Sergio también Comitán):

-Te pagan sólo si te matas trabajando. Seis mil pesos por semana, de lunes a sábado, de seis de la mañana a once de la noche; si no, no alcanza.

Luis Miguel reconoce que se gana más en la ciudad, pero esa no es vida.

-Ya no queremos regresar a trabajar así. Preferimos estudiar, llegar a maestros o doctores, o morir en el combate.

Escépticos acerca de lo que hasta ahora va del diálogo, los dos expresan inalterada su convicción. El miedo ya se les olvidó.

La noche cae después, oscura, poblada de luciérnagas y un silencio imposible por culpa de los grillos que rechinan. Este es el escenario de la espera.

La lucha de Amalia

Rondan las generaciones. La subteniente Amalia habla de su padre con una admiración que no disimula:

-Mi papá es supercampesino, nomás, pero aprendió a hablar la castía. Se dio cuenta desde joven, cuando no estaba casado. Ve que la huelga no da resultado. En su lucha le tocó que lo golpearan. A sus compañeros de organización los torturaron y mataron. La experiencia de su padre, campesino chol y activista en el norte de Chiapas, terminó, a juicio de su hija que estos tiempos ha dado en llamarse Amalia, en un callejón sin salida:

-Para decir sí podemos. Decir que vamos a dar. Pero cumplir la palabra es otra cosa. Y así le pasó al gobierno:

A la sombra de una choza semiderruida deshabitada. Amalia se apoya, ni de pie ni sentada, en una vieja banca de madera. Por los boquetes en el barro que medio compone los muros se contemplan las montañas del norte, dignas de un chino paisajista, escarpadas, boscosas y neblinosas. Una realidad nítida que sueña al que sueña, le inventa detalles; desnudándolo, lo acoge y cobija, le tiende su capa. Afuera pasan esporádicamente otros jóvenes zapatistas, con rifles, uniforme y una inocencia que, como Amalia corrobora, resulta justamente lo contrario:

- Toda la familia anduvo clandestina, pero no me decían. Les preguntaba qué hacen, y dicen que para qué quiero saber. Ya después me empiezan a platicar, que hay una organización armada; tenía yo 15 años, me di cuenta y dije me quiero ir. Hay una forma en la milicia, en tu propio pueblo, pero hay una forma de los que se van a preparar en el monte. Yo prefiero estar luchando fuera de mi familia, pero los visito. A los 17, hace siete años, yo sabía escribir y leer pero no hablo la casta, cuando entré en el ejército aprendí. Cuando ya sabes un poco empezamos a estudiar la historia de México y otros países donde ha habido guerra. Y luego nos enseñan tácticas de combate.

Si bien algunas mujeres del EZLN tienen gesto duro, feroz incluso (y biografías aterradoras), la mayoría son reidoras, pero pocas sonríen tanto como Amalia, cuya boca grande fue hecha para pelar los dientes y encharcar los ojos, aún cuando habla de asuntos que a otros, diciéndolos, no les darían ganas.

- Es dura la práctica, pero un hijo de campesino desde los diez años anda cargando leña y trabajando. La cosa se hace sencilla. Todos los trabajos manuales no se me dificultan. Donde es un poco más duro es en la disciplina, porque tienes que aprender. Antes entrené milicias, después cambié el trabajo, te da de escoger cuál trabajo quieres, y escogí de la salud, por eso soy "sanitaria".

Cuesta trabajo imaginar a esta muchacha realizando lo que los intelectuales llamamos "acciones violentas".

- Tirar es bonito, porque nunca en mi vida había disparado un arma. Lo bonito es el valor de hacerlo. Cuando echas el tiro y ves que el enemigo cae, te da más ánimo. Mi primer combate fue en Ocosingo. No tuve tanto miedo, sabíamos que iba a responder el enemigo. Tenemos arma pero no son poderosas. Los federales llegaron con sus morteros y artillerías y francotiradores que son chingones para tirar. No tenemos miedo. El fuego enemigo es muy poderoso y a pesar de que no tenemos armas buenas, tanques ni aviones, tenemos conciencia. El arma que tenemos la tenemos que usar.

Amalia salió de la batalla de Ocosingo por el drenaje de la ciudad, igual que muchísimos compañeros suyos. Sin duda es una mitificación, pero Amalia se me figuró indestructible. Así como Efraín.

El pueblo de Efraín

Por casualidad, a Efraín le tocó la unidad insurgente destacada en su propio pueblo. Aquí ningún otro combatiente zapatista está en su comunidad de origen. El tiene 17 años, siete de ellos en el EZLN. Y siete meses en filas. Participó en la toma de Ocosingo, pero como era miliciano combatió sin arma. Hoy ya tiene una "carabina" automática. Recuerda:

- Casi me iba a dar miedo cuando empezó el primer disparo. hace como tres minutos que me agarró el miedo. Luego se me olvidó

Estrictamente hablando, tampoco esta es su comunidad de origen. Llegó como expulsado, con su familia, hace cuatro años.

- La gente aquí son educados, tratan bien. Y nos dieron tierra. Nos quedamos.

La "educación" a que se refiere no es escolar. La escolaridad, de suyo baja, devino a nula en la comunidad.

- Ya no hay escuela -dice Efraín-, porque dejaron de pagar a los maestros y ya no trabajan.

La escuela a que se refiere es un cascarón de madera, destinada a otros menesteres. Efraín, quien dice conocer al subcomandante Marcos "desde niño", ha aprendido algunas cosas, no obstante.

En mi casa no trabajaba en la cocina, no era de hombres. Esperaba que me dieran de comer. Me enseñaron de zapatista a hacer comida y lavar trastes. Ya no me cuesta.

Mientras cruzamos las cercas naturales de piñuelo, recorriendo las hondonadas del poblado, responde que sí es católico, y no. Antes iba a misa, ahora ni reza. Y de lo que se come en el pueblo saca rápido las cuentas:

- A veces nada, ni frijol, pura tortilla. Se da naranja, café, caña y plátano, pero poco. Puro maíz y frijol.

Caminamos a través de los solares de las casas. Apacibles y escuálidos, los perros no ladran. Gallinas pelonas, y de vez en cuando un frondoso gallo. Puercos que no respetan ningún espacio. Por si hacía falta explicitarlo, Efraín indica:

- Las casas son de lodo. De lodo los muros, los hornos, incluso un excepcional (porque no hay otro) palomar en un patio. Las materias primas aquí son barro y maíz, como en el más bien tercermundista *Popol Vuh*, que Efraín ni conoce. Le pregunto si hay alguna obra del gobierno. Dice que no, y luego que sí, y caminamos rumbo a una planta eléctrica con el logo de Solidaridad pintado en una pared, que fue instalada el año pasado, pero que nunca funcionó hasta hace una semana:

- La arregló un compañero.

Igualmente hay un molino de nixtamal, nuevo y parado.

- No se puede conectar todavía.

En el río se bañan tranquilamente niños y mujeres.

El viernes, después del mediodía, bajaron al Judas que colgaba del campanario de la iglesia, con su cara de Richard Nixon, y lo quemaron. Ardía sobre las matas. Los niños lo apedreaban.

- Cagados de risa -recuerda Efraín.

- ¿Por qué lo apedreaban?

- No sé.

Cuando no quiere, esta gente no sabe nada, por más que uno pregunte.

- Esa es la casa de mi hermano -señala un terreno con casas nuevas de madera, y saluda a un señor que se asoma.

Se apura. Lo esperan tareas domésticas en el cuartel, o como se llame, donde tienen su cocina común los zapatistas.

Efraín cree que sólo ellos mismos pueden cambiar el mundo. Bueno, la pequeña parte del mundo que les toca. De su encomienda guerrera abriga pocas dudas; si alguna:

- Voy a seguir adelante, a ver hasta dónde.

Carece del pequeño burgués privilegio de la duda.

La muerte tiene muchas caras y aparece de todas las maneras. ¿Acaso no es siempre una violencia? Manuel va por las orillas del pueblo, sofocado a los pocos pasos, y aunque no tiene ni 30 años, trae ya la muerte en su piel de pergamino, en su cuello abultado, su disnea galopante. No hace falta saber gran cosa para comprender que se trata de un hombre desahuciado, que si tuvo algún remedio, ya pasó la hora. El cáncer testicular, uno de los más veloces, jamás alcanzó a tiempo el quirófano, y hoy se disemina en los pulmones y quizá Manuel no conserve un ganglio intacto.

-No puedo respirar -dice con los angustiados ojos de una súplica y se detiene, no puede dar cien pasos sin hacerlo. ¿Qué le haría bien? Con trabajos, analgésicos, o té de gordolobo; nada de eso hay aquí. Para él y para siempre las cañadas de esta selva quedaron lejos de la salvación. No hubo transporte y aunque lo hubiera. El hospital le quedó a varios días, y por su costo, a varios meses de trabajo, por más barato que se lo pusieran.

¿Existen levedad y fragilidad más insoportables que ésta? Sí, carcinoma y metástasis proponen indignación más contra la fatalidad que contra la injusticia social y cosas de esas, pero dan en qué pensar.

El "centenar" de muertos de enero, que fueron más, no es sino la cauda de un largo monstruo que, patetismos más o menos, camina por las cañadas con tranco más largo que lento, y pinta en nonatos, lactantes y madres de chichis flacas el mismo rostro apergaminado que Manuel pasea espantado en busca de algo que le apacigue el suspiro.

Si Chiapas arrojaba sobre las buenas conciencias nacionales un saldo de negligencia, corrupciones tutifrufrí y estructuras mentales anquilosadas, más lo hará después de enero. Crece la inversión social con celeridad preelectoral, pero el miedo es mal consejero, no ayuda a la eficiencia.

Por ejemplo: del poco más de medio millar de plazas de servicio social para médicos (la opción posible y barata de médico en las comunidades indígenas de México), este 1994, y revuelta zapatista de por medio, se ocuparon menos de cincuenta. Ninguna en las cañadas selváticas. A no ser por las apariciones espasmódicas de la Cruz Roja y las camionetas de Epidemiología, en buena parte de estos rumbos no habría atención alguna.

Uno camina pueblo tras pueblo y no topa con instalaciones adecuadas, medicamentos ni quién los administre. No se crea que esto empeoró mucho con la guerra. Los niños emaciados, atontados y lombricientos estaban igual antes de enero, y son muchos más de lo que las estadísticas podrían soportar.

Los *slum* de las cañadas son nuestra verdadera vorágine: algún heroísmo, a sus habitantes los devoró la selva -que a su vez fue devorada por los negocios del progreso.

Desde los gabinetes de la banca internacional, a cualquiera le salen las cuentas claras y el chocolate espeso. En estas colonias indias de nombre bíblico (ni chocolate conocen), varios miles de jóvenes sacaron sus cuentas y decidieron morir, si habían de hacerlo, envenenados de plomo y fuego y no de previsibles y prevenibles venenos.

Después de conocer tanta agonía "invisible", ¿con qué cara hablar de negociación y planes sexenales? ¿Cuántos siglos de "herencia revolucionaria" hacen falta para explicarles a estas mujeres que la cosa no es acelerarse, que antes de enterrar al quinto o sexto hijo llegará la buena onda del bienestar? Visto desde el centro, si algo sobra es tiempo.

Pero lector, no te azotes que hay chayotes. A veces con huevo revuelto; a veces. ¿Cuánta solidaridad (tan buena, esa palabra) hace falta y no sólo del gobierno (que ha hecho rodar mucha solidaridad, que ni qué, pero no por acá), para que la desgracia milenaria del campo mexicano (esa también es milenaria, no sólo la cultura exportable de la Ruta Maya centroamericana), invierta su signo y conozca por qué es bueno el famoso progreso.

Orden y progreso, decían los porfiristas *après* Compe y Gabino Barreda. Pero primero ponían el orden. Un siglo después, el orden de los factores sigue siendo nuestro problema.

En la selva y las montañas la muerte es descarada, aunque en guerra veamos pasamontañas (en beneficio del espectáculo), y en carnaval se le represente con disfraz y máscara (para beneplácito del turismo).

En guerra o paz, provocación o delirio, locura o esperanza, ninguna muerte amerita apología. Es el único verdadero enemigo, y su cara es la misma. En la zona indígena de Chiapas la muerte acostumbra ser una violencia extrema. Desde enero, todos reconocieron que en efecto, a diferencia de casi todo el país, acá no habían llegado suficiente atención social ni recursos prácticos.

Durante el siglo XX, la seguridad social mexicana se instauró, floreció, y hoy se eclipsa al tronido de trompetas neoliberales, sin que estas comunidades se hayan enterado. Aun concediendo que son la excepción (en cierto modo lo son) estas comunidades crecieron muy aparte...y sin embargo, se mueven.

Han crecido, son modernas como pueden, y a diferencia de otras regiones indígenas, de refugio o a la intemperie, no sufrieron un vaciamiento cultural irreversible: basta ver la fortaleza de sus vínculos comunales, esa obra maestra de la civilización mesoamericana.

¿Podrá, una vez en la vida, ser generosa la "patria" (quienes quiera que ella sean) con estos pueblos que, como reconoció Fernando Benítez, hace 25 años, son los mejores maestros de México? Con ellos es mucho lo que se aprende, aunque sean los "ignorantes".

Ondas expansivas de Chinameca

Ya todos saben en el pueblo. Llevan días esperando el día. Listos. Para la tarde se van juntando frente al estrado que ostenta la bandera roja y negra del EZLN. Las mujeres puestas guapas, y los niños con ellas, ocupan el ala izquierda de la esquina. La otra ala son los hombres, de camisas claras y pantalones generalmente oscuros, como millones de campesinos en el país. Los niños de diez años traen la ropa parchada. Los hombres son, en su mayoría, mayores, aunque también hay algunos jóvenes. Una fiesta peculiar, en un ánimo muy peculiar.

Las fechas cívicas están vivas, suben y bajan de tono, cambian de signo, se reparten entre varios o se quemaron. Algunas se hacen viejas, otras conservan una larga juventud, estas últimas son las menos. Algunas reverdecen, sobre todo en tiempos de precipitación histórica como el actual.

Antes, un 2 de octubre hacía trabajar horas extra a la judicial, los granaderos y Gobernación. Hoy no les altera demasiado la rutina. El 10 de abril tiene su historia, una de muchas -como se acostumbran en México las fiestas patrias y religiosas-: el asesinato de Emiliano Zapata, ya incorporado al *honor de Posada*, la épica de los corridos, el cine nacional e internacional y los libros de texto. También cuenta una historia de guerra que reanima de cuando en cuando; las ondas expansivas de Chinameca se extienden, desde hace 75 años, al Valle de Yaqui, las tierras de Veracruz para abajo, Guerrero y Michoacán. Aparte, ha sido una fiesta cultivada y consentida por los gobiernos priistas durante décadas, con sus recrudescimientos naturales o impostados.

¿Cuánto hace que no había en México un 10 de abril tan movido, y que despertara tanta expectación y tanto espectáculo? (Toda fecha cívica que se respeta monta su propio espectáculo, la representación y el mensaje.) Mientras en distintas partes de Chiapas y el país, el Zócalo incluido, se esperan movilizaciones de tintes zapatista, entre acalambadas y acicateadas por los acontecimientos de 1994, año que hoy cumple 100 días, en este remoto poblado, en la esquina del fin del mundo, se celebra una alegre fiesta popular que es a la vez un desfile militar, la reiteración de una declaración de guerra y una muestra de voluntad que corta el aliento al país desde le primero de enero. Un rincón olvidado de la patria.

Al atardecer da comienzo el desfile. Por el camino llega al pueblo marchando el tercer regimiento y su gente "Guardián y Corazón del Pueblo", según la manta que lo precede, con un hacha, un machete y un martillo como insignias. Sigue el regimiento de Combatientes "Insurgentes", una larga procesión de hombres con pasamontañas armados de diversos calibres. Vienen las mujeres insurgentes, con una seriedad marcial que quién las viera. La "Fuerza Miliciana Mexicana",

como llaman los zapatistas a sus huestes no regulares, está representada por su Brigada Hacha, unos 200 chavos armados, salvo excepciones. La mayoría viste uniforme, algunos su ropa del diario. Hacia el final del contingente saludan varios jóvenes; a falta de armas, con la mano izquierda vacía, pero indicando que la tienen disponible. Todos llevan cubierto el rostro con paliacates, salvo algunos que de manera deliberada se descubren.

Suenan extraños tantos pasos uniformes y marciales sobre tierra sin asfalto. Compiten con los murmullos crecientes de la selva, chirriadero de grillos y otras alimañas. Lo que estamos viendo un medio centenar de periodistas es la demostración pública más numerosa de un autodenominado "ejército" campesino, después de la toma de San Cristóbal el primero de enero. Una gran bandera nacional ondea a un flanco del estrado donde miembros del CCRI, del mando militar del EZLN y los músicos que acompañarán la ceremonia, todos de pasamontañas, presiden el acto.

Las masas en el campo son por un lado muy pequeñas contra el escenario donde se congregan (la sierra, la selva, la montaña, los valles, y por otro lado impresionantes, debido al mero hecho de su existencia y número. Pero hasta ahora estas concentraciones no solían constituir desfiles armados. Los trescientos o cuatrocientos zapatistas dan la vuelta al pueblo, la caballería montada al final, y regresan. Ocupan la esquina del país donde dan vuelta el pueblo y el aire. Un grupo de niños de diez a doce años, el rostro tan cubierto como el de los demás, camina hacia el presidium; el subcomandante Marcos, quien ha dirigido el desfile, recibe de los niños una bandera doblada y la entrega al CCRI.

En el público hay madres con su bebé al hombro bien metido en un pasamontañas tamaño infantil y grupos de niñas y adolescentes muertas de risa.

La concurrencia canta el himno nacional. "Mexicanos al grito de guerra", que se escucha como un murmullo más de la selva, y luego entonan el himno zapatista acompañados por el acordeón y las cuerdas rasgadas en tachún-tun-tun-tun. Más que himno, resulta un canto popular campesino, suave versión de carabina 30-30. "Ya se mira al horizonte/combatiente zapatista/el camino marcará/los que vienen más atrás./Vamos, vamos, vamos, adelante/para que salgamos de la lucha avante/porque nuestra patria grita y necesita/de todo el esfuerzo de los zapatistas.

A la manera de otras culturas indígenas, como los huicholes, estos pobladores de la selva consideran llevar sobre sus hombros la responsabilidad del mundo, sólo que a diferencia de otros no asumieron formas rituales, sino un levantamiento en armas que se ofrece en sacrificio. ¿Fiesta o antesala del matadero?

¿Podrán el gobierno y el Ejército nacionales golpear a estos jóvenes, en una especie de Tlatelolco magnificado, una plaza Tienanmen rural a la mexicana? ¿El hecho de que hayan empuñado las armas basta para convertirlos en enemigos y reos de muerte, como en los viejos tiempos del Leviatán paranoico?

¿No podrán convertirse en interlocutores? Eso quieren, sólo que consideran que serán escuchados y seguidos a partir de su sacrificio. También se autodenominan "semilla": "Hombres, niños y mujeres/ el esfuerzo siempre haremos.../ Ejemplares hay que ser/ y hacer una consigna/ que es vivir por la patria o morir por su libertad./ Vamos, vamos, vamos, adelante..."

En otras comunidades de la selva se celebran ahora fiestas similares: quizá ésta sea la más solemne, y la única pública. Una demostración de fuerza.

Saúl caminó con otros ochenta milicianos de su comunidad un día entero para llegar aquí y lo primero que acepta es un cigarro. Hacía semanas que no veía ninguno.

A lo lejos suena un avión. Nadie entre los presentes omite escucharlo. Tres oradores, miembros del CCRI, se dirigen a la concurrencia civil y militar en lenguas mayenses, donde se distinguen algunas palabras en castellano: "Emiliano Zapata, mero valiente, la paz lucha, mero lee es pueblo, rudas expresiones contra el gobierno. En tzotzil, otro orador habla de los enfrentamientos de enero y la disposición del EZLN para tomar nuevamente las armas. (Bueno, las armas están tomadas, Lo reitera la presente celebración.)

Un tercer hablante menciona las demandas que enarbola el EZLN.

Después el subcomandante Marcos lee tres comunicados, uno dirigido a los manifestantes que se deben estar concentrando en el Zócalo de la capital en estos mismos momentos. Imaginar un mensaje así de aguerrido en el mero Zócalo resulta algo escalofriante. Otro mensaje, que alude a los pueblos de México y el mundo, y a la prensa, explica líricamente los motivos del alzamiento zapatista.

Un tercer comunicado, ya bajo dominio de la sintaxis y el código mental maya, se dirige a los mismos de antes y les revela quien está detrás suyo: "Hermanos, queremos que sepan quién está detrás nuestro, quién nos maneja, quién camina en nuestros pies, quién nuestro corazón domina, quién cabalga en nuestras palabras, quién vive en nuestras muertes. Queremos que sepan ya la verdad hermanos y es así. Votán Zapata, Guardián y corazón del pueblo:.

Ajá. Ahora ya sabemos cómo se llama el inspirador de esto. Un tal Votán Zapata de dudosa identidad y procedencia, pero que para el Ejército Zapatista resulta *mero lec*, bandera que da nombre a la voz: "Esta es la verdad, hermanos. De ahí venimos. Para allá vamos. Estando viene. Muriendo la muerte vive. Votán Zapata, padre y madre, hermano y hermana, hijo e hija, grande y pequeño, nosotros, viniendo estamos..."

La disputa por Zapata de pronto ya no tiene sólo valor simbólico. En este sitio de la selva, el CCRI ratifica la suspensión de los procesos de consulta para la paz. Hace pocos días un finquero asesinó a un representante zapatista e hirió a otro en el municipio de Altamirano. Mientras no existan condiciones, los zapatistas se mantendrán en alerta roja. "Nunca la estrella única; una más sí, la más pequeña".

Los cerros gritan de altos. El mayor Benito, que perdió un ojo en la toma de Ocosingo, lee un mensaje a los combatientes. Como en 1919, afirma, la tierra no es de quien la trabaja.

Una manta, pequeño museo lleno de fotocopias, exhibe imágenes de Zapata en las buenas y en las malas, en Palacio Nacional con Villa y el cadáver ensangrentado en Chinameca. Imágenes de la toma de San Cristóbal, de los comandantes y la tropa, del sub Marcos.

La realidad es menos obvia. Al iniciarse la parte "cultural" del programa, la parada militar da sitio a un rompan filas discreto para escuchar canciones y poemas. Cae la tarde. Un muro de madera vieja y una puerta enmarcan a cuatro milicianos en el escalón, con sus carabinas para arriba, cómodamente sentados. Parece una foto al natural del Archivo de Casasola. Los niños chicos juegan a nivel del suelo; unos amás grandecitos juegan baraja muy serios en una banca.

Heriberto y Emiliano, con pasamontañas, cantan acompañados por el grupo. Emiliano sostiene con la mano izquierda el cañón de su rifle y con la derecha una lámpara de bolsillo. A su vez Heriberto sostiene la letra y el micrófono.

Cae la noche y niños encapuchados salen a repartir agua a los milicianos sentados en el camino: "compa, ¿agua?", en voz baja. No había un solo miliciano que no tuviera sed.

Rotas las filas, los anfitriones comparten con el pueblo y los invitados carne de res en caldo y tortillas. Por momentos la bomba de gasolina flaquea y el alumbrado eléctrico disminuye. Después de poesías que mencionaban mucho a Zapata y en algún momento a Marcos, la música en vivo cede sitio a la grabada. Un disco de 33 revoluciones por minuto suena bajo una aguja de estoperol corridos zapatistas que al rato se deslizan a cumbias. Al pie de una manta iluminada donde Zapata a caballo y un campesino con su machete miran al frente, las muchachas comienzan a bailar solas, entre ellas. Poco después se arriman los milicianos, la carabina en la espalda, y sacan a bailar a la escogida, que acepta o no con sus moños, arreglada, en delantal nuevo o recién lavado.

Los niños más pequeños caen derrotados por el sueño y duermen sobre rebozos al pie de un poste de luz, mientras la familia se divierte, en ese modo paradójico y lento de los indígenas. Los niños también bailan en parejas con la alegría aterrada de estas fiestas y todos parecen estarse divirtiendo cuando de pronto se suspende la fiesta; por el sonido se dispersa

el pueblo y las milicias se concentran. Varios contingentes, incluso uno de mujeres, abandonan precipitadamente el poblado. Algún tipo de alerta los hecha a rodar. Los organizadores retiran rápidamente el estrado. Uno recuerda entonces que aquí hay un estado de guerra. Los galanteos del baile, aunque se daban en un ambiente de morir por la patria, no conseguían poner melancólicas a las parejas. Brusco final.

Al abandonar los territorios controlados por el EZLN, en el primer retén del Ejército Mexicano, los soldados llevan chalecos antibalas y se muestran alertas, nerviosos, según aceptan. Hay rumores en Ocosingo de que los zapatistas atacarán, mientras éstos dan a entender con frecuencia que temen un ataque del Ejército Mexicano. El conflicto chiapaneco tiene mecha, eso lo sabemos. Y alrededor hay chispas. Como saben los estibadores en los puertos, existen puntos que dicen "manéjese con cuidado." Chiapas es un paquete de esos.

HERMANN BELLINGHAUSEN ZINSER

Nació en el D.F. 1953, médico por la U.N.A.M. Hizo estudios de letras y música. Es profesor de ecología humana en la Facultad de Medicina de la misma Universidad. Colaborador de *Solidaridad*, *Punto*, *Uno más uno*, *La Jornada* y otras publicaciones. Editor de *Nexos* (1979), coautor del *Desafío mexicano* (Océano, 1982), *México en 500 libros* (1983) y *El obrero mexicano* (1984). Autor del volumen de poesía *La hora y el resto* (1981) y *Crónica de multitudes* (Océano 1987).

Huarapo

FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ

Afectuosamente para Miguel Martínez Rendón

¿Ves? Primero es huarapo.... después, cachaza, luego melado, después melcocha, por último piloncillo.

La voz de mi padre se oía entre el bufar de los émbolos.

Me llevaba de la mano recorriendo los departamentos del enorme trapiche. Su voz era insinuante. Se notaba a leguas su afán de enseñarme.

-Aquellos son los moldes. Allí están los peroles... esos hombres desnudos son los batidores... tienen la piel curtida, la cachaza hirviendo no les levanta ampollas.

Y pasaban corriendo cerca de nosotros muchos hombres encuerados hasta medio cuerpo. Los calzoncillos de manta delgada se enrollaban hasta muy cerca de las ingles. Sus plantas desnudas, sudorosas, se estampaban sobre el piso negruzco.

-Allá está el molino.

Fuimos hasta allá

-Esta es la caldera. Sigamos la banda para que conozcas la muela. Te va a interesar.

Y seguimos la banda.

Mi padre hablaba; pero el ruido del molino opacó su voz. En adelante no pude escuchar lo que dijo.

Llegamos a la muela.

Medrosamente me apreté a sus piernas. Dos enormes cilindros giraban uno sobre el otro. Diez peones, con sus vientres protegidos por recios mandiles de cuero, alimentaban la gran máquina. Gruesos tercios de caña morada desaparecían entre los dos cilindros, produciendo ruidos que daban calor. Parecían quejidos humanos.

Mi padre gesticulaba como queriendo comunicarme algo interesante. Yo entendí: quería que fijara mi atención en aquella enorme muela, en aquella máquina gigante a la que yo sé que de trágico le encontré desde el momento en que la vi. Hice con la cabeza un signo de asentimiento. Mi padre se tranquilizó.

Dimos una vuelta alrededor del estridente aparato.

Por un costado salía el bagazo completamente prensado.

Muchos hombres cargaban con él y lo llevaban a secar hasta los enormes patios soleados. Por el otro lado una cascada de líquido zarco, delgado, corría haciendo burbujas.

-¡Ese es el huarapo!- gritó mi padre a mi oído.

-¡Ah, el huarapo!- murmuré. Un peón escogió para mí la caña más tierna. Me obsequió con ella y sonrió tristemente cuando pasó su manaza torpe sobre mi cabeza. Después me tomó por el hombro y me condujo a un lejano rincón de la fábrica. Allí apenas llegaban los ruidos; pero la muela gigantesca y sus operarios se veían perfectamente.

Mi padre, recargado contra el muro descascarado, me dijo la cruel historia:

-Una mañana, cuando el trapiche empezaba a trabajar, Estanislao, el viejo mayordomo, paseaba vigilante muy cerca de la muela. El viento jugueteaba con las largas puntas de su jorongo pintado a colorines. En una de tantas vueltas el aire sopló más fuerte y las puntas del jorongo de Estanislao fueron cogidas por los cilindros. La polea giraba a toda tensión, el mayordomo trató en vano de quitarse el gabán; gritó pidiendo auxilio; algunos corrieron en su ayuda; pero la gran máquina se lo tragó con la facilidad con que se traga los tercios de caña morada.

Cuando los peones rodearon la muela, el huarapo se había convertido en sangre, y los bagazos salían revueltos con carne molida. Algunos piadosos recibían en botes de petróleo las entrañas machacadas. Pararon la máquina; pero el huarapo enrojecido ya había llegado al gran tanque de depósito.

El mecánico llevó la noticia al patrón. Llegó jadeante a su presencia.

-¡Señor, algo grave aconteció en la fábrica!

-¿Qué, otra flecha rota?

-No patrón, algo peor, una cosa horrible...

-¿Se reventó la banda?

-No, señor, Estanislao el mayordomo fue remolido por la muela.

-¡Ah! -respiró. Agachó de nuevo su cabeza para terminar el asiento que había empezado en el libro de deudores.

-¡Bueno, qué le vamos a hacer; Dios lo tenga en su gloria!

Pero tú te has quedado como bruto... ¡Qué esperas, vete... recojan los restos que salgan por la boca del bagazo... y que lo entierren!

-Pero patrón, la sangre ha llegado hasta el tanque de depósito, no ha sido posible detenerla, yo...

-¡Cómo! ¿Pero qué dices, animal? Que la sangre ha... ¿Sabes que ese descuido me significa la pérdida de toda la molienda del día?

-¡Señor...!

-¡Nada, ordena que sigan trabajando! ¡Yo no puedo perder... Vamos!

Y vinieron ambos al trapiche.

Los peones permanecían aún alrededor de la muela.

Algunos sacaban con palas los despojos de Estanislao.

-¡Pobre Tanilo! -decían- ¡y deja familia!

-¡Bueno, muchachos, a trabajar... y sea por Dios! -dijo el amo al llegar.

Los peones aún con la terrible impresión pintada en el semblante, fueron cada uno a sus puestos.

-¡Vamos, echa la fuerza! -gritó el propietario. Y la polea giró arrancando a los cilindros su chirriar escalofriante. Por el conducto del bagazo salieron los últimos pedazos de carne machacada.

Del canal del huarapo sólo salió sangre, que caía haciendo burbujas en el gran tanque de depósito.

-¡Metan caña, plebe... Yo no puedo perder! ¡Vamos!

Diez hombres, como ahora, alimentaron de nuevo la enorme muela, la caña morada salía convertida en bagazo y huarapo. El líquido zarco, espumoso, empujaba hasta el tanque el último cuajarón de sangre.

-¡Vamos, que no es posible perder veinte arrobas de piloncillo por una torpeza! ¡Que lleven luego esos botes a la casa de la viuda para que ella dé sepultura a su difunto...! ¡Pero pronto, pronto, no hay que gastar el tiempo como quiera...! ¡Vamos! Pero

La gran muela siguió tragando tercio tras tercio de caña; de vez en vez salía entre el bagazo algún guiñapo del gabán de colorines de Estanislao.

Al otro día fueron diez peones en comisión a ver al amo. Lo encontraron como siempre echado sobre el libro de caja. Vio por encima de los lentes a los comisionados; pero no les habló sino hasta que terminó su apunte.

-¡Qué hay! -gritó secamente

-¡Tío Tanasio, hable usted! -dijo uno de los peones dirigiéndose al más viejo.

-No, mejor Florentino, es el más letrao -contestó el viejo Florentino que había estado en el Norte y su prestigio de 'letrado' se fincaba sólidamente en el uso de pantalones de mezcilla y zapatos anchos, se adelantó, y tomando su sombrero por el ala lo hizo girar entre las manos para decir:

-Bueno... yo y la compañía hemos sido mandados por los demás para ver si usted le da algo a la viuda y a los chiquillos de Estanislao, la probe ha quedado muy atrasada y...

-¡Oh, no sigas! -dijo el patrón haciendo un gran gesto de entendimiento- ya sé lo que quieren... una compensación. Eso lo aprendiste tú en el Norte, ¿no? Muy bien... ¡una compensación! La hacienda sabrá recompensar ampliamente a la familia de su peón que muere en el trabajo. ¡La viuda tiene derecho! ¡Tiene derecho!

Tosió, y mientras se rascaba la nuca dijo al empleado del escritorio.

-A ver Casillas, deme la nota de las moliendas.

El empleado le entregó un libro pringoso y de gran volumen. El patrón su sumió en un mar de sumas y restas.

Después dijo enseñando sus dientes negros por el tabaco.

-¡Ah, ja! Con que una compensación... Muy bien. Mire, Casillas, ordene que le entreguen a la viuda el importe de media arroba de piloncillo, precisamente del que salió ayer... En eso aumentó la molienda; fue por la sangre de Estanislao que pasó hasta el tanque del depósito... ¡Tiene derecho la viuda!... ¡Media arroba! ¿eh? -Y dirigiéndose a los peones -muchachos: hoy les complazco porque quiero que esto les sirva de estímulo... ¡Tú, Florentino, desde mañana te quitas esos pantalones y esos zapatos; huarache y calzón blanco es lo que aquí debe usarse; no quiero que hombres vestidos como tú andas me vengas a inquietar la gente... ¡Si no te parece puedes largarte otra vez al Norte, y allá si se te antoja, estira la pata para que te den compensación! ¡Ahora a trabajar todo el mundo que la muela siempre está hambrienta! ¡Vamos, vamos, no hay que perder el tiempo en cualquier cosa!

Y los peones salieron con la cabeza inclinada sobre el pecho, arrastrando penosamente sus huaraches sobre las baldosas del piso.

Los arrieros de tierra fría, al pasar por el jacal de Estanislao, obsequiaron a la viuda con un puñado de piloncillo. Ella lo recogió en un palnacate y lo colgó en el rincón de su casucha. Debajo ardió mucho tiempo una lámpara de aceite.

El cura vino a bendecir el trapiche. Roció la muela con agua bendita, con mucha agua bendita... pero no la suficiente para borrar las manchas que aún se ven cerca del canal del huarapo.

-¿Conque no se te ha olvidado la lección?... ¡Vamos a ver!

-No, no se me ha olvidado, papá... primero es huarapo, después cachaza, después... después...

Nota: Ver datos biográficos en la página 163.

A Nuevo León JESÚS GARZA FLORES

Nuevo León, bella Sultana
iris de paz y de gloria,
astro de luz en la historia
de la Patria Mexicana:
levanta tu frente ufana
y mira si te recrea
la aurora que centellea,
la nueva generación,
recibir la comunión
en el altar de la idea.

La mujer y el hombre vienen
al mundo de igual manera:
un mismo fin les espera
y un mismo principio tienen.
Las teorías que sostienen,
que aún viva en la sociedad
la odiosa desigualdad
entre el hombre y la mujer,
no tienen razón de ser:
las repulsa la verdad.

Tú que has roto la muralla
del error, del retroceso;
que en tu rápido progreso
no encuentras dique ni valla;
que tus campos de batalla
en los que luchas y velas
son, el taller, las escuelas,
la sementera, el granito,
lo profundo, lo infinito...
Nuevo León, ¿adónde vuelas?

Naturaleza sus dones
dio a uno y otra iguales:
inteligencia, ideales,
deseos y aspiraciones.
¿Por qué razón o razones
de absurdo filosofismo
no deben saber lo mismo,
nutriendo su inteligencia,
en las artes y la ciencia?
¿Por miedo?, ¿por egoísmo?

La guerra, sueño profundo,
hoy duerme en los patrios lares:
¡bastó la gloria de un Juárez,
para escarmiento del mundo!
La paz, ese Dios fecundo
en dones para la tierra,
ató a tus plantas la guerra
y hoy es la guerra tan sólo,
llegar de la ciencia al polo
tras de los bienes que encierra.

¡Oh, tú, Nuevo León: no aplaces
tu poder y tu grandeza;
ya vez que lo grande empieza
por construir sólidas bases.
Difunde la luz, cual lo haces,
de la instrucción: es preciso;
contemplantas de improviso
al hombre, sabio profundo,
a la mujer, Dios del mundo
y al hogar en paraíso.

Y en ese viaje sin nombre
hoy van unidas y ufanas
dos paralelas humanas:
¡oh, sí!, la mujer y el hombre.
Nada temáis, no os asombre:
que el estudio y la vigilia
bien la mujer los concilia
con la virtud y el decoro...
y tendrá un cimiento de oro
el templo de la familia.

¡Que brilles siempre en la historia
de nuestros patrios anhelos!
¡La gloria alumbre tus cielos
en tu lucha por la gloria!
Yo, al evocar tu memoria,
tu hidalguía, tu entereza...
me inclino ante tu grandeza,
al ver con qué majestad
el Sol de la Libertad
ilumina en tu cabeza!

JESÚS GARZA FLORES

(1859-1921) Nació en Salinas Victoria, Nuevo León. Fue un auténtico poeta de juventud y como miembro del grupo de Enrique Gorostieta contribuyó al desarrollo de la literatura local en la década 1875-1885.

En el momento de su formación literaria se halló con el principio de las nuevas tendencias poéticas y el final de los romances de la Guerra de Reforma. No reunió su obra en libro, aunque colaboró profusamente en *Flores y frutos* y la revista, *El jazmín* y el *Horario*.

La mujer

JUAN BOSCH

La carretera está muerta. Nadie ni nada la resucitará. Larga, infinitamente larga, ni en la piel gris se le ve vida. El sol la mató; el sol de acero, de tan candente al rojo -un rojo que se hizo blanco. Tornóse luego transparente el acero blanco, y sigue ahí sobre el lomo de la carretera.

Debe hacer muchos siglos de su muerte. La desenterraron hombres con picos y palas. Cantaban y picaban; algunos había, sin embargo, que ni cantaban ni picaban. Fue muy largo todo aquello. Se veía que venían de muy lejos; sudaban, hedían. De tarde el acero blanco se volvía rojo; entonces en los ojos de los hombres que desenterraban la carretera se agitaba una hoguera pequeñita, detrás de las pupilas.

La muerte atravesaba sabanas y lomas y los vientos traían polvo sobre ella. Después aquel polvo murió también y se posó en la piel gris.

A los lados hay arbustos espinosos. muchas veces la vista se enferma de tanta amplitud. pero las planicies están peladas, Pajonales, a distancia. Tal vez aves rapaces coronen cactus. Y los cactus están allá, más lejos, embutidos en el acero blanco.

También hay bohíos, casi todos bajos y hechos con barro. Algunos están pintados de blanco y no se ven bajo el sol. Sólo se destaca el techo grueso, seco, ansioso de quemarse día a día. Las canas dieron esas techumbres por las que nunca rueda agua.

La carretera muerta, totalmente muerta, está ahí, desenterrada, gris. La mujer se veía, primero como un punto negro, después como una piedra que hubieran dejado sobre la momia larga. Estaba allí, tirada, sin que la brisa le moviera los harapos. No la quemaba el sol; tan sólo sentía dolor por los gritos del niño. El niño era de bronce, pequeño, con los ojos llenos de luz, y se agarraba a la madre tratando de tirar de ella con sus manecitas. Pronto iba la carretera a quemar el cuerpecito, las rodillas por lo menos, de aquella criatura desnuda y gritona.

La cada estaba allí cerca, pero no podía verse.

A medida que se avanzaba, crecía aquello que parecía una piedra tirada en medo de la gran carretera muerta. Crecía, y Quico se dijo: "Un becerro, sin duda, estropeado por auto."

Tendió la vista: la planicie, la sabana. Una colina lejana, con pajonales, como si fuera esa colina sólo un montoncito de arena apilada por los vientos. El cauce de un río; las fauces secas de la tierra que tuvo agua mil años antes de hoy. Se resquebrajaba la planicie dorada bajo el pesado acero transparente. Los cactus, los cactus, coronados de aves rapaces.

Más cerca ya, Quico vio que era persona, Oyó distintamente los gritos del niño.

El marido la había pegado. Por la única habitación del bohío, caliente como horno, la persiguió, tirándola de los cabellos y machacando a puñetazos su cabeza.

-¡Hija de mala madre! ¡Hija de mala madre! ¡Te voy a matar como una perra, desvergonzá!

¡Pero si nadie pasó, Chepe; nadie pasó! -quería ella explicar.

-¿Qué no? ¡Ahora verá!

Y volvía a golpearla.

El niño se agarraba a las piernas de su papá. El veía la mujer sangrando por la nariz. La sangre no le daba miedo, no, solamente deseos de llorar, de gritar mucho. De seguro mamá moriría si seguía sangrando.

Todo fue porque la mujer no vendió la leche de cabra, como él se lo mandara; al volver de las lomas, cuatro días después, no halló el dinero. Ella contó que se había cortado la leche; la verdad es que la bebió. Prefirió no tener unas monedas más a que la criaturita sufriera hambre tanto tiempo.

Le dijo después que se marchara con su hijo:

-¡Te mataré si vuelves a esta casa!

La mujer estaba tirada en el piso de tierra; sangraba mucho y nada oía. Chepe, frenético, la arrastró hasta la carretera. Y se quedó allí, como muerta, sobre el lomo de la gran momia.

Quico tenía agua para dos días más de camino, pero casi toda la gastó en rociar la frente de la mujer. La llevó hasta el bohío, dándole el brazo, y pensó en romper su camisa listada para limpiarla de sangre. Chepe entró por el patio.

¡Te dije que no quería verte más aquí, condená!

Parece que no había visto al extraño. Aquel acero blanco, transparente, le había vuelto fiera, de seguro. El pelo era estopa y las córneas estaban rojas.

Quico le llamó la atención, pero él, medio loco, amenazó de nuevo a su víctima. Iba a pegarla ya.

Entonces fue cuando se entabló la lucha entre los dos hombres.

El niño pequeño, pequeño, comenzó a gritar otra vez; ahora se envolvía en la falda de su mamá.

La lucha era como una canción silenciosa. No decían palabra. Sólo se oían los gritos del muchacho y las pisadas violentas.

La mujer vio cómo Quico ahogaba a Chepe: tenía los dedos engarfiados en el pescuezo de su marido. Este comenzó por cerrar los ojos; abría la boca y le subía la sangre al rostro.

Ella no supo qué sucedió; pero cerca, junto a la puerta, estaba la piedra; una piedra como lava, rugosa, casi negra, pesada. Sintió que le nacía una fuerza brutal. La alzó. Sonó seco el golpe. Quico, primero soltó el pescuezo del otro, luego dobló las rodillas, después abrió los brazos con amplitud y cayó de espaldas, sin quejarse, sin hacer un esfuerzo.

La tierra del piso absorbía aquella sangre tan roja. tan abundante. Chepe veía la luz brillar en ella.

La mujer tenía las manos crispadas sobre la cara, todo el pelo suelto y los ojos pugnando por saltar. Corrió. Sentía flojedad en las coyunturas. Quería ver si alguien venía; pero sobre la gran carretera muerta, totalmente muerta, sólo estaba el sol que la mató. Allí, al final de la planicie, la colina de arenas que amontonaron los vientos. Y cactus, embutidos en el acero.

JUAN BOSCH

(Dominicano, 1909). Refugiado político por 25 años. Vivió mucho tiempo en Cuba. Jefe del Partido Revolucionario Dominicano. Volvió a su patria en 1961, fue elegido presidente en 1963 y pocos meses después fue derrocado. Su obra se resume a: Una biografía de Hostos, una novela, *La Mañosa* (1963), varios tomos de cuentos publicados entre 1933 y 1964. Entre sus obras político-históricas se destacan, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (1965), *Pentagonism a Substitute for Imperialism* (1968), *Composición social dominicana, historia e interpretación* y *De Cristóbal Colón a Fidel Castro* (1970).

La fuerza del hombre

OSCAR LIERA

PERSONAJES: El Doctor Gutierrez (no aparece), LA ENFERMERA, la paciente, la mamá del doctor, el paciente, el vendedor, alguien...

Consultorio médico

LA ENFERMERA: (A la paciente) ¿También usted es la primera vez que viene?

LA PACIENTE: Sí señorita

LA ENFERMERA: ¿Quiere darme sus datos por favor?

LA PACIENTE: Sí señorita, cómo no.

LA ENFERMERA: Escriba aquí: nombre, domicilio y edad.

EL PACIENTE: Ya terminé, aquí están mis datos.

LA ENFERMERA: Bueno, un momentito, cuando el doctor se desocupe usted sigue.

EL PACIENTE: Gracias.

La mamá: (A la paciente) Ay señora, permítame cortar esa hebra de hilo que le cuelga.

LA PACIENTE: Muchas gracias.

La mamá: Es muy bonita la tela de su vestido ¿dónde la compró?

LA PACIENTE: En los almacenes Gloria.

LA MAMÁ: (A LA ENFERMERA) Ay mira tú muchacha, apunta ese nombre y que te diga a dónde derecho queda para que me lleve mi hijo o que me lleves tú, porque quiero comprar una tela de ésas para llevarle a la Armida Lafarga.

LA ENFERMERA: Ya conozco esa tienda.

LA MAMÁ: (A la paciente) Soy la mamá del doctor.

LA PACIENTE: Ay señora, pues mucho gusto.

LA MAMÁ: (A la paciente) Usted no es de aquí ¿verdad doñita?

LA PACIENTE: No, ¿se me nota?

LA MAMÁ: Claro, usted debe ser nortefía; de Chihuahua o Nuevo León.

LA PACIENTE: Soy de Chihuahua.

LA MAMÁ: Ya ve, pues somos vecinas; yo soy de Sinaloa, también mi hijo el doctor. Vine a pasar unos diyitas aquí a la

capital para estar con mi hijo, el doctor, pero yo me enfado mucho en esta ciudad. No conozco a nadie, ni a los que viven junto al departamento de mi hijo. Yo no sé cómo le gusta a mi hijo estar aquí; ya terminó el estudio. Ay, la gente de aquí es muy cerrada ¿verdad? Aquí la señorita enfermera es de Tabasco, costeña también y alegre, por eso es que vengo acá a platicar con ella. (Al paciente) Espero que usted no se moleste si por si acaso es deste..., ¿cómo les dicen?, chilango

EL PACIENTE: No se apure, yo soy de Saltillo.

LA MAMÁ: Ay, pues qué bueno. Así podemos hablar con tranquilidad.

LA PACIENTE: (A LA ENFERMERA) ¿Tardará mucho el doctor, señorita?

LA ENFERMERA: No, creo que las personas que están dentro sólo vinieron a un chequeo preparatorio.

LA MAMA: Ay, pobre la viejita esa ¿verdad? (A la paciente) ¿Usted no lo vio entrar?

LA PACIENTE: No, cuando llegué ya estaba ocupado el doctor.

LA MAMA: Ay, pues tiene quién sabe qué bocio en el cuello, y mire doñita; le cuelga una papadona como de medio metro. Creo que mi hijo la va a operar. Ay, Dios no me castigue, pero yo creo que esa mujer era mala, o a lo mejor eso es obra de brujería. Mire nomás doñita, así de grande el recaudo que le cuelga. Para mí que está embrujada, y eso se le podría quitar muy fácil; nomás que ellas tiene que matar un tecolote y sacarle la sangre y luego que se la unten en el bocio ese y que le soben con la panza de un sapo, y para que no se atinque, le tienen que dar un tecito de ruda con hojas de pantera. Pero mire, ¿gustarle a la viejita que la juergueen los médicos? Yo no me dejo, ni aunque sea mi hijo; que papateodoro o de esos nicolases, ni que exploraciones, ni nada. Todos mis hijos nacieron de parto natural, pero con una partera. Yo sí me cuido mucho de todo eso, mire doñita, hace tiempo tenía una úlcera y me la curé con puro cuachalalá, y no me dejé tocar la panza siquiera. Mientras que mi marido quién sabe qué masajes se dejó dar cuando estaba enfermo de la próstata.

LA PACIENTE: Ay sí, a mí me da mucha pena pero ni modo, los médicos tienes, a veces, que ver a una, pues, hasta como Dios la echó al mundo. Ahorita con esa dolencia que tengo aquí, mire, por aquí y aquí en los riñones, ay, es un dolor que me pega y me sube por toda la espalda y a veces no puedo estar ni parada ni acostada ni de ningún modo.

LA MAMA: Igualito sentía yo, igualito. Y mire doñita; se me quitó rápido con unas jamaqueadas que me dio mi marido con cáscara de limón real, cocidas con fuerza del hombre y aceite quemado. A los tres días de que se están dando estas jamaqueadas, se orina en una jarrilla y se hierven los orines con hojitas de laurel, frescas las hojitas. Todo eso tiene que hacerse con la luna tierna. Luego los deja una noche que les dé el sereno, y al día siguiente, pa' dentro; se los toma. Esto se hace tres veces, cada vez que cambie la luna, y santo remedio.

LA PACIENTE: Ay, pero tomarse los orines...

LA MAMA: Qué tiene, son de una misma, qué asco le puede tener, además ni saben a nada.

LA PACIENTE: ¿Y las cáscaras de limón deben de estar frescas o secas?

LA MAMA: No, no, fresquitas, fresquitas, fresquitas.

LA PACIENTE: ¿Cuántos limones?

EL VENDEDOR: (Entra al consultorio) Buenos días, disculpe señorita ¿está el doctor... Gutiérrez, verdad?

LA ENFERMERA: Sí, está ocupado ¿gusta esperar? (Asiente con la cabeza y toma asiento.)

LA MAMA: (Que no ha dejado de escrutar al vendedor, dice a la paciente) Pues con unos veinte. ¡Ah! y si le pone grasa de certero es mejor porque así la manteca se agarra del pellejo. Que la sobe su marido o una mujer que tenga fuerza; allí donde tiene dolor, y duerma con una almohada debajo de la cintura. ¿Tiene marido?

LA PACIENTE: Sí.

LA MAMA: Bueno, pues mientras esté dentro de los días de la curación; tres para la jamaqueada, uno para orinar, otro para tomar la pócima y tres más de dieta duerma usted sola. ¿me entiende lo que le quiero decir?

LA PACIENTE: Ay, mi marido ya ni se acuerda de mí. Por eso ni se apure.

LA MAMA: Pues si lo quiere volver a tener es muy fácil: córtese las uñas y quémelas muy bien hasta que se hagan como un carboncito, eso muélelo muy bien con los dedos y échesele al café y de mí se va a acordar. Lo mejor, no hay otra cosa mejor, ni la famosa mostaza en granos que le echan a los zapatos del marido es tan bueno como eso. Cada quince días, más seguido hacen mal, cada quince días doñita y verá qué bien va a laborear.

LA PACIENTE: Ay, señora, muchas gracias, voy a seguir sus consejos. En cuanto haga la primera toma comienzo a darle las uñas a mi marido.

LA MAMA: Santo remedio, ya lo verá, santo remedio.

LA PACIENTE: (A LA ENFERMERA) Ay señorita, pues cancele mi cita con el doctor, voy a hacerle caso a la señora. (A la mamá) Muchas gracias señora ¿cuánto le debo?

LA MAMA: Ay mira nomás, no faltaba más que te fuera a cobrar. No m'hijita, no es nada.

LA PACIENTE: ¿Y dónde puedo comprar las cosas?

LA MAMA: De eso si no sé nada, porque de aquí no conozco más que la Villita y el Chapultepec mentado, y nomás, ay tú y la Catedral.

EL PACIENTE: Creo que en la Merced hay puestos en donde venden hierbas y oraciones.

LA MAMA: Eso sí m'hijita, no reces nada, ni una oracioncita porque yo ya me di cuenta de que eso no sirve para nada.

EL PACIENTE: Oiga señora, fíjese que yo, a veces, tengo torzones que casi se me saltan los ojos y nada.

LA MAMA: ¡Ay! y para que veas. Es cierto que las oraciones no sirven, pero hay un santo muy milagroso que se llama San Martín de Porres y que es muy bueno para esas cosas. Mira m'hijito, un día yo estuve muy mala de los torzones así como tú dices y tomé las cáscaras de plátano con una gotita de candelilla en té, y nada, y luego tomé las ciruelas hervidas con aguamansanas y nada, entonces desesperada agarré la estampita de San Martín y me la llevé al baño y allí me la pasé por el estómago, y por acá, y por allá, y ayúdame negrito, y ayúdame querido de tu madre, y mira, como si hubiera obrado el milagro; al momento pude y me alivié de inmediato. Me alivié, La Elocía como se cree en los santos desde que le mataron los policías a su marido, dijo que había sido por el té de nuez moscada con naranja fría que ella me había preparado en la mañana. Y mira, lástima que ya no tenga el santito ese, si no, lo mandaba pedir para regalártelo. Pero después supe que lo que es muy bueno para eso es la leche de chiva hervida con azúcar y limón.

EL PACIENTE: Oiga ¿y qué es bueno para la diabetes?

LA MAMA: El apomo m'hijito; no hay como las cáscaras de apomo. Se toma todos los días en ayunas. ¿Tú tienes diabetes?

EL PACIENTE: No, pero un tío mío, y se ha curado mucho... pero no se alivia.

LA MAMA: Pues dile eso, dile que tome la cáscara de apomo, que te lo dijo la mamá del doctor Gutiérrez.

LA PACIENTE: Ay señora cómo sabe cosas, debería de enseñarle todo eso a su hijo, porque mire: no hay como las curaciones con hierbas. Bueno, ya me voy. Señora no sabe cuánto le agradezco. (A LA ENFERMERA) Gracias señorita. (Sale)

EL PACIENTE: Pues yo lo que tengo es pinolillo y tos nochera. Ya me han recetado quién sabe cuántos jarabes pero no se me quita.

LA MAMA: ¿Fumas?

EL PACIENTE: Ya no.

LA MAMA: ¿Cuánto tiempo hace que dejaste de fumar?

EL PACIENTE: Ya va para los cuatro meses.

LA MAMA: Pues mira, todos las noches tómate un vaso de leche con seis o siete cucharadas de miel de enjambre. La leche tiene que estar casi hirviendo. Tómatela lo más caliente que puedas y a traguitos. Luego haces un merjurje de glicerina, azufre y alcohol y te lo untas por fuera en el buchi, santo remedio. En la mañana no te bañes, sino hasta la noche antes de la friega; ¡ah! ponle a la leche unas gotitas de limón.

El vendedor: Señorita, si el doctor va a tardar mucho me doy una vuelta más tarde.

LA ENFERMERA: No, no, ya no tarda nada. Usted sigue del señor. (Señala al paciente)

EL PACIENTE: No, no. Siempre no voy a ver al doctor, mejor voy a hacer la receta que me dio la señora. (A la mamá) No me ha dicho en que cantidades tengo que hacer el menjurje que me voy a untar. (Suena el teléfono)

LA ENFERMERA: (Contestando) Consultorio del doctor Gutiérrez.

LA MAMA: Mira, para tres sobrecitos de azufre son tres cucharadas soperas de...

LA ENFERMERA: (Al teléfono) Sí, cómo no, ahorita se la paso. Un momentito por favor. (A la mamá) Señora le hablan por teléfono.

LA MAMA: (Al paciente) Discúlpeme un momentito por favor. (Al teléfono) Bueno, sí, sí, como no, claro que ya sé quien es, si entonces lo que se te olvidó es la fuerza del hombre, el aceite quemado y grasa de carnero. De nada, de nada. Sí, sí, ¿y que tiene? Sí, ¿Cuántos años tiene? Ah, pues está muy chiquito para que le des el palo blanco en vino de ayale, no, no. Es que no te has de haber dicho la edad que tiene el niño. No, no, mira dale la tumbacasa cocida con mucha azúcar de la negrita eh, no le vayas a dar azúcar refinada porque no es buena para reme... Haces el cocimiento, no, no, los brancitos, arrancas bien las hojas porque amargan. Bueno, pues haces el cocimiento y lo dejas que le pegue el sol tres días y se lo comienzas a dar con una cucharadita de café, una antes y otra después de cada comida. Sí, qué bueno que estás apuntando. Sí, sí, pues eso sí que no sé, ¿tu mamá? no pues, tendría que verle. Sí, por mí sí; claro que la puedes traer al consultorio. Bueno, sí, mañana; tráela arropada con una cobija. Bueno dile que yo también la saludo y que ya mañana nos conoceremos personalmente. Andale, andale, no hay de qué, sí, sí, adiós. (Colgando. Al paciente) Bueno, pues miráramas bien todo eso y lo echas en un pomo y lo tapas. Cuando te lo vayas a poner sacas un poco y le echas un choitro de alcohol y te lo enjaras bien.

EL PACIENTE: Señora, pues muchas gracias, voy a seguir al pie de la letra sus consejos y le voy a decir a mi tío que comience a tomar las cáscaras de apomo. Gracias. (A LA ENFERMERA) Hasta luego señorita, gracias.

LA MAMA: Andale m'hijito, que te vaya muy bien. (Al vendedor) ¿Usted también viene a consultar?

EL VENDEDOR: No señora, soy representante de los laboratorios Esculapius de México, somos fabricantes de las mejores medicinas de patentes nacionales y extranjeras. Por cierto que estoy admirado con todo lo que usted sabe de remedios caseros; que dicen que son los mejores.

LA MAMA: Los mejores, sí señor. Soy hija de hierbas, y no me apena, a mi hijo el doctor... soy la mamá del doctor Gutiérrez, no le gusta que lo diga y mire usted, todo lo curan las hierbas, hasta la mala suerte.

El vendedor: Ahora hay medicinas excelentes; casualmente traigo aquí un gran descubrimiento. Ha aparecido una medicina que cura la artritis, se trata de la heptaciliurilina 317. Ha sido descubierta en un laboratorio de los Angeles, California, entró al mercado hace apenas dos meses y ya está en México.

LA MAMA: Pues mire usted, cómo andan de retrasaditos los gueros de plásticos, porque los indios de mi tierra desde cuándo que curan eso con ajo y flores de zempoalzáchil.

El vendedor: ¡Ah, eso debe ser! Con razón ahora todos los días llegan al laboratorio las carretadas de flores de esas, en los escritorios siempre hay un florero lleno y las secretarias están obligadas a llevar una flor en la cabeza.

LA MAMA: Ya lo ve, no hay nada nuevo bajo el sol. Y usted, en lugar de andar vendiendo esos venenos embotellados, debería de poner un puesto de hierbero por aquí cerca, para que yo le mande mis pacientes; así yo puedo venir todos los días al consultorio y no me enfado sola en la casa, todo el día trepada allá en el sexto piso sin saber qué hacer.

El vendedor: No creó que pueda hacer eso, porque yo no nací para jefe; siempre me lo dijo mi madre. Pero sí, ya no quiero seguir trabajando para los laboratorios, porque hay muchas sinvergüenzadas en eso de las medicinas. Y la verdad, la verdad ya me estaba hartando. A mí me gusta cambiar de trabajo seguido porque así aprendo muchas cosas. Nomás que en todas partes hay sinvergüenzadas, señora. (A LA ENFERMERA) Señorita, por favor no me anuncie con el doctor, gracias y buenos días. (Sale)

LA ENFERMERA: Ay, señora, pues a mí me da mucha pena, pero fíjese que tengo un fuerte dolor de cabeza desde hace días y no se me ha quitado con ningún analgésico. ¿Que podría tomar?

LA MAMA: Ay m'hijita, nada más fácil: se ponen dos garbanzos mojados de alcohol en los oídos y se da un masaje en la cabeza. Anda, ve a comprar los garbanzos y yo te doy el masaje.

La enfermera: Bueno, ahorita vengo. (Sale. Entra alguien que no habla)

LA MAMA: ¿Qué desea? ¿Viene a ver al doctor? (El tipo le hace señas de que no puede hablar.) ¡Ah! no puede hablar... (Le dice mientras trata de hacerle entender con las manos) Claro, no habla; pues mire, lo que seguramente tiene es una obstrucción en la garganta y eso se le puede quitar con cocimiento de pitayas, biznaga, raíz de cardón, y miel de caña: todo se pone a cocer a fuego lento, hasta que haya espesado muy bien, entonces toma usted...

(EL TELÓN se ha venido cerrando antes de que Prudencia del Socorro Márquez de Gutiérrez sepa que el sordomudo que acaba de llegar había salido de un evento de Armando Guerra y que no era riesgoso imaginar que lo había contratado la CIA para ir a leer a los laboratorios griegos.)

OSCAR LIERA

Dramaturgo mexicano nació en Culiacán, Sinaloa. En 1968 se trasladó a la ciudad de México donde inicia estudios de actuación en la Escuela Teatral de Bellas Artes. En la UNAM realiza estudios de licenciatura en letras hispánicas y maestría. En su ciudad natal presentó algunos espectáculos teatrales con textos ajenos, actividad que le sirvió de motivación para crear su primera obra: *María*. A partir de 1968 con lo ocurrido en Tlatelolco, consolida su actividad teatral.

Liera es considerado como un dramaturgo de una gran conciencia social. Su prolifera producción literaria se ha dividido en dos épocas, la primera que abarca de 1975 a 1979 y la segunda de 1979 a 1989. Entre otras obras podemos mencionar las más relevantes: *Cúcara y Mácara*, *El jinete*, *Las Ubarri* (1975) *Los caminos solos* (1982) *Las juramentaciones* está considerada como la mejor obra durante 1983.

La mañana del 24 de diciembre la ciudad está semidesierta. En la Alameda aparecen los foros de paisajes nevados, los renos de cartón, los Santaclozes con vientre de hulespuma. Los transeúntes que van por avenida Juárez y Madero avanzan en silencio o se detienen frente a los puestos de periódicos. Se escuchan comentarios desalentados y protestas cuando alguien lee un encabezado que anuncia: "Para enero más aumentos".

En el Zócalo, el sol invernal ilumina el manto tricolor de la bandera y arranca pálidos reflejos a los adornos con que pretende simularse el espíritu festivo de la Navidad. Frente al árbol y las velas gigantes desfilan, protegidos con muy pobres y desiguales ropas de abrigo, los vendedores de todo y nada: desde los que ofrecen una fayuca miserable hasta los que pregonan juguetes y chucherías inspiradas por esa forma del ingenio mexicano que es la necesidad. Los vendedores de lotería cantan la magia de los números, mientras una pareja de adolescentes levanta un cartel donde un Santa Ctos enflaquecido pide a gritos: "Moratoria a la deuda".

Los vendedores ambulantes se mezclan con los mendigos: hombres y mujeres que hasta hace poco eran obreros, trabajadoras domésticas, prestadores de servicios. Todos ellos son víctimas de los "reajustes" en el presupuesto del gobierno, del taller, de la fábrica, del comercio, de la oficina. Del salario mínimo, la caja de ahorros, la despensa, la ayuda para la renta, pasaron abruptamente al préstamo, el empeño, la súplica: "Señito, señito, algo para mi Navidad".

Año del desempleado

El desfile de menesterosos es infinito en el Zócalo donde Emmanuel recibirá el año nuevo 1987 con un concierto anunciado mediante inmensos carteles. La estrella archimillonaria de Televisa cantará precisamente en el sitio donde hace más de cincuenta años se reúnen los desempleados, los trabajadores que ofrecen sus habilidades y su experiencia al mejor postor. Ellos también darán la bienvenida a 1987, pero lo harán entonando en silencio el coro de la última esperanza escrito en sus letreros: "Electricista", "Pintura y resane", "Albañil de tabique", "Plomería y gas", "Yeso, tirol y pintura", "Especialista en azulejo".

Estos trabajadores se concentran a un costado del atrio de Catedral. Desde su observatorio lo miran todo: los grandes automóviles de los funcionarios que acuden presurosos a Palacio, los burócratas, los comerciantes, los que entran precipitadamente al templo o al Monte de Piedad, los que simplemente deambulan para huir de la pobreza y la soledad a que están condenados en habitaciones sombrías, rentadas a precio de oro en sótanos y azoteas.

La quietud y el silencio de los trabajadores se rompe en cuanto se aproxima algún posible cliente. "Andele, abuelo, allí están buscando un pintor. Póngase abusado". Todos se mantienen atentos al intercambio de frases entre el solicitante y el maestro pintor. Se escuchan cifras, detalles, regateos y luego la frase que se repite a lo largo de toda la mañana: "No quiso, no le atoró, que dizque porque se le hizo muy caro". Los hombres se ríen para protegerse del desencanto, intercambian bromas a fin de hacer menos tediosa la espera y al fin, amablemente, acceden a concentrarse en la esquina del atrio cuando me acerco a ellos para preguntarles cómo despedirán 1986 - Año del desempleado- y en qué forma recibirán 1987: "Pos fregados, ¿cómo quiere que vayamos a recibirle?"

Nadie nos ayuda

El primero que accede a conversar conmigo es don Delfino Juárez Ramírez, albañil especializado en yeso y resanes. Los ojos oscurísimos, de una intensidad abrumadora, denotan gran inteligencia. En los labios muy delgados se dibuja siempre una sonrisa que expresa ironía, sarcasmo y a veces desencanto.

-No esperaba encontrarlos aquí hoy, 24 de diciembre, día en que casi todos los capitalinos están de vacaciones.
-Estamos aquí porque tenemos necesidad de trabajar. ¿Qué se le hace? Mañana mismo, 25 de diciembre, puede que sigamos aquí. ¿Qué nos queda? Tenemos necesidad.
-¿Cuánto tiempo lleva de ofrecer sus servicios?

-Como usted sabe, esto de que vengamos aquí a ofrecer nuestro trabajo es tradición, de muchos años. Yo fui casi de los primeros en llegar pero hay otros que aparecieron antes de 1945, fecha en que yo comencé a venir. Entonces era presidente el general Avila Camacho.

-¿Dónde se ubicaban entonces?

-Al principio nos permitían quedarnos enfrente de Palacio, luego nos ordenaron pasar al lado de Seminario y hará como un año que nos situaron aquí, frente al Monte de Piedad.

-¿Es usted capitalino?

-No. Nací en Puebla. Allá fui lo mismo que acá, artesano. Yo digo que soy artesano porque eso de "soy albañil" se oye muy feo. En mis papeles, sean de lo que fueren, donde piden que especifique mi ocupación pongo siempre la palabra "artesano".

-¿Pero usted es maestro albañil?

-Sí, pero no me gusta ponerme albañil porque entonces la gente dice: "Ah, éste es un pinche macuarro cabrón". Y es que sabemos que cuando la gente nos quiere criticar nos dice "macuarros".

-¿Qué significa exactamente esa palabra?

-Albañil de tercera, y eso pos tampoco.

-¿Por qué salió de Puebla?

-Por la paga. Hay trabajo pero le pagan a uno muy poco dinero, muy barato. Yo me vine para acá con la esperanza de ganar un poquito más. Imagínese que allá por pintar un metro cuadrado me pagaban veinticinco centavos. En cambio acá, tres pesitos por lo menos.

-¿A cómo le están pagando ahora el metro cuadrado de pintura?

-Cuatrocientos, quinientos pesos... depende.

-Éste es un buen sitio para ofrecer sus servicios no sólo porque transita mucha gente, sino porque están junto a Catedral y a Palacio.

-¿Y con eso, qué ganamos? Aquí nadie nos ofrece ayuda: ni los curas ni los políticos. Nosotros nos rascamos con nuestras propias uñas.

El peso se hizo chiquito

-¿Ha trabajado en alguna empresa?

-Sí, cómo no. He trabajado por temporadas para la ICA. Vamos allá y si hay trabajo nos dan. También me han contratado en Ladisa.

-¿Cuánto le pagan las constructoras?

-Unos quince mil pesos por semana. ¡Aquí, cuando hay suerte, podemos sacar hasta tres mil diarios!

-¿Quiénes solicitan sus servicios?

-Personas de todas clases sociales: tanto el pobre, que quiere darle una resanadita a su cuarto o a su casa, como el rico que desea componer su residencia.

-¿Quiénes regatean más?

-¿Cómo que quién? Pos los ricos. Los pobres no regatean. Los ricos sí, porque les sobra el dinero y por eso les da lástima pagar. Un pobre, en cambio, nunca pone pretextos. Todo lo acepta y no anda con que "ay, ¿por qué tanto?, ¿por qué tan caro?" Pero esto no es raro sino ley de la vida. Si un pobre le pide limosna a un rico le dará, si acaso, veinte centavos. El pobre, en cambio, le dará cincuenta, cien pesos porque comprende lo que es la necesidad.

-No hace mucho que con cien pesos podíamos comprar tortillas, pan, huevos.

-Uy, ahora, ¡dónde! Cada día cuesta más trabajo ganar el dinero y cada vez se nos hace más chiquito. Mil pesos de hoy son como veinte centavos de antes. Pero como quiera que sea, el trabajo siempre vale.

Esconder nuestra pobreza

-¿Qué le ha parecido 1986?

-El peor año de todos. Estamos muy amolados, hay mucha crisis y para colmo no está buena la chamba. Todo vale mucho dinero: el pan, las tortillas, de modo que ya ni eso podemos probar. Pero eso no lo entienden los poderosos, los políticos, que no se apiadan de la gente. Ni nos ven, con eso le digo todo.

-Ellos, al ir a Palacio, tienen que verlos aquí, batallando, sufriendo para conseguir trabajo.

-Los políticos, sólo nos miran cuando va a llegar alguna visita importante, un presidente de otro país. Entonces vienen

y nos retiran de aquí para que no se mire feo el paisaje, para esconder nuestra pobreza. No nos persiguen, ciertamente, y sólo dos días al año estamos en la obligación de dejar libre este sitio: el 20 de noviembre y el primero de mayo.

-¿Desde qué horas llegan aquí?

-Desde las siete de la mañana y nos vamos hasta que de plano ya no hay esperanzas de que llegue clientela. Después del medio día es muy difícil que nos caiga trabajo...

-Pero aun cuando haya días en que nadie lo contrate, usted tiene gatos: transporte, comida, ropa...

-Para llegar aquí gasto veinte pesos por viaje. Al día son cuatro o cinco. Y en la comida lo menos que se me van son ciento cincuenta pesos, lo que vale un taco. Ya si quiero comer algo mejorcito en algún restorán, tengo que pagar dos mil; pero ¿de dónde voy a sacarlos? Cuando bien nos va, ganamos tres mil al día; ni modo de gastarme más de la mitad en comer... Hoy en día, trabajando casi no se gana. Los pobres apenas vamos saliendo, vamos saliendo.

-¿Cómo cree que sea ahora la vida de los ricos?

-¿Pos cómo? Buena, se la pasan unos haciendo sus negocios y otros robando. Al gobierno no le importa nada de esto, ni piensa en ayudarnos de ninguna manera. En estos momentos era para que se pusieran comedores públicos para la gente más pobre, todavía más pobre que nosotros, la que ya de plano no puede comprar sus alimentos en ninguna tienda porque en todas se vende carísimo.

-Pero existen los almacenes de la Conasupo.

-Sí, son muy buenos para el que tenga dinero para comprar. Quien no tiene, ¿qué beneficio saca con esas tiendas? Ninguno.

Cómo viven los pobres

Don Roberto Pantoja, que ha escuchado nuestra conversación, se aproxima y pide intervenir:

-Y esas tiendas tampoco las hay en todas partes. Mire, yo vivo en la colonia Central Michoacana y no hay una sola tienda Conasupo.

-Tengo entendido que las instalan cuando hay un mínimo de población.

-En la colonia donde está mi casa vivimos unas quinientas familias. Échele cuentas. ¿No valdrá la pena tener una Conasupo allá? Pero para qué le cuento que tampoco hay un centro médico, ni casetas de teléfono, ni un puente peatonal para que atravesemos la avenida Central. A cada rato hay atropellados que muchas veces pasan a ser muertitos precisamente porque no hay un teléfono de donde llamar a las cruces... No sabe lo que es vivir allí, sobre todo para los niños, para los ancianos.

Las mujeres también sufren: salen a las cuatro y media, a las cinco de la mañana, a buscar su leche y no es raro que alguna aparezca atropellada, en la avenida Central, con sus cartones de leche todos regados por el suelo.

-Don Roberto, usted también ofrece sus servicios de albañil.

-Los ofrezco, pero ¿qué me gano con eso? Casi no hay trabajo. Una de las causas es lo mucho que han subido los materiales de construcción.

-Se supone que a raíz del temblor se instalaron los famosos "parques de material" donde se encuentra todo más barato.

-La verdad, no los he visto. Si usted sabe de alguno en donde el millar de tabique cueste menos de veinte mil pesos, no deje de avisarme... Y déjese de que todo esté caro: casi lo peor es que no hay orden en los precios. En una misma cuadra puede haber dos expendios en que la tonelada de cal tenga una diferencia de precio de trescientos pesos. No hay control ni en esto ni en la calidad. Vea nada más la varilla: no está bien reforzada... Eso lo saben muy bien las autoridades que luego se hacen las asombradas porque se nos caen las casas. La pintura viene floja, el cemento no agarra...

-¿Cuánto tiempo más pasará hoy aquí, esperando que caiga algún cliente?

-No, yo ya me voy. Quiero llegar a mi casa para que mi señora haga un ponchecito con este puño de jamaica y estas uvitas que compré. Mire, en esta cosa de nada se me fueron mil pesos.

-¿En su colonia hicieron alguna posada?

-¿Con qué? No alcanza el dinero para comer, menos para comprar una piñata a la que hay que meterle cinco, diez, quince mil pesos de fruta cuando menos.

El lujo de los frijoles

-Por lo tanto, esta noche no llegará a su casa Santa Clos.

-Por principio de cuentas déjeme decirle que Santa Clos no es más que un agente de ventas, el mejor aliado de las casas comerciales. Si algo voy a darles a mis hijos esta noche será alguna cosa de cenar. Que se conformen con que sean frijoles calentitos cuando mucho. Y fijese lo que son las cosas, si uno se pone a pensar se da cuenta que aun un platillo tan pobre es ya un privilegio en estos tiempos. ¿Usted sabe la cantidad de gente que no tendrá nada para comer esta noche? Si el gobierno hubiera pensado en eso, si realmente le importara el pueblo, habría instalado unos comedores públicos en sitios estratégicos, en las colonias más marginadas, en las cercanías de terminales y estaciones adonde llega tanta gente de la provincia con la esperanza de ganar unos centavos. Algunos de esos hombres y mujeres recién llegados tal vez vengan aquí a buscar trabajo. Quién sabe.

-¿Y aquí puede ofrecer su trabajo toda persona que lo desee?

-Pues sí, siempre y cuando demuestre que conoce el oficio y que es honrada. Porque desgraciadamente, justificados en la crisis y lo que usted quiera, no falta algún tipo que se cuele aquí, lo contraten, robe en el domicilio o en la empresa donde lo ocupan, y se amuela porque ya no vuelve a aparecerse aquí, pero también nos perjudica porque luego mucha gente dice: "Los que se ponene a un costado de Catedral son malos trabajadores, son ladrones". Y francamente, no está bien que paguen justos por pecadores.

El auge de la crisis

-¿Cómo se identifican ustedes?

-Con las credenciales que nos dio la Delegación Cuauhtémoc. Así que las personas que nos contratan, pues ya saben que pueden pedirnos identificación.

-Don Augusto, ¿cuántas horas pasa usted aquí diariamente?

-Llego a las siete y me voy, igual que mis compañeros, cuando ya no hay esperanzas.

-¿Lee mientras tanto?

-Pues sí: *El Estío, La Prensa*. Lo tomamos como una distracción, aunque es difícil distraerse leyendo las crisis de la ciudad, las noticias de las devaluaciones, las alzas, los crímenes. Fijese, en todo eso habían de pensar las autoridades cuando comienzan con que quieren quitarnos de aquí, que porque obstruimos el paso, que porque afeamos la plaza. Puede ser, pero ¿no sería peor que anduviéramos armados, tratando de robar el dinero que aquí ganamos honradamente, gracias a que tenemos un oficio? Yo digo que sí, ¿no piensa usted igual?

-Y usted que lee el periódico, ¿cómo ve la crisis?

-Es lo único que va en auge en el país.

-Se dijo que a los trabajadores de la construcción los había beneficiado el trabajo reconstructor que se inició después del terremoto. ¿Es verdad?

-En parte sí, proque hemos trabajado con las constructoras pero la verdad es que a quienes benefició el terremoto fue a los contratistas y no a nosotros.

-De modo que ha trabajado usted en las constructoras.

-Estuve trabajando en el Departamento de Supervisión de Integración de Proyectos y Construcciones (IPC), que controlaba a los contratistas para que empezaran buenos materiales. Allí trabajé de ayudante pero no me gustó porque le pagaban a uno muy poco y le exigían mucho. Por setenta y cinco mil pesos mensuales querían que trabajáramos hasta tiempo extra. Los sábados se suponía que terminábamos nuestro horario a la una de la tarde, pero la verdad es que nos obligaban a fletarnos hasta las nueve de la noche.

La peor Navidad en México

-¿Y cómo ha visto el mes de diciembre?

-Apagado, tristón...

-Sin embargo, ha habido festejos populares y, pese a la crisis, se pusieron adornos y foquitos de colores.

-Pues sí: hay focos, adornos, piñatas. Todo eso seguramente costó mucho dinero -tanto o más que los adornos gigantes que están aquí enfrente, en el Zócalo-. Yo pienso que, según como están las cosas, ese dinero debieron usarlo en comprar cobijas, zapatos, suéteres para los niños que viven en colonias marginadas. Eso los hubiera hecho más felices que estos adornos, de los que a lo mejor no han podido disfrutar. Mire, si en estos momentos el PRI mandará hacer unas cobijas con el emblema del partido para repartirlas ente los pobres, yo creo que todos las hubiéramos recibido con gusto. Yo, por

no menos sí me cobijaría a gusto con ella.

-¿Y por qué menciona usted precisamente al PRI? Hay otros partidos.

-Se lo puse de ejemplo proque es el que más se ve, es decir, el que más gasta en propaganda. Caray, si en vez de hacer carteles y volantes y cosas de ésas, empacaran comida y prendas de abrigo, ahorita sí que ganaban votos a pasto... Pero el PRI ni ningún partido nos ayuda. Ahora, la verdad, ¿cuándo lo han hecho?

La política del desperdicio

Alto, corpulento, el rostro sombreado por la visera de su cachucha, José Manuel Ríos Ruvira pide la palabra:

-Ah, cómo no. Sí lo han hecho. Yo me acuerdo que hace como nueve años llegaban unos camiones por allá, por una colonia, para regalarnos leche, arroz, pan.

-¿Quién les hacía ese obsequio?

-Me imagino que la delegación, pero ahora nada... ni siquiera adornos navideños. Por cierto, en vez de que me dé gusto ver los que hay por allí, me da tristeza porque pienso que al ratito estarán en la basura sin que hayan beneficiado a nadie, ni a los que los vimos porque la verdad están bien chafas. Pero esto no es raro porque aquí se sigue siempre la política del desperdicio. Mire por ejemplo ese cartel -"Alegría decembrina en la ciudad. Gran posada en el Zócalo los días 20 y 21 a las 18 horas"-, al ratito lo retiran y lo botan. ¿Usted cree que nos hizo muy dichosos eso de ver que existe la "alegría decembrina"? No. Más dichosos nos hubiéramos sentido si ese dinero lo hubieran empleado para traernos algo de tortilla, de pan... Y volviendo al tema del desperdicio: ¿usted sabe que hay comerciantes que prefieren tirar sus mercancías antes de ponerlas más baratas? Y como eso está todo. Le pongo por ejemplo el adoquín donde estamos parados. Ya lo van a cambiar, y eso que hace poquito que lo pusieron nuevo.

-¿Y para qué lo cambian?

-Quién sabe. Puede que para dar trabajo.

-¿A ustedes, por ejemplo?

-Uh, bueno fuera... No, a nosotros esas obras nunca nos benefician porque el DDF tiene a sus trabajadores. Deveras que cae mal hablar de todas estas cosas ahora, en plena Navidad... quizá la peor de cuantas hemos vivido.

Irás y no volverás

-¿Usted siempre ha trabajado como maestro albañil?

-Una temporada. Por lo mismo que aquí no había trabajo nos pasamos al norte. Sin papele... Cruzamos la alambra por Baja California. Nos fue tan mal que ya no me quedaron ganas de volver. Fue horrible andar todo el tiempo escondiéndose de la migra. También fue inútil porque al fin nos agarraron y nos metieron a la cárcel tres meses. Allí nos pusieron a trabajar a cambio de un dólar con cincuenta diarios. Dios Santo, si usted supiera cuánto sufrí.

-¿Cuál era la mayor causa de su padecimiento?

-La nostalgia de la tierra y la imposibilidad de comunicarme con otras personas porque yo no habio nada de inglés... Y lo peor de todo fue que al final, después de tantas desdichas y problemas, regresamos a la tierra más pobres y con la cola entre las patas... Y a comenzar de nuevo, desde cero, proque no había de otra. Puede hacerlo porque entonces yo era soltero: sin mujer y sin hijos, pude agarrar trabajos aunque no me dieran mucho dinero. Hoy es distinto: tengo familia y aquí la cosa está cada vez más fea.

-En estas condiciones, ¿volvería usted a los Estados Unidos?

-Nunca, jamás de los jamases. Yo soy de Zacatecas, el estado que casi manda más gente al norte. Yo creo que se debe a que la tierra por allá es muy árida.

-¿Sería una solución para usted regresar a su tierra?

-Si hubiera oportunidad, sí; pero no hay. Fijese, yo nací en Villanueva -el sitio de donde es también Antonio Aguilar- y me crié en la Hacienda del Tigre. Pude trabajar allí porque en la región contábamos con tres pozos muy buenos. Pero de repente llegó la Secretaría de Recursos Hidráulicos porque se le ocurrió poner arriba del cerro un tanque muy grande, subir el agua desde los pozos y repartirla en los ranchos. Pero sucede que abrieron una zanja, un pozo muy grande y con eso lo único que ganaron fue que el agua se colara para abajo y jamás volvimos a beneficiarnos con aquellos pozos... Así que mejor me quedo en la capital, donde hay chance de tener trabajo, aunque sea poco...

-¿Gana para ir viviendo?

-Digamos que prefiero sufrir pobreza en mi tierra que en los Estados Unidos proque aquí, aunque sea comiendo

frijoles, estoy junto a mi familia.

Sesenta años en el Zócalo

Cuando pregunto quién de los aquí reunidos es el que llegó primero al Zócalo, todos se vuelven hacia un anciano de sonrisa encantadora: don Guadalupe Torres, que nació en la Hacienda de La Ventana, Celaya, en 1904.

-Yo comencé a venir aquí desde el año 1935, cuando el Zócalo tenía piedras y árboles. Lo atravesaban un tren eléctrico y muchos, muchos vendedores de todo.

-¿En qué sitio ofrecía usted su trabajo?

-Por el lado de Seminario, junto con otros hombres. Muchos, haga de cuenta como ahora.

-¿Siempre ha sido usted maestro albañil?

-No. De chamaco andaba cuidando chivas; después trabajé en el campo, con la yunta. Tuve padre y madre, pero luego fui solito porque también mi único hermano se murió.

-¿A qué edad quedó huérfano?

-A los cinco años. En ese momento me fui a vivir con unos tíos y comencé a trabajar en todo lo que le he contado como desde los ocho años. Así que no fui a la escuela: no sé leer ni escribir.

-Pero se acuerda muy bien de que vino en 1925 a la ciudad de México. ¿Por qué?

-Porque vine siguiendo a mis tíos, en busca de trabajo. Llegué a vivir a la calle de Ramón Guzmán donde había un edificio, que era la señal para no perderme, que en la parte de arriba tenía unos números muy grandes. Precisamente "1925".

-¿Cuál fue su primer empleo aquí?

-Ayudante de albañil, oficio que me enseñó mi maestro Vicente Gutiérrez, que ya murió. Juntos salíamos a buscar trabajo; duré mucho tiempo con él; dieciocho años. En esa temporada yo me hice viejo y él murió.

-Al verse solo, ¿en qué se ocupó?

-No podía ocuparme en otra cosa que no fuera la albañilería. Busqué chambas por mi cuenta pero como no encontraba vine a dar aquí; hallé, y por eso no me muevo nunca de este sitio.

-¿Ni siquiera para ir de visita a su tierra?

-Volví mientras tuve para pagarme el pasaje: ocho pesos en tren. Después, cuando el boleto se puso tan caro, ya no regresé y hasta la fecha jamás he vuelto. Además, ¿para qué voy allá? Ya se murió toda mi familia y de los rumbos no extraño nada. Aquí estoy bien aclimatado, contento, aunque gane poquito dinero.

Para llegar al mar

-¿Conoce la ciudad?

-No, casi nada. He ido nomás a San Angel y a La Villa. Eso sí lo conozco aunque, según me dicen, todo eso ha cambiado tanto que a lo mejor si vuelvo ya no conozca nada.

-¿Y le gustaría visitar otros estados?

-Pues sí, pero no tengo dinero y trabajando parece que no voy a juntar gran capital.

-¿No cree en la suerte?

-¿Cuál suerte?

-En la lotería, por ejemplo.

-Ah, sí. Pero dígame: ¿con qué compro un cachito? Ahora, hasta eso ya nomás es para los ricos.

-Don Guadalupe, vamos a imaginar que compramos un cachito de billete y que se saca usted un premio. ¿Qué haría con ese dinero?

-Irme a Acapulco porque a mis 84 años de edad no conozco ni el mar, ni los pescaditos azules... Sí, si tuviera dinero eso haría: viajar hasta el mar.

Que el gobierno apoye al pueblo

Don Delfino Juárez escucha muy atento las respuestas de don Guadalupe y después se vuelve hacia el Zócalo. Le pregunto:

-¿Le gusta mirar la bandera, don Delfino?

-Sí, como no. Mucho. Me emociona ver la ceremonia que realizan los soldados para subirla y bajarla todos los días.

-¿Qué significa para usted la bandera?

-El símbolo de la patria, del territorio, del país al que quiero y al que defendería en caso de emergencia aun cuando

a veces el país no me defienda a mí. La bandera es un símbolo con el que Miguel Hidalgo ganó nuestra libertad.

-Oírlo hablar me llena de esperanza, de alegría. ¿Hay algún recuerdo que lo asalte ahora y lo entusiasme?

Ver datos biográficos en la página 188

Conversación

EDUARDO MALLEA

El no contestó, entraron en el bar. El pidió un whisky con agua; ella pidió un whisky con agua. El la miró; ella tenía un gorro de terciopelo negro apretándole la pequeña cabeza; sus ojos se abrían, oscuros, en una zona azul; ella se fijó en la corbata de él, roja, con las pintas blancas sucias, con el nudo mal hecho. Por el ventanal se veía el frente de una tintorería; al lado de la puerta de la tintorería jugaba un niño; la acera mostraba una gran boca por la que, inconcebible nacimiento, surgía el grueso tronco de un castaño; la calle era muy ancha. El mozo vino con la botella y dos vasos grandes y hielo: "Cigarrillos-le dijo él-Máspero"; el mozo recibió la orden sin mover la cabeza, pasó la servilleta por la superficie manchada de la mesa, donde colocó después los vasos; en el salón casi todas las mesas estaban vacías; detrás de una kentia gigantesca escribía el patrón en las hojas de un bibliorato; en una mesa del extremo rincón hablaban dos hombres, las cabezas descubiertas, uno con bigote recortado y grueso, el otro rasurado, repugnante, calvo y amarillento; no se oía, en el salón, el vuelo de una mosca; el m's joven de los dos hombres del extremo rincón hablaba precipitadamente, haciendo pausas bruscas; el patrón levantaba los ojos y lo miraba, escuchando ese hablar rudo e irregular, luego volvía a hundirse en los números; eran las siete.

El le sirvió whisky, cerca de dos centímetros, y luego le sirvió un poco de hielo, y agua; luego se sirvió a sí mismo y probó en seguida un trago corto y energético; prendió un cigarrillo y el cigarrillo le quedó colgando de un ángulo de la boca y tuvo que cerrar los ojos contra el humo, mirándola; ella tenía su vista fija en la criatura que jugaba junto a la tintorería; las letras de la tintorería eran plateadas y la T, que había sido una mayúscula pretenciosas, tenía sus dos extremos quebrados y en lugar del adorno quedaban dos manchas más claras que el fondo homogéneo de la tabla sobre la que muchos años habían acumulado su hollín; él tenía una voz autoritaria, viril, seca.

-Ya no te pones el traje blanco- dijo.

-No- dijo ella.

-Te queda mejor que eso- dijo él.

-Seguramente-

-Mucho mejor.

-Sí.

-Te has vuelto descuidada. Realmente te has vuelto descuidada.

Ella miró el rostro del hombre, las dos arrugas que caían a pico sobre el ángulo de la boca pálida y fuerte; vio la corbata, desprolijamente hecha, las manchas que la cubrían en diagonal, como salpicaduras.

-Sí- dijo él.

-¿Quieres hacerte ropa?

-Más adelante- dijo ella.

-El eterno "más adelante"- dijo él-. Ya ni siquiera vivimos. No vivimos el momento que pasa. Todo es "más adelante";.

Ella no dijo nada; el sabor del whisky era agradable, fresco y con cierto amargor apenas sensible; el salón servía de refugio a la huida final de la tarde; entró un hombre vestido con un traje de brin blanco y una camisa oscura y un pañuelo de puntas marrones saliéndole por el bolsillo del saco; miró a su alrededor y fue a sentarse al lado del mostrador y el patrón.

levantó los ojos y lo miró y el mozo vino y pasó la servilleta sobre la mesa y escuchó lo que el hombre pedía y luego lo repitió en voz alta; el hombre de la mesa lejana que oía al que hablaba volublemente volvió unos ojos lentos y pesados hacia el cliente que acababa de entrar; un gato soñoliento estaba tendido sobre la trunca balastrada de roble negro que separaba dos sectores del salón, a partir de la vidriera donde se leía, al revés, la inscripción: "Café de la Legalidad"; ella pensó: ¿Por qué se llamará Café de la Legalidad? Una vez había visto, en el puerto, una barca que se llamaba *Casualidad*; ¿qué quería decir *Casualidad*, por qué había pensado el patrón en la palabra *Casualidad*, qué podía saber de *Casualidad* un navegante gris a menos de ser un hombre de ciertas lecturas venido a menos?; tal vez tuviera que ver con ese mismo desastre la palabra *Casualidad*; o sencillamente habría querido poner *Casualidad* -es decir, podía ser lo contrario, esa palabra, puesta allí por ignorancia o por asomo de conocimiento-; junto a la tintorería, las puertas ya cerradas pero los escaparates mostrando el acumulamiento ordenado de carátulas grises, blancas, amarillas, con cabezas de intelectuales fotográficos y avisos escritos en grandes letras.

-Este no es un buen whisky- dijo él.

-¿No es? preguntó ella.

-Tiene un gusto raro.

Ella no le tomaba ningún gusto raro; verdad que había tomado whisky tan pocas veces; él tampoco tomaba mucho; algunas veces, al volver a casa cansado, cinco dedos, antes de comer; otros alcoholes tomaba con preferencia, pero nunca solo sino con amigos, al mediodía; pero no se podía deber a eso, tan pocas cosas, aquel color verdoso que le bajaba de la frente, por la cara ósea, magra, hasta el mentón; no era un color enfermizo, pero tampoco eso puede indicar salud; ninguno de los remedios habituales había podido transformar el tono mate que tendía algunas veces hacia lo ligeramente cárdeno.

Le preguntó él:

-¿Qué me miras?

-Nada- dijo ella.

-Al fin, ¿vamos a ir o no, mañana, a lo de Leites?...

-Sí- dijo ella-, por supuesto, si quieres. ¿No les hemos dicho que vamos a ir?

-No tiene nada que ver- dijo él.

-Ya sé que no tiene nada que ver, pero en caso de no ir habría que avisar ya.

-Está bien. Iremos.

Hubo una pausa.

-¿Por qué dices, así, que iremos?- preguntó ella.

-¿Cómo "así"?

-Sí, con un aire resignado. Como si no te gustara ir.

-No es de las cosas que más me entusiasman, ir.

Hubo una pausa.

-Sí, siempre dices eso. Y sin embargo, cuando estás allí...

-Cuando estoy allí, ¿qué? dijo él.

-Cuando estás allí parece que te gustara, y que te gustara de un modo especial...

-No entiendo- dijo él.

-Que te gustara de un modo especial. Que la conversación con Ema te fuera una especie de respiración, algo refrescante, porque cambias...

-No seas tonta.

-Cambias- dijo ella-. Creo que cambias. O no sé. En cambio, no lo niegues, por verlo a él no darías un paso.

-Es un hombre insignificante y gris, pero al que debo cosas- dijo él.

-Sí. En cambio, no sé, me parece que dos palabras de Ema te levantarán, te hicieran bien.

-No seas tonta- dijo él-¿ También me aburre.

-¿Por qué pretender que te aburre? ¿Por qué decir lo contrario de lo que realmente es?

-No tengo por qué decir lo contrario de lo que realmente es. Eres terca. Me aburre Leites y me aburre Ema, y me aburre todo lo que los rodea y las cosas que tocan.

-Te fastidia todo lo que los rodea. Pero por otra cosa- dijo ella.

-¿Por qué otra cosa?

-Porque no puedes soportar la idea de esa cosa grotesca que es Ema unida a un hombre tan inferior, tan trivial.

-Pero es absurdo lo que dices. ¿Qué se te ha metido en la cabeza? Cada cual crea relaciones en la medida de su propia exigencia. Si Ema vive con Leites no será por una imposición divina, por una ley fatal, sino tranquilamente porque no ve más allá de él.

-Te es difícil concebir que no vea más allá de él.

-Por Dios; no seas ridícula.

Hubo otra pausa. El hombre del traje blanco salió del bar...

-No soy ridícula- dijo ella.

Habría querido agregar algo más, decir algo más significativo que echara una luz sobre todas esas frases vagas que cambiaban, pero no dijo nada; volvió a mirar las letras de la palabra Tintorería; el patrón llamó al mozo y le dio una orden en voz baja, y el mozo fue y habló con uno de los dos clients que ocupaban la mesa extrema del salón; ella sorbió la última gota del aguradiante ámbar.

- En el fondo, Ema es una mujer bastante conforme con su suerte -dijo él.

Ella no contestó nada.

- Una mujer fría de corazón -dijo él.

Ella no contestó nada.

-¿No crees? -dijo él.

-Tal vez -dijo ella.

- Y a ti, a veces, te da por decir cosas tan absolutamente fantásticas.

Ella no dijo nada.

-¿Qué crees que me pueda interesar en Emma? ¿Qué es lo que crees?

-Pero, ¿para qué volver sobre lo mismo? -dijo ella-. Es una cosa que he dicho al pasar. Sencillamente al pasar.

Los dos permanecieron callados; él la miraba, ella miraba hacia afuera, la calle que iba llenándose, muy lentamente, muy lentamente, de oscuridad, la calle donde la noche entraba en turno; el pavimento que, de blanco, estaba ya gris, que iba a estar pronto negro, con cierto reflejo azul mar brillando sobre su superficie; pasaban automóviles, raudos, alguno que otro ómnibus, cargado; de pronto se oía una campanilla extraña; ¿de dónde era esa campanilla?; la voz de un chico se oyó lejana, voceando los diarios de la tarde, la quinta edición, que aparecía; el hombre pidió otro whisky para él; ella no tomaba nunca más de una pequeña porción; el mozo volvió la espalda a la mesa y gritó el pedido con la misma voz estentórea y enfática con que había hecho los otros pedidos y con que se dan el gusto de ser autoritarios estos subordinados de un patrón tiránico; el hombre golpeó la vidriera y el chico que pasaba corriendo con la carga de diarios oliendo a tinta entró en el salón, y el hombre comió un diario y lo desplegó y se puso a leer los títulos; ella se fijó en dos o tres fotografías que había en la página postrera: una joven de la aristocracia que se casaba y un fabricante de automóviles británicos que acababa de llegar a la Argentina en gira comercial; el gato se había levantado sobre la balastrada y jugaba con la pata en un tiesto de flores, moviendo los tallos de las flores viejas y escuálidas; ella preguntó al hombre si había alguna novedad importante y el hombre vaciló antes de contestar, y después dijo:

-La eterna cosa. No se entienden los rusos con los alemanes. No se entienden los alemanes con los franceses. No

se entienden los franceses con los ingleses. Nadie se entiende. Tampoco se entiende nada. Todo parece que de un momento a otro se va a ir al diablo. O que las cosas van a durar así: todo el mundo sin entenderse, y el planeta andando.

El hombre movió el periódico hacia uno de los flancos, llenó la copa con un poco de whisky y después le echó un terrón de hielo y después agua.

-Es mejor no revolverlo. Los que saben tomarlo dicen que es mejor no revolverlo.

-¿Habrá guerra, crees? -le preguntó ella.

-¿Quién puede decir sí, quién puede decir no? Ni ellos mismos, yo creo. Ni ellos mismos.

-Duraría dos semanas la guerra, con todos esos inventos...

La otra también; la otra también dijeron que iba a durar dos semanas.

-Era distinto.

-Era lo mismo. Siempre es lo mismo. ¿Detendrían al hombre unos gramos más de sangre, unos millares más de sacrificados? Es como la plata del avaro. Nada sacia el amor de la plata por la plata. Ninguna cantidad de odio saciará el odio del hombre por el hombre.

Nadie tiene ganas de ser masacrado -dijo ella-

eso es más fuerte que todos los odios.

-¿Qué? -dijo él. Una ceguera general todo lo nubla. En la guerra, la atroz plenitud de matar es más grande que el pavor de morir.

Ella calló; pensó en aquello; iba a contestar, pero no dijo nada; pensó que no valía la pena. Una joven de cabeza canosa, envuelta en un guardapolvo gris, había salido a la acera de enfrente y con ayuda de un hierro largo bajaba las cortinas metálicas de la tintorería, que caían con seco estrépito. La luz eléctrica era muy débil en la calle y el tráfico se había hecho ahora raro, pero seguía pasando gente con intermitencias.

-Me das rabia cada vez que tocas el asunto de Ema -dijo él.

Ella no dijo nada. El tenía ganas de seguir hablando.

-Las mujeres debían callarse a veces -dijo.

Ella no dijo nada; el hombre rasurado, de piel amarillenta, se despidió de su amigo y caminó por entre las mesas y salió del bar; el propietario levantó los ojos hacia él y luego los volvió a bajar.

-¿Quieres ir a alguna parte a comer? -preguntó él, con agriedad.

-No sé -dijo ella-, como quieras.

Cuando hubo pasado un momento, ella dijo:

-Si uno pudiera dar a su vida un fin.

Seguía él callado.

Estuvieron allí un rato más y luego salieron; echaron a andar por esas calles donde rodaban la soledad, la pobreza y el templado aire nocturno; parecía haberse establecido entre los dos una atmósfera, una temperatura que no tenía nada que ver con el clima de la calle; caminaron unas pocas cuadras, hasta el barrio céntrico ardían los arcos galvánicos, y entraron al restaurante.

¡Qué risas, estrépito, hablar de gentes! Sostenía la orquesta de diez hombres su extraño ritmo; comieron en silencio; de vez en cuando cruzaba entre los dos una pregunta, una réplica; no pidieron nada después del pavo frío; más que la fruta, el café; la orquesta sólo se imponía pequeñas pausas.

Cuando salieron, cuando los recibió nuevamente el aire nocturno, la ciudad, caminaron un poco a la deriva entre las luces de los cinematógrafos. El estaba distraído, exacerbado, y ella miraba los carteles rosa y amarillo; habría deseado decir muchas cosas, pero no valía la pena; callaba.

-Volvamos a casa -dijo él-. No hay ninguna parte a dónde ir.

-Volvamos -dijo ella-. ¿Qué otra cosa podríamos hacer?

EDUARDO MALLEA

(1903-1982) Argentino. Nació en Bahía Blanca. Sus estudios de Derecho los abandonó para dedicarse a la literatura. Fundó revistas, publicó libros. Desde 1931 dirigió el suplemento literario de la nación. Después desempeñó unos cargos diplomáticos. Además de los dos tomos de cuentos, *Cuentos para una inglesa desesperada* (1926) y *La ciudad junto al río inmóvil* (1936), Mallea se conoce más por su ensayo autobiográfico, *Historia de una pasión argentina* (1937) y por sus novelas *Fiesta en noviembre* (1938), *La bahía de silencio* (1940), *Todo verdor perecerá* (1941), *Las águilas* (1943), *El retorno* (1946), *El vínculo* (1946), *Los enemigos del alma* (1950), *La torre* (1951). Los tomos de novelas cortas: *Sala de espera* (1954) y *La razón humana* (1960). Sus obras más recientes son *La penúltima puerta* (1969), *Gabriel Andaral* (1971), *Triste piel del universo* (1971), y *En la creciente oscuridad* (1973). *Conversación* pertenece a la colección *La ciudad junto al río inmóvil*.

Una mosca zumbando al sol

ALICIA TRUEBA

Se considera que la colonia Jardines del pedregal es un barrio de ricos, mejor dicho de nuevos ricos, o lo que es lo mismo, un lugar en que sobran habitaciones, baños, terrazas, automóviles, jardines y dicen que hasta sirvientas.

Adentro de esas enormes casas se multiplican los excesos: hay alfombras persas, porcelanas chinas, candeleros franceses y retratos de antepasados que seguramente fueron comprados en el Rastro de Madrid.

En esa colonia vivo yo, pero no soy rica, aunque mi marido se empeña en parecerlo. El terreno lo compramos a plazos, y la casa todavía arrastra la carga de una hipoteca. Para poder aborrazar la renta del departamento en que vivíamos, nos cambiamos cuando aún no se terminaba la obra, y pasamos varias semanas tapando con cobertores las ventanas del único cuarto medianamente habitable, hasta que nos colocaron los vidrios. Se podría decir que fuimos los paracaidistas de la colonia.

Pero creo que debo empezar por el principio. A los dieciocho años yo era una secretaria digamos linda, con hoyuelos cerca de la boca, francamente graciosa. Había crecido fiel a los preceptos de buena educación, de una familia católica de la clase media mexicana, así que mi meta principal era el matrimonio, misma que quedó cumplida hace veinticinco años.

Cuando conocí a Ducio (no es error, mi marido se llama así, igual que se llama su padre y se llamara su abuelo, el nació en la añorada Italia, e iniciador del negocio de salchichonerías), me enamoré sin remedio de su perfil romano. Muy pronto aprendí a decir: *ciao, come va, prego, tante grazie, buon giorno, domani*. En fin, era guapísimo: aún lo es, aunque menos de lo que él cree, porque su pelo le ha empezado a ralear ensanchando su frente, y la cintura le ha aumentado varios centímetros. Pero entonces era hermoso, se me acercaba rodeado de un halo fascinante, con olor a sol, y mi mente dejaba de funcionar. Nos casamos y esperé la magia, esperé el prodigio, el sol. Fue el principio del verbo esperar.

La vida de casada no cansa de asombrar con sus descubrimientos insospechados. Muy pronto me reveló que la impaciencia y los temores de un esposo, trabajan a velocidades anormales. A los seis meses de nuestra boda a Ducio le dieron paperas, y es sabido que cuando a un macho adulto le dan paperas, los testículos se le inflaman, por lo tanto deben observarse cuidadosamente, para aplicarles con oportunidad las compresas indicadas. Aseguro que esto nada tiene que ver con la serena belleza de un David de Miguel Ángel, por ejemplo.

Nunca olvidaré mi primer regalo de bodas: una maquina de lo más ingeniosa, diseñada para hacer la pasta en casa: "La manovella funziona e comenza a sparare lungos filatos de spaghetti, ¿non e meraviglioso?" después se tienen que colgar uno por uno como delicadas tiras de encaje, hasta que sequen completamente.

En veinticinco años me he acabado cuatro maquinas iguales.

Bien, al tercer mes de casada descubrí varias cosas: primero, que estaba embarazada. Segundo, que la salchichonería era propiedad de toda la familia Parnesi, lo que significaba que a Ducio le correspondía exactamente la veintidosava parte de las utilidades. Tercero, que no importaba el esmero con que yo cocinara las pastas, su mamá siempre las hacía mejor.

Al tercer año de casada, descubrí primero, que estaba embarazada. Segundo, que mi marido tenía una devoción absoluta por el dinero y su atesoramiento. Tercero, que después de oír tres discos de larga duración, con canzonetas y tarantellas, amén de una ópera, me entraban ganas terribles de escuchar el "Son de la Negra" o "Juárez no tenía que morir".

A los trece años de casada, descubrí: primero, que estaba embarazada. Algo inesperado después de tantos años de Ducio chico y Roxana. "Accidente di spumanti", como dijera mi suegro. Segundo, que era imposible llevar a Ducio más lejos del televisor, y su cama, porque estaba inoculado, infectado hasta los huesos, de hogar. Tercero, que era yo una experta en el silencioso lenguaje del televidente: una elevación de la barba es para que le sirva más agua, un tamborileo en el plato es

que ya terminó, una ligera sacudida de la cabeza es señal de que no quiere nada más. Cuarto, que inexplicablemente y de repente, me daban ganas de abrir las ventanas para gritar a pleno pulmón que Ducio tenía dentadura postiza y que padecía gases después de la cena.

A los veinticuatro años de casada, descubrí: primero, que era difícil soportar las disertaciones de Ducio chico sobre marx y proletariado; o los desplantes de Roxana, su modita de enchinarse el pelo como frijoles refritos y traer los senos sueltos parpadeando bajo la blusa; o las ausencias de Guido que desaparecía sin decir agua va hasta la hora de las comidas; y segundo, que me importaba un comino lo que hubiera hecho Garibaldi; que no admiraba a Fellini y a sus viejas gordas; que Sofia Loren me parecía una cincuentona bocona; que detestaba las pizzas y que hasta el Papa me andaba cayendo gordo con todo y sus bendiciones.

En fin, esa era más o menos la situación hasta hace cuatro días en que cumplí veinticinco años de casada (cosa que ¡claro! nadie recordó). Para la cena preparé un pollo especial, con almendras y piñones, es decir, caro. Por supuesto, no esperaba aplausos, pero que el pollo era una delicia, lo era, estoy segura. Pues mis tres hijos (Ducio no lo probó por sentirse mal) lo engulleron en completo silencio. En ese momento me prometí que en mi otra vida tendría una familia encantadora.

Ese día había lavado ropa, fregado baños, limpiado vidrios, pero esperaba ilusionada la noche para ver *Cumbres Borrascosas*. Ducio trabajaba hasta muy tarde, así que yo sufriría la pasión de Heatcliff por Cathy y me sentiría reconfortada. Pero Ducio llegó temprano, acatarrado, se puso en pijama y se encasquetó la gorra tejida por su madre, usada siempre que se enfermaba. Era el principio de una larga sesión de fútbol y noticieros, con té calientes y fricciones de Vapormat.

Heatcliff esperaría inútilmente entre los brezos.

No pude dormir. De pronto me sentía rendida, aturdida de fatiga. En el espejo del baño me vi tensa, con profundas ojeras; era alguien extraño, duro, intenté relajarme y la cara se desplomó frente al espejo. ¿Cuándo, en qué momento había dejado de ser alegre, ligera, joven? De golpe me di cuenta que había envejecido trabajando, sin tiempo ni para pensar, sin siquiera unos minutos para llorar, y todas sabemos que la mujer necesita tiempo para eso.

Esa noche lloré. Lloré hasta desmoronarme. Lloré por todos los platos sucios que había lavado, por tanta ropa planchada, por aquel vestido de botas azul y blanco que en una navidad no pude comprarme, por los botones cosidos, los remiendos hechos, por los kilos que tengo de más, por todas las idas al dentista, por las funciones de balet que no vi, por los hoyuelos en las mejillas que se me han convertido en dos arrugas, por mis manos de uñas cuarteadas, por esforzarme en oír lo que le interesa a mi esposo, a mis hijos y hasta a la criada, cuando llego a tenerla. Lloré porque todo mi trabajo lo recibe mi familia como el servicio de teléfono o de agua, pero sobre todo lloré por no tener un tiempo mío, un espacio mío, porque siempre estoy esperando a mi marido, a mis hijos, como si solamente en compañía de ellos yo pudiera ser. Esperar. Esperar a que se calienten los alimentos, esperar a que terminen de comer para levantar, lavar y acomodar nuevamente, y esperar al fin a que Ducio quite la almohada extra en que nos apoyamos para ver la tele por la noche, que sin decir palabra la arranque de debajo de nuestras cabezas y la eche al suelo, porque es la hora de dormir.

Cuando terminé de llorar decidir hacer un balance: descubrí que durante la primera parte de mi vida había tenido un padre que siempre supo lo conveniente para mí, y que durante la segunda parte, mi marido fue el erudito al respecto. Por primera vez atisé una especie de canibalismo contra el que me tenía que defender, y no solamente eso, sino que necesitaba trazar nuevas formas.

Al día siguiente, muy temprano, me vi de nuevo al espejo: por supuesto mi cara cedía a los años, pero atrás, en el fondo de los ojos, había algo perteneciente aún a aquella muchacha imaginativa, sana, con sus nervios bajo control. Me negué a caer en la tan traída y llevada depresión. Fui al cuarto de televisión, y en la máquina de escribir elaboré una cuartilla con tres copias. De la parte de arriba del clóset de blancos, saqué ropa de cama, toallas, y una hamaca comprada hacía años.

Salí al jardín, me dirigí al cuartito construido para el mozo que nunca tuvimos, y donde se guarda lo que no es de uso diario. Pasé las herramientas de jardín al garage, lavé paredes, piso, comprobé el buen funcionamiento del minúsculo

Fui al super, me demore viendo titulos de libros, maquillajes, telas; con dos vecinas me queje de los precios. Una o mejor aun, no haber importado de la mismisima madre patria, una esposa como Dios manda.

Estoy segura que durante su recorrido, lamentó no haberse casado con aquella rubia tan platino y tan vecina suya, la estupidez te aproveche!

-?Continúas sin el menor sentido común?... Creo que tendríamos que llamar al médico. -Sentí su furia al añadir -!que Duchio gritó desde lejos antes de subirse al coche:

Rechacé medio sonriente el plato con sandwiches. Mi hijo hizo un gesto y se fue. Se me figuró que iba llorando. Al día siguiente, no había terminado de lavarme, cuando oí el llanto de Roxana. Su voz sonó más desdichosa que de costumbre. -Ignoro si vas a persistir en esta ridícula postura, pero al menos, de hambre, no querremos que mueras.

Curiosamente, después de esa explosión, dejaron de aparecer las manposas en mi vientre, y me estire en la hamaca; por mucho tiempo contemplé en el cielo el brillante resplandor de la luna. Por primera vez sentí que Duchio, los hijos, la casa, eran ajenos a mí misma.

Cuando Duchio regresó, yo seguía en la hamaca. Vi claramente cómo la furia le descompuso la cara. Empezó a hablar muy en personaje de Verdi, pero aceleradísimo, terminó en un Wolan enfurecido, y hasta los árboles parecieron encogerse bajo el vocabulario tan masculino que usó. Durante largo rato oí su nisa final.

Minutos más tarde apareció Duchio esparciendo gritos y manotazos, aventó al suelo mi cuartilla; se largaba a comer con sus padres y esperaba que a su regreso ya estuviera yo en mis cabales. Entretanto mis hijos se fueron cada uno por su lado. Tuve la impresión de que se escabullían.

Al poco tiempo escuché voces desentempladas. Me sentía observada desde las ventanas. Imprimí un ligero balanceo a la hamaca. Las manos me sudaban.

Salí. -Si -contesté -Es una huelga.

Mi decisión expuesta con calma (ma non troppo) provocó un corto silencio y luego exclamaciones como: "¿Es una bromita estúpida?", por supuesto mi marido, "¿Qué tonterías estás diciendo?" Roxana moviendo con impaciencia la cabeza. "¿Y es 'onda'?" Guido. Mi hijo mayor abrió la boca y se me quedó viendo: "¿Es u...huelga?"

Preparo, organizo, mejoro, y mi signiera se dan cuenta de que existo. Les doy a cada uno copia de mi pliego de peticiones, y espero las firmas de los cuatro. Este es el último desayuno que les sirvo, y -mire valientemente a Duchio- me autoexilio del Edén.

Como era costumbre los domingos, esa mañana serví tarde el desayuno. Todos estaban presentes cuando empecé a hablar. -En todas las familias cada quien tiene su obligación, y como en las óperas, cada uno debe cantar sus arias, pero resulta que aquí yo soy la única diva, y ustedes jamás aplauden.

Vi mi obra me sentí satisfecha: jamás había tenido un refugio auténticamente mío. En dos árboles, frente al cuartito, sujeté platos y cubiertos. En el último viaje saqué mi bolsa, dos suéteres, una falda y el camión; todo lo colgué en tres clavos. Cuando a la casa por la cafetera chica y frascos con café y azúcar, un foco para el pie de lámpara, una ollita, una sartén, una taza, dos baño, y el de las dos parrillas eléctricas. Tendí el café, acomodé una caja llena de libros y revistas viejas como buró, y regresé a la hamaca.

El zumbido de una mosca se mezcló con lejanas voces airadas. Pensé: Están gritando por su comodidad perdida. Al mediodía mi hijo mayor atravesó el prado y camino hasta donde yo estaba escribiendo; vi su cuerpo delgado, su piel tostada. Por un instante recordé el aura fascinante de su padre, y me estremecí. No se acercó demasiado, se apoyó en un árbol empezó a hablar.

-Madre, estás levantando ampollas, nadie duerme. Está bien esta... huelga, pero sería mejor que hablaras y acordaras con papá.

Y así comentó: -Ayer la vi en su hamaca toda la tarde y la envidié, no sé cómo le hace para tener tiempo libre.

-Muy fácil, estoy en huelga. Los dos rieron y nos despedimos.

Duchio regresó y entró a la casa ignorándome. Mis hijos me saludaron desde lejos, parecían temer el nuevo ámbito que los rodeaba.

La noche había oscurecido. Ma -dijo a mis espaldas la voz apagada de Guido -aquí te dejó mi radio!

Arriba, la primera estrella brillaba titubeante. Al día siguiente desperté tarde, me estuve haciendo la remolona. Cuando salí al jardín vi con sorpresa que los dos aún estaban en el garage. Al poco rato salió Duchio.

-?Cómo diablos puedes tener calma cuando estás provocando una situación tan ridícula? La casa es el desorden mismo, nadie sabe dónde están las cosas. ¿Qué esperas, convertimos en el hazmerrefr de toda la gente? ¿Que te crezca pasto entre los sesos? ¿Qué!

Lo miré insumisa y enconada. -Espero la división de responsabilidades y el respeto a mis derechos.

-!Derechos! ¡Derechos! -vociferó. -!En esta casa todos tienen derechos!

-Menos yo -dije-, y él, atrapado entre exasperación y cólera me dio no menos de cuatro bofetones con la mirada. Me miró a su coche, y por supuesto azotó la portezuela.

Después del super volví a mi hamaca. Era una delicia sentir el sol en los brazos, en la cara, mecer mi somnolencia, mi tranquilidad.

El zumbido de una mosca se mezcló con lejanas voces airadas. Pensé: Están gritando por su comodidad perdida. Al mediodía mi hijo mayor atravesó el prado y camino hasta donde yo estaba escribiendo; vi su cuerpo delgado, su piel tostada. Por un instante recordé el aura fascinante de su padre, y me estremecí. No se acercó demasiado, se apoyó en un árbol empezó a hablar.

-Madre, estás levantando ampollas, nadie duerme. Está bien esta... huelga, pero sería mejor que hablaras y acordaras con papá.

-Ya se lo dije por escrito. -Bueno, jefa -noté el dejo impaciente en su voz-, yo estoy de acuerdo en responsabilizarme, los tres te ayudaremos a hacerlo, y por supuesto que papá se llevará de vacaciones a donde quieras, pero comprende, nada de lo que dices ahí es importante.

Brinqué como mordida por la mosca que afrontada de calor, zumbaba y zumbaba; de un manotazo la alejé, antes de

con voz suave, *veramente pianissima*:

-Ese es el problema: qué es lo importante para ustedes. Adiós, hijo, se te hace tarde para la escuela.

Entré al cuarto, cerré la puerta y rechacé, como si también le diera un manotazo, al leve brote de desaliento.

No salí para nada durante el resto del día. En la caja de libros había encontrado todos los tomos de *Los Pardaillan* de nundirme en sus traiciones, amores, asesinatos. Al anochecer of el auto de Ducio, después de unos portazos. La onca gritó:

-¡Guido, vete a ver si la loca de tu madre está bien!

Cuando mi hijo menor entró, no pudo preguntarme nada, se me echó en los brazos y empezó a llorar con la cara hida en mi cuello.

Ma... regresa a la casa, yo hago lo que tú quieras, todo lo que quieras.

había podido aún conciliar el sueño, cuando oí pasos que se acercaban. cerré fuertemente los ojos, pero supe que la que con mucho cuidado extendía sobre mi cuerpo otro cobertor. Antes de que saliera, vislumbré su carita fina con onones de cabello rizado. Me di vuelta en la cama. En la boca sentía un grato sabor terso...

Yo tampoco quise salir, oí los ruidos de los automóviles, a mis hijos; me pareció que la voz de Ducio chico estaba y pensé si se habría resfriado, y también si Guido habría tomado sus vitamainas... "Mañana se tiene que pedir el

do el día estuve escribiendo estas hojas, escribiendo y leyendo también. Ya oscurecido salí. Adentro tenía de frío, pero en el jardín la noche era suave, tibia y en la calle sobraba vida. Los automóviles se acercaban y en la oscuridad. Van de prisa, como de prisa veo caminar a algunas gentes, como si quisieran anticipar el le llegar a su casa.

pronto vi a Ducio. Estaba apoyado en el mismo árbol en que su hijo se apoyara. Desde la suave ondulación de observé su desasosiego, su incomodidad.

mpes a hablar con voz ligeramente alterada; habló de hijos, de deberes, de razones, de la Razón, de que si la casa a voz se achicando, no, no fue la voz, él se fue achicando, y yo descubrí, maldita, ¡maldita sea! que lo único es que me rodee con sus brazos. Nada más. No hay en mi mente lugar para más. Eso es todo. E-s-o e-s t-o-d-o.

Cuando entramos a la casa vi las flores y a mis tres hijos expectantes. Guido, ansioso, con los ojitos brillantes, me el pequeño televisor con un moño.

s para ti, ma. para ti sola.

conaté los labios. Con esfuerzo logré que las lágrimas retrocedieran a la región honda y oscura a donde pertenecen.

Los jóvenes

RAÚL RANGEL FRÍAS

La juventud es un estado de ánimo o un tono sensible al tiempo, al presente y a la actualidad. Funde en un sentimiento de universal compañía la multiplicidad, neoromántica. Desprecia la unidad de tiempo y de lugar y siente avidez por rescatar la emoción que tienen guardadas las palabras, las imágenes y toda especie de moldes, incluso los espejos. Su éxtasis es lo menos serio del mundo y pura broma o burla de sí misma, con mayor razón de los demás.

Todo lo que está hecho, comenzar de nuevo a vivir. Temeridad o ingenuidad de urgar en basureros buscando nidos de palomas o descubrir perversidades en los arrullo de las tórtolas. Hacer canciones y danzas con bocinas de coche, pistolas de aire y parches neumáticos. Inventar modos de decir al contrario lo mismo de siempre y al diablo la solemnidad. El sin sentido de asistir al nacimiento de los significados originales. Amor absurdo sin tembolres ni arrobos y también de la sencillez. Provocación de una comedia, jugando a los adultos para curarse en salud y seguir de niños en la vida.

Gustar de todo a sabiendas de que la cultura es imperfecta y que los clásicos nunca existieron. Propósito de no llorar ninguna ausencia de dar un sentido a la inteligencia, como de juego en pedazos rotos de estatuas. Nada patético, tomar con humor desmontar el mundo o la historia como se hace con el automóvil y sustituir los juguetes por máquinas biológicas.

¿De dónde vienen los jóvenes, muchachas y muchachos? Algunos son por naturaleza como los animales, conforme a la edad de su crecimiento. Juventud sana, inocente y amena que entre otras cosas, trepa a la moto, hace jazz y se mofa de los mayores. Pero ha de llegar a ser como éstos hasta tomar a su cuidado los empleos. Las máquinas y las mayorías proceden del cine y están inspirados por las escenas del Far West, las aventuras del agente 007 y los placeres de la Vía Veneto. No representan otra cuestión, que por ellos se mantiene la continuidad de la historia universal.

Otros aprendieron a vivir de espaldas a la esperanza, son descendientes de las desgracias morales y físicas del mundo, en que los excesos de lágrimas agotaron los buenos sentimientos. Maduros a golpes responden a su vez a puntapiés o disparan fuego contra sí mismos y al otro hombre que refleja la imagen frustrada de su amor y odio a la vez. Son rebeldes y pendencieros, están irritados o tienen humor negro por lo menos vociferan o aniquilan la vida, muerden o ironizan.

Hay los que proponen resarcirse de las negociaciones circundantes agregando a ellas la suya propia, bajo el estímulo de llegar por el fondo al otro agujero de la vida. Son los que se sienten perdidos y obran en consecuencia al encuentro de la extinción por embriaguez psicológica o física, de lo suyo o con los ritos orgánicos que les presta la magia del sueño y de los estupeficientes.

Una nota parece común a los grupos de los unitidos y de los divididos. Es la que identifica su "anegamiento", que proviene de una sustentación en el mundo por el dolor y la tortura, con una experiencia religiosa que ofrece a esta contradicción un modelo de pensamiento liberador en la vía mística. Una esponja llena de sereno vino de la vida para apagar la sed o cerrar la herida por donde escurre la sangre. Lo cierto es que hay jóvenes felices. Aquellos primeros del cine y también los hay silenciosos, calmados y hasta heroicos; pero abundan los que por no gemir se burlan y cañen su rostro de muecas e ironía. ni uno ni otros inventaron la dispersión, la multiplicidad y el extravío bajo cuyo signo nacieron. Son compañeros y en cierto modo se entienden. Es de esperarse por lo menos que brote un modo de vivir más generoso y alegre de la compañía que los obliga a vivir la misma inmundicia del mundo.

La juventud como fenómeno positivo o negativo de una época y modo mundial, es algo más que un rejuvenecimiento o renacimiento de otra etapa anterior del hombre, cualquiera que sea.

Los personajes que más se parecen en su situación a los jóvenes de hoy tienen algo que ver con el Cid Campeador, con Polinkoff y Chaplin. También con Don Quijote y Ugo más con el Lazarrillo del Tormes. Nada sin embargo autoriza a desconocer que aparecen al centro mismo de sus contradicciones, la imagen del cristo de la Agonía y de la Resurrección.

Están por último los escritores, los poetas y los ejecutantes de las varias artes humanas, todos a la manera o modo de sentir de los jóvenes. Algunos en diálogo con ellos dentro del mismo campo o por encima de la barda de los años.

Un coro de voces universales hace sentir a los astros una música diferente a la que produce el rodar de sus esferas parece una orquesta de cigarras que acuña el sueño estival del hombre, hay en el aire una seca lucidez, la aventura y la pasión de la inteligencia.

RAÚL RANGEL FRÍAS

Nació en Monterrey, N.L. en 1913. Intelectual, historiador, escritor, abogado, político y maestro universitario. Su vida se puede analizar bajo la perspectiva de su actividad cultural, de su trayectoria política y de su labor editorial.

En mayo de 1949 fue nombrado rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Al término de su gestión académica fue ratificado en su puesto para un período más (1951-1955).

En 1955 fue electo gobernador constitucional del estado de Nuevo León para el período 1955-1961.

Fundó y dirigió las revistas *Armas y letras* y *Universidad*. Sus principales obras son: *Testimonios* (1961), *Jerónimo Treviño: Héroes y epígonos* (1983)

Claro amor

Me pides que te dé
un pedazo de mi alma
y yo te ofrezco
en cambio
el cofre de mi vida
en donde enmarañados
sueños sobreviven
a mi propia historia
señales de caminos
ya borrados
por el aire del tiempo
pero está
el anaquel de mis fantasmas
favoritos
en donde mis amigos
permanecen niños
y la nostalgia se vuelve
cotidiana agua cristalina y
soy como el avaro
muy egoísta
y no quiero dar señales ni nombres
que descompongan mi mundo
tango también
como un fetiche muy amado
la clara luz de los ojos
de mi primer amor
también la bola de cristal
de donde emergen los sueños
y desde mi soledad
el amor ilumina las estancias
y me da esa paz pertinente
para poder amar
y celebrar religiosamente
el acto de vivir
desde el fondo de mi alma
que tú quieres
y en cambio yo te doy
la soledad de mi piedra
y el ancho mar de toda mi pena
todo lo demás es tuyo
el mar la estrella la fiesta
y del beso que te guarda
mi silencio.

Los libros

ANDRÉS HUERTA

Los libros aparte de ser memorias vivas imparten la enseñanza del paisaje la vida de la patria los laberintos de la historia de la vida también nos hablan del vaivén de los relojes y los trenes del nombre de los mares y de las vidas de los hombres ilustres y mujeres célebres hay libros para todos los gustos algunos vienen bellamente ilustrados por pintores famosos

yo amo mis libros ellos han sugrido como yo los azares de la vida y han vivido en inciertos domicilios algunos de ellos se han perdido en mi peregrinaje por la vida unos los he prestado y no han vuelto otros son compañeros leales

hay libros que nos hablan de la moral otros del amor y el sexo o manuales de zootecnia otros sobre la esperanza y la guerra los hay de recetas de cocina otros de viajes y conquistas

amo mis libros sobre todo aquellos que me enseñaron la palabra para pronunciar las cosas que amo...

ANDRES HUERTA

Nació en Doctor Arroyo, Nuevo León. Escritor autodidacta. Ha publicado en las principales revistas y suplementos culturales de Monterrey desde los años sesenta: Apolodionis, Salamandra, Armas y Letras, Cathedra, Deslinde, Aquí vamos, etc. Es autor de ocho libros de poesía incluidos en el volumen, *Poesía* (1967-1989) publicado en 1993. En 1991 la Facultad de Filosofía y Letras de la U.A.N.L. publicó una antología de sus poemas, *Afuera llueve el polvo*, preparada por Minerva Margarita Villarreal.

Bibliografía

ALBERONI, Francesco

Valores

Ed. Gedisa, México, 1994.

AMOROS, Andrés

Introducción a la literatura,

España, Editorial Castalia, 1982.

BAJTIN, Mijail

Teoría y Estética de la Novela

Trad. Helena S. Kriúkova y Vicente Cazcarra

España, Edit. Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.

BLAUBERG, I.

Diccionario de Filosofía

Ed. Quinto Sol, México, México, 1992.

DE LA TORRE, Francisco y Silvia Deufó

Taller de Lectura y redacción I y II,

México, McGraw-Hill, 1991.

DENEVI, Marco

Rosaura a la diez

Argentina, Ediciones

Colihue

s/a

ESCOBAR V., Gustavo

Ética

Ed. MacGraw-Hill, México, 1992.

FRANCO B., María de Lourdes

Literatura Hispanoamericana

México, Ed. Limusa Noriega, 1989.

FRONDIZI, Risieri

¿Qué son los valores?

Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1968.

GARCIA ALONSO, Luz

Ética o Filosofía Moral

Ed. Diana, México, 1990.

GUTIERREZ SAENZ, Raúl

Introducción a la Ética

Ed. Esfinge, México, 1992.

HARTMAN, Robert S.

La estructura del valor

Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1959.

HICKEY, Leo

Realidad y experiencia de la novela,

España, Cupsa Editorial,

1977.

MONTEFORTE TOLEDO, Mario, et, al:

Literatura Ideología y lenguaje

México, D.F. Edit. Grijalbo,

1976.

ROA BASTOS, Augusto

Augusto Roa Bastos

Ed. Anthropos, Ministerio de Cultura, España, 1990.

SANABRIA, José Rubén

Ética

Ed. Porrúa, México, 1969.

SANCHEZ VAZQUEZ, Adolfo

Ética

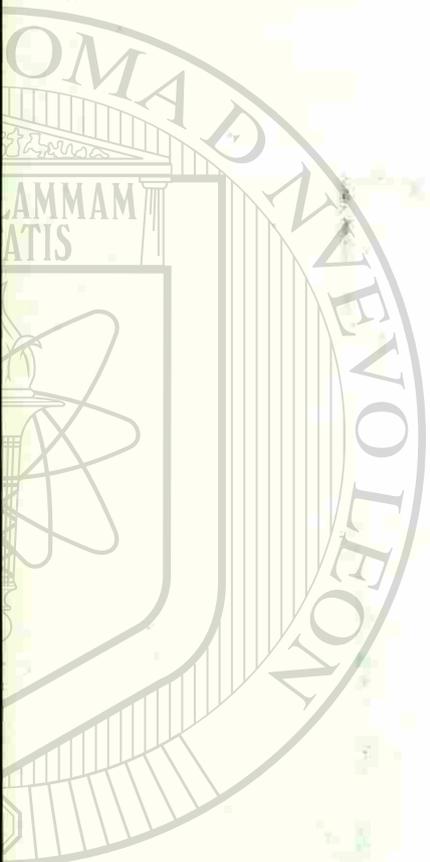
Ed. Grijalbo, México, 1969.

WELLEK, René y Austin Warren

Teoría Literaria

España, Edit. Gredos, S.A.

1966.



JUAN

SIDAD AUTÓNOMA DE NUE

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOT